EL EFECTO CERO

DONDE LOS PÁJAROS NO VUELAN

MICHEL ONIRIX

EL EFECTO CERO

◆

Donde los pájaros no vuelan

Michel Onirix

ONIRIX EDITORIAL

PRÓLOGO

El primer silencio

◆

El primer pájaro desapareció a las 08:17 de una mañana de octubre.

Nadie lo advirtió. En aquel instante millones de personas cruzaban calles y estaciones, los mercados abrían sus operaciones y una flota de aviones comerciales atravesaba el Atlántico bajo un cielo sin nubes. En una pequeña ciudad de Nevada, un anciano subía las persianas de su dormitorio; en California, una mujer dejaba una taza de café sobre la mesa y llamaba a su marido desde la cocina. Nada, en ninguna parte, parecía extraordinario.

El pájaro era un gorrión. Había salido del alero de un edificio y volaba hacia un árbol del otro lado de la calle, con ese vuelo ondulante y apresurado de su especie, como si cada trayecto fuera una urgencia. A mitad de camino, sin ruido ni destello, dejó de existir. No cayó. No torció el rumbo. No quedaron plumas suspendidas en el aire ni un cuerpo diminuto sobre el pavimento. Estaba, y un instante después el aire que había ocupado era solo aire, y el árbol seguía esperando a alguien que no iba a llegar.

A cientos de kilómetros de allí, en pleno desierto, un instrumento de precisión registró una oscilación tan breve que el sistema automático la descartó como ruido electrónico. Fue la primera señal. Durante los treinta y siete segundos siguientes otros cuatro aparatos detectaron anomalías semejantes, sin que ninguno supiera de los demás ni dispusiera de información suficiente para reconocer un patrón. A las 08:18 todo regresó a la normalidad. Un ingeniero pidió café. Dos investigadores retomaron una discusión sobre una calibración pendiente. En una pantalla de la sala de control apareció, durante una fracción de segundo, una cifra imposible, y se borró antes de que nadie levantara los ojos.

A casi trescientos kilómetros de ese lugar, junto a la ventanilla de un avión, viajaba un hombre que todavía no sabía que había perdido su mundo.

Se llamaba Robert Sayer. Era físico teórico y llevaba tres semanas trabajando en una instalación que no figuraba en ningún documento público. Apoyó la frente contra el cristal. El desierto se extendía bajo las alas, inmenso y callado, y Rob cerró los ojos e intentó dormir; pero una sensación persistente se lo impedía: una presión leve detrás de los ojos, acompañada de la impresión absurda de que algo, en alguna parte, había dejado de encajar.

Abrió los ojos.

Por un instante creyó ver una segunda línea de horizonte, superpuesta a la primera. Una carretera donde no la había. Una sombra que avanzaba en dirección contraria al sol. Parpadeó, y la imagen se deshizo como se deshace un sueño al despertar. Rob se acomodó en el

asiento y se obligó a sonreír. El cansancio produce errores de percepción; nadie lo sabía mejor que él.

Todavía ignoraba que cinco horas antes, en la sala que acababa de abandonar, un ratón blanco había cruzado una frontera que ningún ser vivo había atravesado jamás. Ignoraba que las consecuencias de ese cruce avanzaban hacia él por el único camino que el tiempo conoce, año tras año, a una velocidad que ningún instrumento habría sabido medir. Y ignoraba, sobre todo, que en aquella sala de control, bajo la luz roja de emergencia, un hombre de traje oscuro había sido el único que no pareció sorprendido.

Cuando el avión aterrizó, el cielo estaba vacío.

Rob fue el único que pareció advertirlo.

PARTE I

La puerta de luz

◆

CAPÍTULO 1

La señal

A Robert Sayer nunca le habían interesado los límites que trazan los hombres. Los geográficos le parecían accidentes de la cartografía, y los académicos, murallas que las instituciones levantan para confundir la tradición con el conocimiento. Los que de verdad lo fascinaban eran otros: los que la naturaleza parece imponer a la materia, al espacio y al tiempo, esa frontera exacta donde termina lo demostrable y apenas empieza lo que admite una ecuación. Allí, en el filo de lo que puede saberse, había encontrado la razón de su vida.

A los cuarenta y dos años, tras una formación que había comenzado en Princeton y concluido en el MIT, ocupaba un lugar discreto pero sólido entre quienes trabajaban en la intersección de la física teórica, la computación avanzada y los modelos cuánticos de sistemas complejos. No era un hombre célebre. Esquivaba los congresos multitudinarios, desconfiaba de las entrevistas y declinaba toda invitación ajena a su trabajo. Su nombre circulaba en revistas especializadas y en los despachos de quienes pagaban investigaciones que cualquier universidad habría juzgado demasiado caras o demasiado audaces. Pero su reputación no descansaba solo en la inteligencia. Poseía una cualidad más rara: podía pasar semanas frente a un problema sin que la ausencia de resultados debilitara su certeza de que la solución existía. Esa terquedad lo había convertido en un investigador extraordinario. También había empezado a convertirlo en un hombre difícil.

El laboratorio ocupaba dos plantas de un complejo tecnológico en las afueras de Palo Alto. Desde la calle era un edificio sin gracia, de hormigón claro y paneles de vidrio, con una recepción presidida por el logotipo discreto de Helix Meridian, la compañía que lo costeaba. Lo extraordinario empezaba al cruzar las puertas de seguridad y bajar a la sala circular del sótano. Allí, doce emisores láser, montados sobre una estructura de precisión, apuntaban hacia una cámara de vacío no mayor que una sandía. Los conductos de refrigeración descendían por las paredes como raíces, y desde una plataforma elevada los interferómetros vigilaban variaciones de la luz tan pequeñas que la palabra «mínimas» habría sido casi una exageración.

A ojos de un visitante, aquello no era más que una máquina óptica de complejidad extravagante. La hipótesis de Rob era mucho más ambiciosa. Según sus cálculos, ciertas combinaciones de energía, coherencia y modulación podían producir, en el punto donde convergían los haces, una perturbación capaz de desacoplar un fragmento de materia del curso del tiempo que lo rodeaba. No pretendía abrir un agujero en el espacio ni fabricar un abismo. La idea era más sutil y, por eso mismo, más inquietante: que durante unos

segundos, en el corazón del vórtice, algo dejara de envejecer al mismo ritmo que el resto del universo.

El obstáculo era distinguir un fenómeno real de los fantasmas de siempre: el ruido térmico, los vicios del instrumental, los efectos engañosos de una concentración de energía tan brutal. Durante seis semanas todas las señales habían sido ambiguas. Aquella mañana, por primera vez, no lo eran del todo.

—Repite la secuencia treinta y dos —ordenó Rob.

Elena Ward levantó la vista desde la consola lateral.

—Ya la hemos repetido once veces.

—Entonces será la duodécima.

Elena no contestó enseguida. Tenía treinta y nueve años, una formación en física matemática y una paciencia que parecía crecer en proporción directa a la impaciencia de su compañero. Llevaba tres años trabajando con él y había aprendido a distinguir cuándo su insistencia nacía de una intuición fundada y cuándo empezaba a degenerar en obstinación.

—La señal aparece en siete de las once ejecuciones —dijo—. En las otras cuatro desaparece por completo.

—Eso es justo lo que quiero comprobar.

—O es justo lo que debería hacerte desconfiar.

Rob se volvió hacia ella.

—¿Crees que estoy forzando la interpretación?

—Creo que llevas seis semanas esperando una confirmación y que, cuando aparece una anomalía, la lees a favor de tu hipótesis. Si quieres que esto sea ciencia, tienes que admitir también que puedes estar equivocado.

Él sostuvo su mirada unos segundos. No le gustaba que lo contradijeran delante del equipo, pero respetaba demasiado a Elena como para desestimarla.

—Por eso estás aquí —dijo al fin—. Para encontrar el error que yo no veo.

—Entonces empieza por escucharme.

Una sonrisa fugaz le cruzó los labios.

—Secuencia treinta y dos. Parámetros originales, sin correcciones automáticas.

Elena tecleó las órdenes. Al otro lado del cristal los emisores iniciaron su calibración, una sucesión de puntos luminosos recorrió el panel y la cámara de vacío quedó aislada del resto de la instalación. Un zumbido grave, casi animal, empezó a llenar la sala. Rob se inclinó hacia la pantalla principal con las manos a la espalda, como hacía siempre que no quería que se notara que le temblaban.

—Potencia nominal alcanzada —anunció una voz sintética.

La secuencia duró cuatro segundos. Cuando terminó, tres sensores independientes mostraban la misma oscilación breve, y esa coincidencia bastaba para descartar, al menos por el momento, un fallo aislado. Rob sintió que algo se le contraía en el pecho.

—Ahí está.

Elena amplió los registros.

—La diferencia de fase cae dentro de la ventana prevista.

—¿Y la desviación espacial?

—También aparece.

—¿Magnitud?

Ella introdujo una corrección y esperó a que el sistema recalculara.

—Demasiado pequeña para demostrar nada.

—Pero demasiado grande para ignorarla.

Elena guardó silencio. Rob se acercó a las curvas y las estudió con la atención de un entomólogo ante una especie desconocida. La señal era tenue, incompleta y todavía insuficiente para sostener una conclusión. Pero por primera vez los resultados no parecían una colección de rarezas inconexas: había una relación entre ellos, una estructura. La máquina no había abierto ninguna puerta. Quizá, sin embargo, acababa de mostrarles dónde estaba la cerradura.

—Quiero otra serie —dijo—. Cambiaremos la modulación, no la potencia. Si la respuesta sigue la curva que predice el modelo, podremos descartar varios errores sistemáticos.

—Y si no la sigue, descartaremos tu modelo.

—Naturalmente.

—Quiero oírtelo decir antes de empezar.

Rob respiró hondo.

—Si la respuesta no sigue la curva prevista, descartaremos el modelo.

Elena asintió, satisfecha a medias, y fue en ese momento cuando sonó el teléfono de la sala de control.

Nadie acostumbraba llamar a aquella extensión. Las comunicaciones administrativas pasaban por la recepción o por los canales internos de la empresa, y el aparato, clavado en una esquina como una reliquia de otra época, llevaba meses sin sonar. Rob lo miró con fastidio antes de descolgar.

—¿Sí?

—Doctor Sayer, soy Martin Voss, director de inversiones estratégicas de Helix Meridian. —La voz era uniforme, pulida, sin aristas—. Necesito reunirme con usted y con la doctora Ward. Hoy, a las cuatro.

—Tenemos una sesión experimental programada.

—Lo sé.

La respuesta fue tan rápida que Rob dejó de mirar la pantalla.

—¿Quién le ha informado de nuestro calendario?

—La compañía financia el proyecto, doctor. Conoce el calendario, los gastos, las adquisiciones y los resultados que ustedes comunican. No debería sorprenderle.

—No me sorprende. Me interesa saber por qué hay que interrumpir una jornada de pruebas.

Hubo una pausa del otro lado.

—Porque la junta ha tomado una decisión que afecta directamente a su investigación.

La comunicación se cortó sin más explicaciones. Rob se quedó un momento con el auricular en la mano.

—¿Problemas? —preguntó Elena.

—Todavía no lo sé.

—Esa respuesta suele preceder a los problemas.

Colgó. Los gráficos seguían en la pantalla, suspendidos como una promesa que aún no se atrevía a formularse. Durante años había imaginado ese momento: la aparición de una

señal que resistiera las objeciones, que sobreviviera a las repeticiones y que obligara a revisar una parte de lo que se creía saber. No había previsto que, justo cuando la naturaleza empezaba a responder, alguien llamaría para decidir si ellos tenían derecho a seguir preguntando.

. . .

A las cuatro en punto entraron en la sala de reuniones del segundo piso. Martin Voss los esperaba junto a la ventana: un hombre de unos cincuenta años, alto, de cabello gris impecablemente peinado y traje oscuro sin un solo detalle llamativo. No transmitía la arrogancia de quienes necesitan demostrar su poder. Su seguridad era más incómoda: parecía considerar que el poder era una condición natural de su cargo y las explicaciones, una cortesía opcional. Sobre la mesa descansaba una carpeta cerrada.

—Gracias por venir.

Rob ocupó una silla. Elena se sentó a su lado.

—Nos han dicho que la junta tomó una decisión —empezó Rob—. ¿Tiene relación con los resultados?

Voss abrió la carpeta.

—Con los resultados, con los costes y con la viabilidad comercial del proyecto.

—Seguimos en fase experimental.

—Precisamente.

Deslizó una hoja sobre la mesa. Era un resumen de gastos, con columnas de adquisiciones, consumo energético, mantenimiento y personal, presentado sin comentarios. La magnitud de las cifras bastaba para entender el propósito del documento.

—Helix Meridian no piensa seguir financiando una investigación sin un horizonte de aplicación definido —dijo Voss—. A partir del mes próximo el presupuesto quedará suspendido.

Elena se inclinó hacia delante.

—¿Suspendido o cancelado?

—Suspendido. Existe una propuesta para transferir el proyecto a otro patrocinador.

—¿Quién? —preguntó Rob.

—Un inversor privado que desea adquirir los derechos de desarrollo y costear la etapa siguiente.

—¿Por qué?

La pregunta pareció divertir levemente al ejecutivo.

—Porque considera que el riesgo está justificado.

—Eso no es una respuesta científica.

—No estamos en una reunión científica, doctor Sayer.

El silencio que siguió fue breve, pero suficiente para alterar el aire de la sala. Voss cerró la carpeta.

—El nuevo patrocinador quiere conocerlos en persona. Si llegan a un acuerdo, tendrán financiación para completar las pruebas, adquirir equipos nuevos y ampliar las instalaciones. Sin las restricciones presupuestarias ordinarias.

Rob pensó en los emisores, en los meses de trabajo, en la curva que esa mañana había dejado de ser un capricho. La posibilidad de continuar pesaba demasiado para descartarla

por una desconfianza que todavía no tenía fundamento. Elena, en cambio, parecía atrapada en otra parte del problema.

—¿Dónde se haría la investigación?

—Todavía no puedo revelarlo.

—¿Por qué no?

Voss juntó las manos sobre la mesa.

—Porque la decisión final depende de que acepten unas condiciones de confidencialidad muy específicas.

Rob sintió que la conversación cambiaba de naturaleza. Hasta entonces había creído que discutían la continuidad de un trabajo. Ahora comprendía que se estaba negociando algo más: quién tendría derecho a decidir qué significaban sus resultados y para qué podrían usarse.

—Necesitamos leer esas condiciones.

—Por supuesto. La documentación llegará esta tarde.

Voss se puso de pie, dando por terminada la reunión, y se detuvo antes de salir.

—Una última cosa, doctor. Me han informado de que hoy registraron una anomalía en tres sensores independientes.

Rob no se movió.

—¿Quién se lo ha dicho?

—El sistema transmite los datos de forma automática.

—Es una señal preliminar. No demuestra que hayamos producido una perturbación temporal.

Voss lo observó con una atención nueva.

—Todavía no, quizá. Pero si su teoría es correcta, doctor, hablamos de algo que no puede quedar reducido a una publicación académica.

—La ciencia no es propiedad de quien puede pagarla.

—En eso tendremos que estar en desacuerdo. —Recogió su carpeta—. El nuevo patrocinador les hará llegar noticias en veinticuatro horas. Les aconsejo que estudien las condiciones con cuidado. Algunas oportunidades no se presentan dos veces.

Cuando se marchó, Elena siguió sentada.

—No me gusta —dijo.

—A mí tampoco.

—Y sin embargo estás pensando en aceptar.

Rob tardó en responder. En la pantalla de su teléfono seguía abierto el último registro de la secuencia treinta y dos: una oscilación diminuta, casi invisible, separaba esa curva de lo que habían predicho todos sus modelos.

—Estoy pensando en averiguar hasta dónde podemos llegar.

Elena se levantó despacio.

—Entonces trata de no olvidar que una respuesta puede ser mucho más peligrosa que una pregunta.

Rob no contestó. No sabía que esa frase, dicha sin dramatismo en una sala de reuniones de Palo Alto, iba a perseguirlo durante muchos meses.

. . .

Aquella noche se quedó solo en el laboratorio. Los demás se habían ido, y el edificio, vaciado de voces, parecía respirar con el ritmo lento de las bombas de refrigeración. Rob se sentó frente a la consola principal y pidió el registro completo de la secuencia treinta y dos. Quería mirarlo sin Elena, sin Voss, sin nadie que le exigiera ser razonable.

Los datos aparecieron ordenados, limpios, hermosos. Estaba a punto de ampliar la tercera curva cuando advirtió, en el margen del archivo, la columna de accesos. Era un registro rutinario que casi nunca consultaba: quién había abierto o copiado cada fichero, y desde dónde.

La secuencia treinta y dos había sido copiada a las 15:58.

A esa hora Rob estaba en la sala de reuniones, escuchando a Voss. Elena también. Los técnicos habían salido a almorzar tarde y la consola estaba bloqueada con su clave. La copia no figuraba como un acceso interno ni como una transferencia automática a los servidores de la empresa: el sistema la había registrado desde una dirección que no supo identificar, y la había etiquetado, con esa honestidad ciega de las máquinas, como «origen desconocido».

Rob permaneció inmóvil frente a la pantalla. Afuera, en el estacionamiento, un auto encendió los faros, esperó unos segundos y se fue.

Alguien había leído sus resultados antes de que él terminara de entenderlos.

CAPÍTULO 2

El benefactor

◆

La documentación llegó a las siete y doce de la mañana siguiente. No la envió el departamento jurídico de Helix Meridian ni el comité científico que hasta entonces había supervisado la financiación. La trajo un mensajero uniformado, dentro de un sobre rígido, sin remitente visible y con una única instrucción impresa en la cubierta: entrega personal al doctor Robert Sayer.

Rob lo abrió en su despacho, antes de bajar al sótano. Contenía un contrato de confidencialidad, una propuesta de transferencia de activos científicos y una invitación a reunirse con el nuevo patrocinador esa misma tarde, en una dirección del distrito financiero de San Francisco. No había membrete ni referencia alguna a una empresa. Solo un nombre mecanografiado al pie de la invitación: Arthur Smith.

La oferta era extraordinaria. El patrocinador asumiría los salarios, el mantenimiento, las adquisiciones y la ampliación del sistema; garantizaba la financiación durante al menos dieciocho meses y ofrecía acceso a equipos que ninguna universidad ni compañía tecnológica podía comprar por los canales habituales. A cambio exigía exclusividad sobre los resultados, control de las instalaciones y una confidencialidad que alcanzaba a cualquier persona vinculada al proyecto. Rob se detuvo en un apartado sobre jurisdicción aplicable. El lenguaje era técnico, pero algunas expresiones desentonaban en un contrato entre particulares: «instalaciones designadas», «protocolos de seguridad extraordinaria», «custodia de materiales clasificados». Releyó el párrafo dos veces. Podía ser un modo de proteger una investigación estratégica. También podía ser una advertencia redactada con la elegancia suficiente para no parecerlo.

El teléfono vibró sobre la mesa. Era Elena.

—¿Has visto la propuesta?

—La tengo delante.

—Nuestro asesor jurídico no quiere pronunciarse sin los anexos. Lo que lo inquieta es la cesión de derechos: no se limita al dispositivo, incluye los modelos matemáticos, los algoritmos de control y cualquier aplicación derivada. Y hay algo más. La cláusula de exclusividad les permite trasladar el proyecto a una instalación que ellos elijan, sin que podamos exigir información sobre dónde está.

—¿Qué quieres que haga?

—Que no confundas la curiosidad con una obligación.

—Voy a la reunión —dijo Rob—. Quiero saber quién es Smith.

—Podría mandarnos sus condiciones por escrito.

—Ya lo ha hecho. Ahora quiero oírlo hablar.

Hubo un suspiro del otro lado, largo, cansado, casi tierno.

—Llevas años esperando que esto funcione, Rob. Si alguien te ofrece todo lo que necesitas, vas a querer creer que sus motivos son irrelevantes.

Él miró por la ventana. Entre dos edificios se veía una franja de cielo y, más abajo, el flujo ininterrumpido de los autos.

—No he llegado hasta aquí para marcharme cuando empiezan a aparecer resultados.

—Nadie te pide que te vayas. Te pido que sepas lo que estás aceptando.

No consiguieron convencerse. Rob guardó el contrato en su maletín y, antes de salir, miró la fotografía que tenía junto al monitor: él y Claire en la costa de Oregón, con el viento revolviéndole el pelo a ella y un mar gris detrás, bajo un cielo atravesado de aves marinas. Tenía varios años. Había estado a punto de cambiarla por una más reciente, y nunca lo había hecho.

. . .

El edificio de Montgomery Street ocupaba una esquina entre torres de oficinas y bancos de inversión. No tenía rótulos en la entrada. Un recepcionista comprobó la identidad de Rob y lo condujo a un ascensor privado que subió sin ruido hasta una planta casi vacía. Al otro lado de una puerta de cristal, una sala de reuniones ofrecía la ciudad entera, blanca bajo la luz de la tarde, como una maqueta que alguien hubiera dejado olvidada.

El hombre que esperaba junto a la ventana se volvió al oírlo entrar. Era de estatura media, rondaría los sesenta, tenía el cabello plateado y un rostro que había aprendido a no revelar más de lo necesario. Vestía un traje oscuro, impecable. No llevaba reloj, ni anillos, ni ningún objeto que declarara su fortuna; el entorno hablaba por él.

—Doctor Sayer. Arthur Smith.

El apretón fue breve, firme y deliberadamente neutro.

—Siéntese, por favor.

Smith esperó a que Rob ocupara una silla antes de sentarse frente a él. Tenía una manera particular de moverse, sin prisa, como quien jamás ha necesitado llegar a tiempo porque el tiempo lo aguarda.

—He leído sus publicaciones —comenzó—. Y los informes internos de Helix Meridian. Su hipótesis es extraordinaria.

—Todavía es una hipótesis.

—La distinción honra su formación. En el mundo de las inversiones, en cambio, solemos preguntarnos qué ocurriría si una hipótesis extraordinaria resultara cierta.

Rob no respondió. Smith encendió una pantalla en la que apareció la imagen tridimensional del sistema láser, seguida de curvas y simulaciones que él reconoció de inmediato. No eran las versiones públicas. Eran las suyas, las de su disco, las del archivo que alguien había copiado a las 15:58.

—No me preocupa lo que cuesta el proyecto —prosiguió Smith—. Me interesa la posibilidad de que hayan encontrado un mecanismo capaz de modificar la relación entre un objeto material y su evolución en el tiempo.

—No hemos demostrado que exista.

—Pero cree que puede existir.

—Creo que las mediciones justifican seguir investigando.

Smith asintió, como si esa respuesta confirmara algo que ya sabía.

—Supongamos que lo demuestra. ¿Qué podría hacer?

—Depende de lo que descubramos. Si la anomalía responde a los parámetros previstos, podríamos estudiar desplazamientos temporales limitados de sistemas materiales. Pero no sabemos aún si es reproducible, si respeta la estructura interna de los objetos ni si se puede controlar su duración.

—¿Se podría enviar algo al futuro?

—En condiciones teóricas, sí. No tengo pruebas suficientes para afirmarlo.

—¿Y al pasado?

Rob tardó un instante en contestar. Era la pregunta que todos acababan haciendo, y era la que él había aprendido a temer.

—Esa es una cuestión mucho más compleja.

—Explíquemela.

Rob se levantó y se acercó a la pantalla. Señaló las curvas con el dedo, sin tocarlas.

—Nuestros modelos describen una perturbación localizada. Si lográramos gobernar la relación entre la energía del sistema y su respuesta temporal, un objeto podría dejar de evolucionar en sincronía con su entorno durante un intervalo determinado. Lo que ignoramos es si esa desviación puede invertirse de forma controlada y si es posible fijar un instante anterior al de la partida.

—Pero no lo descarta.

—No lo descarto. Tampoco lo doy por cierto.

Smith contempló la imagen en silencio.

—¿Qué necesitaría para continuar?

La pregunta era tan directa que Rob volvió a sentarse. Enumeró lo que necesitaba: una infraestructura energética estable, emisores de mayor potencia, instrumentación independiente, un sistema de control capaz de procesar las mediciones en tiempo real, y repetir las pruebas en un lugar aislado de toda interferencia.

—¿Y dinero?

—El suficiente para no tener que detener el trabajo cada vez que se agota una partida.

Smith sonrió apenas.

—Eso puedo dárselo.

Abrió una carpeta y deslizó un documento sobre la mesa. Las cifras superaban cualquier presupuesto que Rob hubiera manejado en su vida. Financiación inmediata, autorización para incorporar especialistas, equipamiento de uso restringido, un laboratorio levantado a la medida del experimento y una remuneración personal que multiplicaba varias veces la actual.

—¿Dónde estaría?

—En una instalación segura, dentro de Estados Unidos.

—Eso no es una ubicación.

—Se la comunicaré cuando se formalice el acuerdo.

—¿Por qué tanto secreto?

Smith no pareció ofendido.

—Porque su trabajo tiene implicaciones que desbordan el ámbito académico. Si sus resultados son correctos, hablamos de una tecnología que podría alterar nuestra comprensión de la causalidad. No sería prudente permitir que se difundiera sin control.

—La confidencialidad no garantiza que una tecnología se use bien.

—No. Pero puede impedir que se use mal.

Rob lo miró. La frase tenía una lógica difícil de refutar y, al mismo tiempo, una premisa peligrosa: alguien debía decidir qué significaba usarla bien, y Smith daba por sentado que ese alguien sería él.

—¿Qué uso piensa darle?

—En primer lugar, quiero saber si funciona. Después estudiaremos sus aplicaciones.

—Es una evasiva.

—Es una respuesta prudente.

Rob cerró la carpeta.

—No puedo aceptar un contrato sin conocer sus condiciones completas.

—Claro que no. Tendrá tiempo de examinarlas. Pero quiero que quede claro desde el principio: no financiaré una investigación destinada a permanecer indefinidamente en el terreno de las conjeturas. Si asumimos este compromiso, esperaré resultados verificables.

—La ciencia no puede garantizarlos.

—Tampoco los beneficios de una inversión. La diferencia es que algunos inversores están dispuestos a correr el riesgo.

Se levantó y caminó hacia el ventanal. La ciudad se extendía bajo una luz blanca; los automóviles avanzaban entre edificios que reflejaban el cielo. A esa altura el ruido parecía no existir.

—Permítame una pregunta personal, doctor. ¿Por qué dedica su vida a esto?

—Porque quiero comprender un fenómeno que todavía no entendemos.

—Eso es lo que escribiría en un artículo. Le pregunto por qué le importa tanto.

Rob miró la pantalla apagada. Tenía respuestas exactas: la posibilidad de ensanchar el conocimiento, la belleza matemática de la hipótesis, el deseo de resolver un problema que llevaba años resistiéndose. Todas eran ciertas. Ninguna alcanzaba.

—Porque hay preguntas que cambian la manera de entender todo lo demás.

—Exactamente —dijo Smith, volviéndose—. Hay quien cree que el pasado es inmutable y que el futuro debe aceptarse tal como llega. Yo no comparto esa visión. La humanidad ha progresado porque aprendió a intervenir en lo que antes le parecía inevitable.

—Intervenir no es lo mismo que corregir.

—A veces la diferencia depende del resultado.

Rob sintió un frío leve y concreto, como el de una habitación en la que alguien acaba de abrir una ventana. Quiso preguntar por la copia de las 15:58 y no lo hizo. Algo en la serenidad de aquel hombre le dijo que la respuesta sería cortés, plausible y falsa, y que, al pedirla, le mostraría que lo sabía.

. . .

Llegó a casa cuando ya era de noche. Vivían en una casa de madera clara, algo envejecida, con un jardín trasero que Claire cuidaba con la misma paciencia con que restauraba manuscritos. Desde la cocina se oía el golpeteo suave de una rama contra el cristal y, al otro

lado, en el árbol junto a la cerca, el parloteo de los gorriones que se disputaban el último sitio antes de dormir. A Rob siempre le había gustado ese ruido; formaba parte de la casa, como el olor del café o la luz del pasillo.

Claire estaba sentada a la mesa, bajo una lámpara con lupa, inclinada sobre un pliego del siglo XII. Tenía cuarenta años, el pelo castaño recogido de cualquier manera y las manos manchadas de pigmento y goma laca. Trabajaba en la conservación de documentos históricos para una biblioteca universitaria, y Rob nunca había dejado de maravillarse de que alguien pudiera dedicar su vida a salvar cosas que la mayoría de la gente no sabía que se estaban perdiendo.

—Mira esto —dijo ella sin levantar la vista—. Ven.

Rob se acercó. En el margen del pergamino, entre dos columnas de una letra apretada y oscura, había una palabra tachada y reescrita por otra mano.

—Un copista, hace ocho siglos, escribió *non* donde el original decía *nos*. Una sola letra. Un monje de otro monasterio lo detectó medio siglo después y lo corrigió; pero ya había otras cuatro copias con el error. Se pasaron doscientos años discutiendo si una frase afirmaba o negaba una doctrina. Hubo excomuniones por esa letra.

—Por una letra.

—Por una letra —repitió Claire, y levantó por fin los ojos—. ¿Has cenado?

—No.

—Tienes la cara de cuando decides algo y todavía no me lo has contado.

Rob se sentó frente a ella. Le habló sin detalles, porque no los tenía: un nuevo patrocinador, una oferta desmesurada, un traslado a un lugar sin nombre, contrato de seis meses prorrogable, confidencialidad absoluta. Claire lo escuchó sin interrumpirlo, con las manos quietas sobre el pergamino. Cuando terminó, tardó en hablar.

—¿Es lo que necesitas?

—Es lo que necesita el experimento.

—No te he preguntado eso.

Rob sonrió, vencido.

—Es lo que necesito.

Ella asintió despacio. Miró la rama que golpeaba el vidrio y los pájaros que se removían detrás.

—Una vez te dije que eras capaz de pasarte horas intentando entender el universo y de no notar lo que ocurre a tu lado. No te lo dije como reproche.

—Lo sé.

—Lo que quiero decirte ahora es otra cosa. —Se quitó la lupa y la dejó sobre la mesa —. Si te vas, llámame. No importa lo que descubras ni lo que no puedas contar. Llámame y cuéntame lo que sí puedas, aunque sea el tiempo que hace.

—Te llamaré.

—Prométemelo.

—Te lo prometo.

Esa noche, cuando Claire ya dormía, Rob salió al jardín. La noche era fresca, olía a tierra mojada, y en la rama del árbol los gorriones habían callado. Quedaba uno despierto. Lo vio un instante, pequeño y gris, la cabeza ladeada hacia la luz de la cocina; luego se

acomodó entre las hojas y desapareció en ellas, tan quieto y tan simple que Rob sintió, sin saber por qué, una ternura casi dolorosa.

Entró en la casa y se detuvo un momento junto al maletín, donde dormía el contrato. Todavía no lo había firmado, pero ya sabía que lo haría, y que lo sabía desde antes de cruzar la puerta de aquella sala de cristal.

CAPÍTULO 3

La letra chica

◆

La decisión de Robert Sayer quedó formalizada un jueves, a las once y cuarenta y seis de la mañana.

No hubo ceremonia ni apretón de manos ante una hilera de cámaras. El contrato se firmó en una sala privada del complejo de Palo Alto, bajo la mirada de dos abogados, de un representante de Helix Meridian que parecía deseoso de terminar cuanto antes y de un funcionario que se presentó solo como «asesor de seguridad» y que no volvió a abrir la boca. Arthur Smith no asistió; uno de los abogados explicó que compromisos de última hora lo habían retenido.

Rob firmó cada página con la sensación de atravesar una frontera que no alcanzaba a ver. El documento era extenso, preciso, redactado en una lengua capaz de convertir decisiones extraordinarias en procedimientos administrativos. La compensación económica era difícil de ignorar. No solo duplicaba su salario: incluía una bonificación por hitos científicos, cobertura para su familia durante el traslado y una partida especial para contratar a las personas que él eligiera. Rob había insistido en esa última condición. No quería que el nuevo patrocinador sustituyera a los investigadores por técnicos cuya única obligación fuera obedecer.

—El equipo seguirá trabajando bajo su dirección científica —le había asegurado el representante de Smith—. El patrocinador no tiene interés en interferir en las decisiones técnicas cotidianas.

La frase sonaba razonable. Rob se quedó con ella hasta llegar al final del texto, donde encontró un apartado que no recordaba haber leído en la primera versión.

Cláusula 17.4. Condiciones extraordinarias de custodia.

El párrafo establecía que, una vez trasladado el proyecto a la instalación designada, el acceso a determinadas áreas, materiales y resultados podría quedar sujeto a restricciones adicionales «por razones de seguridad nacional». Autorizaba además al patrocinador a limitar los movimientos del personal «cuando las circunstancias lo exigieran».

Rob levantó la vista.

—¿Qué significa esto exactamente?

El abogado que tenía enfrente se ajustó los anteojos.

—Es una cláusula preventiva. Se aplica a proyectos de potencial estratégico.

—¿Puede impedir que un investigador salga de las instalaciones?

—Solo en circunstancias extraordinarias y conforme a los protocolos aplicables.

—¿Y quién decide que esas circunstancias existen?

El abogado intercambió una mirada con el representante de Smith.

—La autoridad competente.

Rob dejó la página sobre la mesa.

—No soy militar. Tampoco funcionario. Estoy aceptando un contrato científico.

—Y el patrocinador asume una inversión extraordinaria en una investigación que podría tener consecuencias para la seguridad nacional —respondió el representante—. Ambas cosas deben quedar protegidas.

Durante unos segundos pensó en levantarse y marcharse. La cláusula era ambigua, pero no necesariamente ilegal. Podía exigir una modificación, consultar a otro abogado, negarse a firmar. Entonces recordó la curva de la secuencia treinta y dos, la oscilación en tres sensores, la sensación única de haber tocado por fin el borde de algo. Abandonar ahora significaba volver a un laboratorio condenado, con un equipo que tendría que buscar trabajo en otra parte y una hipótesis que moriría en un cajón.

—Quiero una copia de todos los anexos —dijo—. Y que conste que ninguna restricción podrá impedir una evacuación médica ni el cumplimiento de las obligaciones legales ordinarias.

El abogado anotó. Tras una breve consulta telefónica aceptó incorporar la precisión. No era todo lo que Rob habría querido, pero bastó para que continuara. Firmó la última página.

A las once y cuarenta y seis, el acuerdo entró en vigor.

. . .

Elena Ward descubrió la cláusula dos horas después. Revisaba la versión electrónica cuando dio con el apartado, lo leyó una vez, lo leyó otra, y abrió la copia anterior que le habían enviado los asesores jurídicos. La cláusula no estaba. No era una diferencia de redacción: era una incorporación nueva. Imprimió ambas páginas y fue al despacho de Rob.

Lo encontró inclinado sobre una mesa, examinando curvas.

—¿Has firmado?

Rob levantó la cabeza.

—Esta mañana.

Elena puso las dos hojas delante de él, una al lado de la otra. No dijo nada. Rob las comparó con la lentitud de quien ya conoce el resultado.

—La vi —admitió—. La discutí. Conseguí que se añadiera una excepción médica.

—Una excepción médica —repitió ella—. Te han puesto una puerta con cerradura y tú has negociado que te dejen salir si te rompes una pierna.

—No tenía alternativa.

—Siempre hay alternativa. Lo que no hay es tiempo para pensarla.

Rob no discutió. Elena se pasó una mano por el pelo, un gesto que solo hacía cuando estaba verdaderamente furiosa.

—Bien. Entonces escúchame, porque esto lo digo una vez. Voy contigo. No por Smith ni por el dinero. Voy porque esta máquina es lo único serio que he visto en quince años y no pienso dejarte solo con ella. Pero cuando te pida que pares, vas a parar. ¿Está claro?

—Está claro.

—Quiero oírtelo decir.

—Cuando me pidas que pare, pararé.

—Mientes muy mal —dijo Elena—. Es una de las cosas que más me gustan de ti.

. . .

Esa tarde reunieron al equipo en la sala de control. Eran siete personas: ingenieros, técnicos, dos ayudantes jóvenes que habían construido parte de los emisores con sus propias manos. Rob les explicó las condiciones sin adornarlas: un traslado inmediato a un lugar que no podía nombrar, un contrato de seis meses prorrogable, la posibilidad de trabajar con equipos que no existían en ningún otro laboratorio y la certeza de que durante ese tiempo no podrían hablar de lo que hacían.

El silencio duró lo suficiente para ser elocuente.

—¿No pueden decirnos adónde? —preguntó uno de los ayudantes.

—No todavía.

—¿Y si queremos dejarlo?

—Podrán hacerlo antes de partir. Después, las condiciones del contrato prevalecen.

Los dos ayudantes se miraron. Uno bajó los ojos. Fue Daniel Moreau, el ingeniero de instrumentación, quien rompió la quietud. Tenía treinta y cuatro años, un padre enfermo en Sacramento, una paciencia razonable y ninguna ilusión sobre quienes manejan el dinero.

—Leí la cláusula 17.4 —dijo—. Anoche. Me la pasó Elena.

—Daniel —advirtió ella.

—No, está bien. —Rob lo miró—. ¿Y?

—Que no firmo algo que me restringe los movimientos sin decirme por quién ni hasta cuándo. —Se encogió de hombros, sin dramatismo—. No es por ti, Rob. Es que no sé quién lo escribió, y eso me basta para no confiar en lo que dice.

—Lo comprendo.

—Mi padre se está muriendo, de todos modos. Prefiero estar donde pueda alcanzar un teléfono.

Los dos ayudantes dijeron lo mismo, con otras palabras y con mayor vergüenza. Rob no intentó retenerlos. Había comprendido hacía tiempo que la lealtad que se compra con presión no sirve para nada, y que quien se queda por miedo acaba cometiendo los errores que más cuestan.

. . .

Daniel lo esperó al terminar la reunión, junto a la puerta del laboratorio. Llevaba en la mano un pequeño estuche gris, del tamaño de un paquete de cigarrillos.

—Es un registrador autónomo —dijo—. Tiene reloj propio, batería de seis meses y memoria independiente. No se conecta a nada. Lo armé yo hace dos años para otro experimento.

—No puedo aceptarlo.

—No te lo regalo. Te lo presto. —Daniel le puso el estuche en la palma—. Si van a trabajar en un sitio donde alguien más maneja los datos, conviene tener una cosa que lleve su propia cuenta del tiempo. No sé. Quizá no sirva de nada.

—¿Por qué lo haces?

Daniel sonrió con cansancio.

—Porque me has enseñado que nada es verdad hasta que dos instrumentos independientes coinciden. Llévate uno que no sea de ellos.

Rob guardó el estuche en el bolsillo interior de la chaqueta, junto a la cartera. Era un gesto casi sin importancia. Más adelante, mucho más adelante, recordaría ese momento con una gratitud que ningún agradecimiento habría sabido expresar.

. . .

Pasaron los días con la velocidad de lo irremediable. Empaquetaron los instrumentos en cajas numeradas que unos hombres sin uniforme, pero con la postura de los soldados, cargaban en camiones sin identificación. Desmontaron los emisores uno por uno, con una delicadeza casi litúrgica. Rob vio cómo el sótano circular, tras tres años de actividad ininterrumpida, quedaba reducido a una sala vacía con marcas en el suelo, y sintió, por primera vez, el vértigo de lo que había puesto en marcha.

. . .

La víspera de la partida cenó con Claire en el jardín. Ella había preparado pasta con tomates de su huerta, había abierto una botella que guardaban para una ocasión que nunca llegaba y había puesto sobre la mesa una vela dentro de un vaso, para que el viento no la apagara. Hablaron de cosas pequeñas: del vecino que talaba su roble, de la humedad en el sótano, de la visita pendiente a la hermana de Claire. Evitaron con esmero la palabra «mañana».

—¿Seis meses? —preguntó ella al fin.

—Seis meses. Con una excepción por emergencia.

—¿Y si necesitas volver?

—Volveré.

—¿Y si no te dejan?

Rob no tuvo respuesta. Claire no pareció esperarla. Se quedó mirando la llama, que se doblaba y se enderezaba con el aire de la noche.

—Prométeme otra cosa —dijo—. Si algo no te gusta, si ves algo que no te cierra, no lo pienses diez veces como haces siempre. Vuelve.

—Te lo prometo.

—Eso es lo que dijiste de llamarme.

—Y voy a llamarte.

Ella sonrió, con la sonrisa que usaba para que él no la viera preocupada, y estiró la mano para tomar la suya. Sobre ellos, en la rama del árbol, un gorrión cantó una sola vez, breve, interrogante, y calló.

. . .

Se despidieron antes del amanecer. Claire lo acompañó hasta la puerta, con una chaqueta sobre el camisón, y se quedó en el umbral mientras Rob cruzaba el jardín con su maletín. Cuando él se volvió en la cerca, ella levantó la mano sin agitarla, como quien saluda a un barco que se aleja.

Fue la última vez que la vio en esa casa.

CAPÍTULO 4

Los autos sin ventanas

◆

Arthur Smith los esperaba en el aeropuerto de San Francisco, junto a la puerta de embarque, con el mismo traje oscuro y la misma serenidad de quien ha llegado antes de la hora porque la hora lo ha estado esperando. Viajaría con ellos para supervisar el traslado, dijo, y no admitió réplica ni agradecimiento. Cuatro de los siete integrantes del equipo habían aceptado partir: Rob, Elena y dos técnicos, Wen Zhao y Tomás Ibáñez, que subieron al avión con la cautelosa excitación de quienes se mudan a un país cuyo idioma todavía no hablan.

El vuelo a Las Vegas duró una hora y media y fue apacible. Rob se sentó junto a la ventanilla y vio cómo la costa se disolvía en una llanura de campos geométricos y, después, en la aridez ocre del Gran Basin, interminable, rugosa, sin una sola carretera que le diera sentido. Elena, a su lado, revisaba documentos en una tableta sin leerlos. Hacia el final del trayecto, sin levantar la vista, dijo en voz baja:

—Mi hermana dice que me casé con el laboratorio. Lo que me preocupa es que ni siquiera me lo haya propuesto.

—¿A qué viene eso?

—A que me doy cuenta de que lo único que dejo atrás es un departamento y una planta. —Guardó la tableta—. A veces me pregunto qué sería de mí si tuviera algo que perder.

Rob iba a responder, pero el avión empezó a descender y la frase se perdió en el ruido de los motores.

En Las Vegas los recogieron dos automóviles negros, idénticos, estacionados a pocos metros de la salida de equipajes, con los motores encendidos y un conductor de anteojos oscuros junto a cada puerta. Rob notó dos cosas al entrar. La primera era que los vidrios, además de tintados, estaban cubiertos por dentro con una película opaca que no dejaba ver otra cosa que sombras. La segunda era que el lugar del conductor quedaba separado del habitáculo por una mampara, y que nada de lo que ocurría adelante, ni siquiera el camino, era visible desde atrás.

—Qué pena —comentó—. Quería ver el paisaje.

—Sí, estos autos son así —respondió Smith, sin mirarlo, y pasó a otro tema.

Elena se volvió hacia él con una ceja levemente alzada. Rob entendió lo que quería decir: acababan de aceptar, sin necesidad de decirlo, que el camino formaba parte del secreto.

Durante cuarenta minutos intentó reconstruir el recorrido, sin éxito. Al principio se orientó por la luz que se filtraba entre el vidrio y la película, por el ángulo de las sombras, por la frecuencia de las curvas. Después intentó medir el tiempo transcurrido contando hasta sesenta una y otra vez. Pero la suspensión amortiguaba las irregularidades del suelo, el cristal deformaba cualquier pista, y el motor llegaba desde una distancia tan artificial que parecía sonar dentro de otra habitación. Era un aislamiento deliberado, cuidado hasta el detalle.

—¿Has conseguido saber hacia dónde vamos? —preguntó en voz baja.

—Hacia el norte, creo. —Elena sacó el teléfono y se lo mostró—. La brújula funciona. El GPS no consigue fijar posición.

—¿Interferencia?

—O falta de señal. No sabemos qué sistemas usan estos autos.

Rob observó la pantalla, donde una aguja temblorosa indicaba un rumbo estable sobre un mapa vacío. Después de una hora, o de lo que le pareció una hora, el pavimento dio paso a una superficie irregular, el vehículo redujo la velocidad y atravesó una sucesión de curvas lentas. Se detuvo por fin.

La puerta se abrió desde afuera y la luz del desierto entró de golpe, tan intensa que debieron cerrar los ojos.

Rob descendió y se quedó inmóvil. Ante él se extendía una llanura árida, de grava rojiza y polvo, rodeada de montañas desnudas que parecían dibujadas por un niño con un lápiz rojo. No había casas ni tendidos eléctricos ni carreteras visibles. El horizonte estaba vacío, salvo por una línea baja y oscura que emergía de la tierra a lo lejos, y que a medida que se acercaban resultó mucho mayor de lo que había supuesto: hangares, bloques de hormigón reforzado, antenas de comunicaciones sobre los techos, chimeneas de ventilación y conductos de refrigeración del grosor de un hombre. No parecía un laboratorio levantado para una investigación universitaria. Parecía una fortaleza concebida para resistir un asedio.

—Bienvenidos —dijo un hombre vestido de gris que los aguardaba junto a una puerta de acero.

—¿Dónde estamos exactamente? —preguntó Rob.

—En una instalación federal de investigación, en las inmediaciones de Groom Lake.

Elena miró las montañas, después el cielo sin una nube.

—¿El Área 51?

El hombre no confirmó ni negó.

—El señor Smith los recibirá en el edificio administrativo. Síganme, por favor.

Atravesaron una primera puerta, un corredor de hormigón y una segunda esclusa de seguridad. Rob observó los lectores: examinaban las credenciales, pero también las manos y el rostro. En las paredes, a intervalos regulares, había cámaras. No vio una sola ventana.

. . .

El laboratorio los esperaba al fondo de un pasillo interminable, y fue la primera cosa del día que logró superar sus expectativas. Era una sala circular de unos cuarenta metros de diámetro, con un techo tan alto que el rumor de los equipos se perdía antes de llegar arriba. Doce emisores, sí, pero de un tamaño que Rob no había visto nunca fuera de las

fotografías de los grandes aceleradores; una cámara central de acero y cuarzo; una plataforma de instrumentación que ocupaba una tercera parte del recinto; una sala de control separada por un ventanal, con consolas todavía envueltas en plástico. Todo estaba allí, listo, esperando. Lo habían construido antes de que él firmara.

Rob se detuvo en medio del recinto. Elena se paró a su lado.

—Tenían todo esto preparado —dijo ella en voz baja.

—Sí.

—Mucho antes de que dijeras que sí.

—Lo sé.

—Entonces nunca nos estaban preguntando.

Rob no contestó. Era una frase demasiado exacta para discutirla.

. . .

Los alojaron en una zona residencial adosada al complejo: departamentos amplios, ordenados, con todas las comodidades que el dinero podía comprar en medio de la nada. Smith los dejó instalarse y les anunció que los esperaba a cenar. Rob dejó el maletín sobre la cama, sacó el registrador de Daniel y lo colocó, encendido, en la mesita de noche, sin pensarlo demasiado. Después se lavó la cara y se miró en el espejo. Tenía aspecto de hombre que acaba de entrar en un sueño ajeno y todavía no sabe si podrá salir.

. . .

El comedor era una sala larga, de paneles claros, con una mesa dispuesta para seis. Había agua, vino y un asado que nadie probó con verdadero apetito. Smith presidía, con las manos juntas sobre el mantel. A su derecha estaba sentado un hombre de unos cuarenta y cinco años, de espalda recta y mirada atenta, vestido de civil pero con el aire inconfundible de quien ha pasado media vida con uniforme.

—El comandante Ellis Hale —lo presentó Smith—, de la Fuerza Aérea. Será nuestro enlace con las autoridades federales.

Elena dejó el tenedor.

—¿Autoridades federales?

—Sí, doctora Ward.

—Creí que el patrocinador era usted.

—Lo soy. Pero las instalaciones pertenecen al Estado, y el Estado, como suele ocurrir, tiene un interés particular en el proyecto. —Smith se sirvió agua con calma—. Les pido disculpas por no haberlo detallado antes. En ciertas materias, la discreción es una forma de respeto hacia quien debe protegerse a sí mismo.

—¿Qué quiere decir exactamente? —preguntó Rob.

—Que las fuerzas armadas están muy interesadas en un proyecto específico, y que por eso los he traído al Área 51.

Hubo un silencio. Wen Zhao dejó de masticar. Tomás Ibáñez miró a Rob, después a la puerta, después a Rob otra vez.

—¿Nos han secuestrado? —preguntó Rob, con una media sonrisa que no engañó a nadie.

Smith sonrió también. Fue una sonrisa limpia, sin malicia aparente, y justamente por eso resultaba incómoda.

—De ninguna manera, doctor. Pueden irse cuando quieran, con las excepciones de la cláusula 17.4, que ustedes firmaron y que consta en la letra chica. —Hizo una pausa—. Lo único que les pido es que no cuenten nada. Ni a sus familias ni a sus colegas. Nada.

—¿Y cuál es el proyecto que tanto le interesa al ejército? —preguntó Elena, con un tono que habría podido cortar vidrio.

Smith la miró con evidente aprecio.

—El de los rayos láser, naturalmente.

Rob se reclinó en la silla. Entendía que no había nada que añadir. La frase estaba pensada para cerrar la conversación, y lo había hecho. Volvieron a comer en silencio. A los postres, Hale explicó con frases cortas y correctas las normas de seguridad: horarios, accesos, restricciones de comunicación, cámaras. Rob escuchó la lista con la sensación de que alguien describía los muros de una casa a la que acababa de entrar con los ojos vendados.

Cuando se levantaron, Smith retuvo a Rob por el codo.

—Una cosa más, doctor. Quiero que sepa que no desconfío de su juicio científico. Todo lo contrario. Por eso le he dado una libertad que muy pocos investigadores tendrán jamás.

—Lo agradezco.

—No tiene por qué. —Su mano soltó el codo—. Aquí nada se pierde, doctor Sayer. Todo se conserva.

Rob no supo si era una promesa o una advertencia.

. . .

Esa noche, en su departamento, esperó hasta las once para llamar a Claire. La línea estaba habilitada pero tenía un eco leve, apenas perceptible, como si la voz de ella se repitiera una fracción de segundo más tarde en otra habitación. Rob decidió no mencionarlo.

—Estoy bien —dijo—. Es un sitio grande. Hace calor. No puedo decirte dónde.

—¿Es un desierto?

—Algo así.

—Lo imaginé. Se te nota en la voz, como si te hubieran sacado toda el agua. —Claire hizo una pausa—. Mira lo que te voy a contar. Mi madre se crió en un pueblo del desierto de Nevada. ¿Te lo conté alguna vez? Se llamaba Rachel. No sale en ningún mapa serio. Mi abuelo trabajaba en algo del gobierno, nunca le dijo a nadie qué, y la niña pasaba los días sola, rodeada de nada, mirando el cielo. Contaba que se veían luces. Que a veces, de noche, se oían motores que ningún motor conocido hacía. Y que si alguien se lo preguntaba a su padre, él se ponía pálido y cambiaba de tema.

Rob sintió que algo se le endurecía entre los hombros. Miró la pared del departamento, desnuda y blanca, y la cámara apenas visible en el rincón del techo.

—¿Rob?

—Aquí estoy.

—Dime dónde estás.

—No puedo.

—Ya lo sé. —Hubo una pausa tan larga que pensó que se había cortado—. Es solo que, si fuera Nevada, estarías cerca de mi madre sin saberlo. Y eso me hace gracia. Y también me asusta un poco.

—No es nada —mintió Rob—. Es solo un laboratorio.

—Claro.

Se despidieron con frases pequeñas, las que se usan cuando hay demasiado que decir y ninguna posibilidad de decirlo. Rob colgó y permaneció un buen rato sentado en el borde de la cama, mirando el registrador de Daniel, cuyo diminuto led verde parpadeaba con una regularidad perfecta, contando para nadie los segundos de aquella noche.

Pensó en los abuelos de Claire, en la niña sola entre las luces del cielo, en el padre que se ponía pálido. Se dijo que era una coincidencia. Era una coincidencia, repitió; y descubrió que, por primera vez en su vida, no le bastaba esa palabra.

CAPÍTULO 5

El libro que volvió

Durante las dos semanas siguientes el tiempo en Groom Lake se volvió una sustancia espesa, sin días ni noches, medida únicamente por el ritmo de los ensayos. Se levantaban antes del amanecer, trabajaban hasta que los ojos les ardían y cenaban en la misma sala larga, en silencio, con la cabeza todavía dentro de las pantallas. A Rob le sorprendió la rapidez con que se acostumbró a todo: a las puertas que se abrían solas, a los guardias que nunca saludaban, a las cámaras de los pasillos, al aire reciclado con su vago sabor a metal. Lo que no lograba acostumbrar era la ausencia de cielo. Pasaba semanas sin ver más que techos, y cuando salía, al caer la tarde, el desierto le parecía tan vasto y tan hostil que prefería volver a entrar.

El laboratorio cumplió lo que prometía. Con emisores de mayor potencia, una infraestructura estable y un sistema de control que procesaba los datos en el mismo instante en que nacían, el fenómeno que en Palo Alto apenas se insinuaba empezó a mostrarse con una claridad casi insolente. La primera vez que un objeto desapareció, nadie dijo nada.

Era un clip de oficina, uno de esos clips de alambre que se encuentran en el fondo de cualquier cajón, colocado sobre un soporte de cuarzo en el centro de la cámara. Elena inició la secuencia. Los doce haces convergieron, la sala se llenó del zumbido grave que Rob ya conocía y, durante una fracción de segundo, el aire alrededor del soporte pareció espesarse, como si la luz hubiera aprendido a pesar. Después el clip no estaba.

Los instrumentos no registraron calor, humo, residuos ni desintegración. Lo que había en el centro de la cámara seguía siendo el soporte de cuarzo y, sobre él, nada. Wen Zhao repitió la comprobación tres veces. Tomás Ibáñez abrió la cámara y pasó una linterna por cada rincón. Elena, con las manos cruzadas sobre el pecho, miraba la pantalla como si temiera que el clip volviera y estropeara el misterio.

—No se ha vaporizado —dijo al fin—. No hay energía suficiente.

—Entonces ¿dónde está?

—No lo sé.

Fue Smith, desde el fondo de la sala de control, quien formuló la pregunta que Rob habría querido evitar.

—¿Cómo saben que se fue a otro tiempo y que no fue destruido? —Su voz era la de un hombre que pregunta por simple curiosidad—. Tal vez lo que han construido no es una puerta. Tal vez es un arma.

Rob se volvió hacia él.

—No lo sabemos. Por eso seguimos probando.

—Excelente respuesta —dijo Smith, y sonrió.

Siguieron probando. Primero una llave, después una moneda, un lápiz, una pequeña pieza de aluminio, una taza de porcelana. Los objetos crecían poco a poco, desde un clip hasta un libro, y con cada uno el sistema revelaba un matiz nuevo. Descubrieron que variando la relación entre frecuencia e intensidad, entre la rapidez de los pulsos y la potencia total, el objeto se comportaba de modo distinto: algunos desaparecían durante segundos, otros no volvían, otros se agitaban un instante en el borde de la visión, como una mancha en la retina. Elena llenó pizarras enteras de curvas que Rob miraba de noche, solo, con una taza de café frío en la mano, intentando leer en ellas un idioma que cada día parecía más cercano.

Una de esas curvas lo mantuvo despierto una semana. El modelo, tal como había sido formulado, admitía dos regímenes. En el primero, con pulsos rápidos y potencia moderada, el objeto se desacoplaba en una dirección y reaparecía unos segundos más tarde, un poco por delante del resto del mundo. En el segundo, con pulsos lentos y potencia extrema, las ecuaciones cambiaban de signo. La distancia, además, parecía depender de la potencia: a mayor energía, más lejos del punto de partida. Elena lo había descubierto un martes, con la naturalidad con que se señala una errata, y había añadido sin levantar la vista:

—Esta mitad de la ecuación no la hemos probado ni la probaremos. Si el signo es negativo, es hacia atrás.

—Lo sé.

—Y si la distancia crece con la potencia, no hay manera de saber cuánto hacia atrás.

—Lo sé, Elena.

—Solo quería oírme decirlo en voz alta.

Rob la miró. En los tres años que llevaban juntos, esa era la primera vez que la veía asustada.

· · ·

El jueves de la segunda semana se atrevieron con el libro.

Wen Zhao propuso el diccionario de latín que llevaba siempre consigo, un volumen de tapas desgastadas, subrayado y manoseado por tres generaciones de su familia. Dijo que le daría buena suerte. Tomás Ibáñez, con la meticulosidad que lo distinguía, ató al lomo un pequeño reloj de pulsera y lo puso en marcha a la vez que el cronómetro principal. Si el libro regresaba, el reloj contaría lo que el libro había vivido; si no regresaba, al menos sabrían que algo se había llevado consigo, a donde fuese, los segundos.

Rob se instaló frente a la consola. Hale, al fondo, observaba con los brazos cruzados. Smith, a su lado, no se había sentado.

—Secuencia cuarenta y uno —dijo Elena—. Pulsos rápidos, potencia moderada. Preparados.

La cuenta atrás se oyó en el altavoz con su voz sintética. Cuando llegó a cero los haces convergieron y la cámara se llenó de una claridad blanca que obligó a Rob a mirar de lado. Hubo un zumbido que subió, subió, y se cortó en seco. El diccionario ya no estaba.

Nadie se movió. En la pantalla de control, el cronómetro principal avanzaba, segundo a segundo, con un rumor casi imperceptible. Rob contó mentalmente. Diez. Doce. Quince.

Sentía los latidos en las sienes, los dedos de Elena aferrados al borde de la consola, la respiración contenida de Tomás junto a él. Dieciocho. Diecinueve.

A los veinte segundos, el diccionario estaba otra vez sobre el soporte de cuarzo.

Reapareció sin ruido ni destello, tal como había desaparecido, con las tapas gastadas, los subrayados intactos y el pequeño reloj atado al lomo. Wen Zhao lanzó un grito ahogado. Elena se cubrió la boca con la mano. Rob sintió que las rodillas se le aflojaban y se agarró a la consola.

Tomás cruzó la sala corriendo. Retiró el reloj del libro con dedos temblorosos y lo comparó con el cronómetro principal. Rob vio que sus labios se movían sin emitir sonido.

—¿Qué marca? —preguntó Elena.

—Dice… —Tomás tragó saliva—. El reloj del libro marca veinte segundos menos que el principal. Para él no pasó el tiempo. Se saltó veinte segundos. Los veinte segundos que estuvo fuera.

El silencio que siguió no fue el de una sala asombrada, sino el de una sala que acaba de asistir a la ruptura de una frontera y descubre que el aire sigue siendo igual de respirable. Alguien rio, nerviosamente. Wen Zhao se persignó, aunque nunca lo había hecho delante de nadie.

—Lo mandamos al futuro —dijo Rob. Su voz le sonó extraña, prestada—. Veinte segundos. Nada más. Y volvió.

Elena se acercó a él. No lo abrazó, no habría sido propio de ella; pero se quedó tan cerca que sus hombros se tocaron.

—Funciona —murmuró.

—Funciona.

—Dios mío, Rob.

Durante un instante, solo uno, pensó en Claire. Pensó en el pergamino con la letra equivocada y en la cara que pondría cuando él, algún día, pudiera contárselo. Después la euforia se disolvió, se retiró como una marea, y quedó a la vista el fondo oscuro de lo que acababan de hacer.

Smith se había acercado al soporte. Se inclinó sobre el diccionario sin tocarlo y lo examinó con la atención desapasionada de quien mira un objeto que ya ha comprado.

—Felicitaciones —dijo—. Es un resultado extraordinario.

—Es un resultado preliminar —contestó Rob.

—Por supuesto. —Smith se enderezó—. ¿Cuánto más lejos podrían enviarlo?

—Con más energía, quizá minutos. Horas. No sabemos si hay un límite.

—Interesante. —Se volvió hacia él, con las manos a la espalda—. Pero no es el futuro lo que me preocupa, doctor.

Rob esperó.

—El futuro llega solo. Se las arregla perfectamente sin nosotros. Lo que me interesa es el otro lado.

—El otro lado no lo hemos probado.

—No lo han probado todavía.

—Y no tenemos ni idea de lo que ocurriría.

—Lo sé. —Smith sonrió con la paciencia de un maestro que ya ha oído la objeción—. Por eso se lo estoy pidiendo a usted.

Se marchó sin esperar respuesta. Hale lo siguió con un breve gesto de cabeza hacia Rob que podía significar cualquier cosa, y la puerta de la sala de control se cerró tras ellos con un suspiro neumático.

. . .

Esa noche nadie quiso cenar. Elena llevó una botella de vino a la sala de control y la dejaron abierta sobre la mesa, sin servirla. Wen y Tomás se retiraron temprano, agotados por la excitación. Quedaron solos, rodeados de pantallas encendidas, y durante un rato no encontraron qué decirse.

—Hemos hecho algo importante —dijo por fin Elena.

—Sí.

—Y algo que no sabemos controlar.

—También.

—¿Qué vamos a hacer?

Rob miró la cámara central, donde el diccionario había vuelto a su dueño y el soporte de cuarzo brillaba bajo las luces de emergencia.

—Lo que hacemos siempre. Seguir preguntando.

—Eso es lo que me da miedo —dijo ella—. Que sea lo único que sabemos hacer.

Rob no contestó. Apagó las luces del panel una a una. Antes de salir, volvió a mirar la sala, la cámara, el vórtice dormido. Le pareció que, en el silencio, la máquina esperaba.

CAPÍTULO 6

El ser vivo

◆

La propuesta llegó a las siete y veinte de la mañana, antes de que el café terminara de filtrarse.

Arthur Smith entró en la sala de control sin llamar. Nunca llamaba. A esas alturas, Rob sospechaba que aquel hombre consideraba las puertas una concesión innecesaria a la intimidad ajena. Detrás de él caminaba el comandante Hale, con una carpeta electrónica bajo el brazo y esa expresión de neutralidad entrenada que Rob había aprendido a leer como un termómetro: cuanto más inexpresiva, más seria la noticia.

—He revisado los resultados de ayer —dijo Smith.

Rob no apartó la vista de la pantalla.

—Entonces habrá visto que todavía no tenemos una prueba de desplazamiento temporal.

—He visto que un diccionario desaparece, que reaparece veinte segundos más tarde y que su reloj se niega a admitir que ha estado en ninguna parte. A mí eso me parece una prueba.

—Es una anomalía reproducible. No es lo mismo.

Smith sonrió apenas.

—En ciencia, la diferencia entre ambas cosas suele ser la evidencia. En los negocios, el presupuesto.

—Entonces estamos de acuerdo en que falta evidencia.

—Y la evidencia requiere experimentos.

—Controlados.

—Naturalmente.

La palabra sonó tan vacía que Rob se volvió hacia él. Smith dejó la carpeta sobre la mesa. En la pantalla apareció un protocolo nuevo, preparado con una precisión casi ofensiva: curvas de exposición, parámetros de vigilancia, tolerancias biológicas, una tabla de fases. En el centro del documento, una línea en negrita:

ENSAYO BIOLÓGICO PRELIMINAR. SUJETO S-0.

Rob sintió que algo se le endurecía en la mandíbula.

—¿Qué es esto?

—El siguiente paso.

—Ayer le dije que no haríamos pruebas biológicas hasta tener un procedimiento fiable de recuperación.

—Y escuché su objeción.

—No parece haberla entendido.

Smith apoyó las manos en el respaldo de una silla.

—Doctor, llevan meses intentando producir una alteración mensurable del tiempo. Ahora tienen un fenómeno que se sostiene durante un intervalo definido, una estructura capaz de reproducirlo y sensores que registran lo que ocurre dentro del campo. ¿Qué les falta?

—Saber qué le pasa a la materia cuando desaparece.

—Justamente.

—No. Justamente eso es lo que no sabemos. Si un bloque de cerámica no vuelve, nada garantiza que un organismo vivo regrese. Ni siquiera sabemos si la materia sigue existiendo en un estado recuperable.

—Por eso empezaremos con un mamífero pequeño.

—El tamaño no convierte una incertidumbre en una garantía.

Hale intervino con voz neutra.

—El protocolo contempla una exposición de potencia reducida. El animal estará monitorizado antes, durante y después del pulso. La jaula incorpora sensores de posición, temperatura y actividad metabólica.

Rob lo miró.

—¿Después de qué, comandante? ¿Después de que desaparezca?

Hale no respondió enseguida.

—Después del evento, si se produce.

La corrección no mejoró nada. Smith tomó asiento, como si la discusión hubiera alcanzado por fin el punto que deseaba.

—No hablamos de crueldad, doctor. Hablamos de conocimiento. Si el campo puede desplazar materia viva sin destruirla, estamos ante un descubrimiento de consecuencias extraordinarias: medicina, transporte, defensa, exploración. Si no puede, también necesitamos saberlo, antes de que alguien menos escrupuloso lo intente.

—La lista de aplicaciones no responde a la cuestión ética.

—La ética sin conocimiento corre el riesgo de convertirse en una forma elegante de no hacer nada.

Rob sintió el impulso de contestar y lo contuvo. Smith poseía una habilidad singular para transformar cualquier objeción en una debilidad de quien la formulaba. Si él alzaba la voz, sería un científico dominado por sus emociones. Si se mantenía sereno, Smith interpretaría su silencio como una aquiescencia. Todo era una trampa de espejos, y la única salida era no mirarse en ninguno.

—Quiero hablar con la doctora Ward antes de autorizar cualquier ensayo.

—Está informada.

—No le he preguntado eso.

Smith se levantó.

—Tiene hasta el mediodía.

—No voy a comprometerme a una hora.

—No le pido que se comprometa con una hora. Le comunico el plazo para presentar una recomendación. —Recogió la carpeta y se encaminó a la puerta; antes de salir, añadió

con la misma suavidad—: Una cosa más. Hay otros equipos, doctor, en otras instalaciones, que han seguido con interés sus publicaciones y que aceptarían de buen grado continuar su trabajo con menos escrúpulos. Prefiero que sea usted. Espero que entienda la diferencia entre cuestionar una decisión y entregarla a otros.

La puerta se cerró.

Rob se quedó un momento inmóvil, mirando la pantalla. *Sujeto S-0.* El nombre le pareció una forma de cobardía administrativa. Un número era más fácil de sacrificar que un ser vivo: no tenía rostro, no despertaba ternura, no podía mirar a nadie desde el interior de una jaula. Un número no obligaba a formular preguntas incómodas.

Abrió el protocolo y lo leyó desde el principio.

. . .

Elena lo encontró allí una hora más tarde, rodeado de impresiones, con los codos sobre la mesa y la frente en las manos.

—Me han contado —dijo ella.

—¿Qué opinas?

—Que nos han puesto una pistola en la cabeza con un guante de seda. —Se sentó enfrente—. Si decimos que no, lo harán sin nosotros. Si decimos que sí, lo hacemos nosotros.

—¿Y cuál es la diferencia?

—Que si lo hacemos nosotros, al menos estaremos en la sala.

Rob se frotó los ojos. Fuera, en algún corredor, un carrito de limpieza rodaba con un chirrido regular.

—Claire me enseñó algo —dijo—. Antes de venir. Un copista del siglo XII escribió una letra equivocada en un manuscrito. Una sola. Se pasaron doscientos años discutiendo si una frase afirmaba o negaba una doctrina. Hubo excomuniones.

—¿Y?

—Que si un error de un monje puede cambiar la historia de una herejía, ¿qué puede hacer un animal vivo que llega al pasado? Un ratón que come lo que no debe, que se cruza donde no debe, que muere donde no debe. No sabemos cuántas cosas dependen de cosas pequeñas.

—Eso es un argumento contra el ensayo. No contra el pulso de potencia reducida.

—Con potencia reducida, no iría hacia atrás.

—No lo sabemos —dijo Elena en voz baja—. Ni siquiera sabemos qué significa «hacia atrás» en este modelo.

Eso era lo que más le dolía a Rob: que tuviera razón. Cogió el protocolo y lo releyó hasta llegar al apartado de contingencias, donde encontró lo mismo que había señalado la víspera. El sistema de descarga de emergencia, ese dispositivo que debía disipar la energía sobrante si algo fallaba en el anillo, seguía conectado al circuito principal.

—Mira —dijo.

Elena se inclinó sobre el esquema. Rob lo explicó con las manos, como le habría explicado una avería a un niño. Si algo salía mal durante un pulso, el mecanismo de protección corta la alimentación para frenar la sobrecarga; pero al estar enlazado a la misma red que los sensores y los emisores, ese corte los apagaba también. Y cuando la corriente

regresaba, lo hacía en un pico tan violento que el sistema, lejos de protegerse, podía descargarse de golpe en el anillo.

—Una cadena —dijo Elena—. Apagón, regreso, pico.

—Una cadena que acaba con doce láseres disparados sin control sobre un punto.

—¿Probabilidad?

—Pequeña. Los cálculos dicen que es pequeña.

—Pero no imposible.

—No.

Elena guardó silencio. Después tomó un bolígrafo y escribió, con la letra rápida y angulosa que Rob conocía de memoria, un párrafo de cuatro líneas al margen del documento. Él lo leyó sin decir nada. Era la forma más breve y más clara de lo que había que pedir.

Redactaron juntos la nota. Pedía tres cosas: aislar el sistema de descarga en un circuito independiente, instalar una alimentación de respaldo para los sensores y las cámaras, y realizar el ensayo solo cuando ambas modificaciones estuvieran verificadas por un técnico ajeno al proyecto. Rob la imprimió y la llevó personalmente al despacho de Hale.

El comandante la leyó de pie, de principio a fin, moviendo apenas los labios.

—Es razonable —dijo.

—Es imprescindible.

—Lo trasladaré al señor Smith. Lo revisarán los ingenieros.

—Necesito que me confirmen por escrito que está hecho.

—Lo tendrá.

Rob salió con la sensación de haber ganado algo y de haberlo pagado muy caro. Al mediodía no había respuesta. A las tres tampoco. A las seis, cuando él ya había decidido ir a buscar a Smith en persona, un asistente vestido de gris le entregó un sobre cerrado.

Dentro había una sola hoja, con membrete del programa. *Su solicitud ha sido evaluada y aprobada. Las modificaciones se encuentran en curso. El ensayo se realizará el viernes próximo, a las 03:00, durante la ventana de menor demanda energética del complejo.* Debajo, la firma del comandante Hale. Y debajo de la firma, una línea manuscrita con una letra elegante, inclinada, que Rob habría reconocido en cualquier parte: *Gracias por su prudencia, doctor. A. S.*

—Las tres de la mañana —dijo Elena, cuando lo leyó—. Qué hora más conveniente.

—La demanda es menor.

—Y no hay nadie más despierto.

Rob dobló la hoja y la guardó en el bolsillo. No dijo lo que estaba pensando: que había obtenido lo que pedía y que, aun así, no podía quitarse de encima la sensación de haber sido, a lo largo de todo el día, el actor de una escena escrita por otro.

. . .

Esa noche bajó solo a la sala del anillo. Las luces estaban a media intensidad y el recinto parecía más grande, más hondo, un pozo de acero y cuarzo en cuyo fondo dormía la máquina. Se acercó al panel de distribución, junto al muro norte, y buscó el esquema del circuito de emergencia. Las cubiertas de acceso estaban selladas con una banda adhesiva numerada, y en la banda, impresa con tinta negra, había una advertencia: *ACCESO RESTRINGIDO. PERSONAL AUTORIZADO.*

Rob se quedó mirando la banda unos segundos. Tocó el borde con la uña. Estaba intacta, nueva.

No pudo abrirla. Tampoco pudo comprobar que las modificaciones se hubieran hecho. Se dijo que bastaba con la firma del comandante, con la nota de Smith, con la palabra de los ingenieros. Se lo repitió tres veces, con la misma cadencia con que se repite una oración a la que ya no se cree del todo.

Después subió a su habitación y se durmió con el estuche de Daniel palpitando, verde, junto a la almohada.

CAPÍTULO 7

El ratón blanco

◆

El viernes amaneció sin aire. Había un calor inmóvil sobre la llanura, un resplandor blanco que se pegaba a las ventanas de los pasillos y hacía que los guardias, afuera, parecieran figuras recortadas en papel. Nadie había dormido bien. Wen Zhao se pasó la mañana verificando por cuarta vez los sensores de la cámara; Tomás Ibáñez, con un ojo en cada pantalla, repasaba una lista que ya se sabía de memoria. Elena casi no hablaba. Rob caminaba por el laboratorio con las manos en los bolsillos, como si recorriera una casa que está a punto de dejar de ser suya.

. . .

El ratón llegó a las seis de la tarde.

Un soldado lo trajo en una caja de plástico transparente, con orificios de ventilación y una etiqueta pegada a la tapa: *S-0*. Lo dejó sobre la mesa de la sala de control, saludó a Hale con un gesto y se fue. Durante unos segundos nadie se acercó. Después Rob se inclinó sobre la caja.

Era un ratón de laboratorio, de los blancos, de ojos rojos y bigotes inquietos. Se movía por el fondo de la caja con esa hipersensibilidad nerviosa de los animales criados en cautiverio, olfateando las paredes, alzándose sobre las patas traseras, apoyando las delanteras en el plástico, como si buscara una salida o un interlocutor. Cuando Rob acercó un dedo a la tapa, el ratón se aproximó, le olfateó la yema a través del plástico y se quedó quieto, con la cabeza ladeada, mirándolo.

—No le pongas nombre —dijo Elena a su espalda.

—No iba a hacerlo.

—Sí ibas.

Rob retiró el dedo. Elena tenía razón. Dentro de él, sin pedirle permiso, ya se estaba formando una palabra, un apodo absurdo, una de esas ternuras que uno concede sin darse cuenta a todo lo que depende de él. La aplastó antes de que cobrara forma. Era un sujeto. Era una variable. Era un número.

Nunca supo por qué, desde ese momento, le pareció que el ratón lo miraba de otro modo que a los demás.

. . .

A las diez de la noche Smith entró en la sala de control. Vestía el mismo traje oscuro, y a Rob le pareció, por primera vez, que no parecía haber pasado un solo minuto del día en ninguna parte. Saludó a Hale, saludó a Elena, a los técnicos, a Rob. Preguntó si los preparativos avanzaban y le dieron la respuesta correcta. Después, con la naturalidad de quien reclama un asiento en su palco, pidió que le dejaran observar el ensayo desde la galería de cristal que dominaba la sala del anillo, y se instaló allí, en el sillón más próximo a la puerta, con las manos sobre las rodillas y el rostro tranquilo.

La primera cuenta atrás se abortó a las once y cuarto, por un desajuste en un sensor. La segunda, a medianoche, porque los emisores no alcanzaban la coherencia necesaria. A la una de la madrugada, Tomás se disculpó por un error de calibración que costó cuarenta minutos más. Rob, con la nuca húmeda y las pupilas doloridas, empezó a pensar que alguna parte del universo se oponía al ensayo y que debería hacerle caso. Pero a las tres y cuarto todo estaba verificado, la cámara de vacío contenía la cápsula transparente con el ratón fijada al soporte de cuarzo, y las cámaras independientes, alimentadas por baterías externas, registraban cada centímetro de la sala.

—Todos los sistemas en verde —dijo Wen.

—Confirmo —dijo Tomás.

—Potencia reducida. Secuencia sesenta y tres —anunció Elena.

Rob miró el monitor donde se veía al ratón. Se había apoyado en la pared de la cápsula y los observaba, quieto, con una paciencia casi humana.

—Hale —dijo—. ¿Las modificaciones del circuito de emergencia están completas?

—Confirmadas esta tarde.

—¿Por quién?

—Por los ingenieros del programa.

—¿Y los ha visto usted?

Hale lo miró con una levísima vacilación.

—Tengo la certificación firmada.

Rob quiso replicar, pero Smith, desde la galería, había levantado la mano con una amabilidad que cortó el aire como una cuchilla.

—Doctor Sayer. Si no está satisfecho, podemos suspender.

La frase era una trampa. Rob la comprendió con la claridad de quien ve el cepo cuando ya tiene el pie dentro: suspender significaba reconocer que había desconfiado de la firma de un oficial; seguir, aceptar la palabra de otro. Y detrás de esas dos opciones aguardaba una tercera, la que Smith había formulado una semana antes con su elegancia habitual: *hay otros equipos*.

—Continuemos —dijo.

Elena inició la cuenta atrás. La voz sintética sonó neutra, indiferente, perfecta.

—Diez.

El zumbido grave empezó a subir en el suelo. Rob sintió que le vibraba la columna.

—Nueve. Ocho.

En el monitor, el ratón se había puesto de pie. Tenía las patas delanteras apoyadas en el plástico y la nariz levantada hacia el centro de la cámara.

—Siete. Seis.

La luz de los emisores empezó a teñir el recinto de azul.

—Cinco. Cuatro.

Elena había cerrado los ojos. Tomás murmuraba algo que podía ser una oración o un cálculo.

—Tres. Dos. Uno.

—Cero.

En el reloj de pared, el último que Rob miraría esa noche, eran las 03:17. Los doce haces convergieron en un solo punto.

Durante una fracción de segundo la sala entera se llenó de una luz tan densa que pareció tener peso. Los contornos de la cámara se disolvieron. La imagen del ratón se dobló, se superpuso a sí misma, y Rob vio, con una nitidez que más tarde lo atormentaría, que el animal ocupaba dos posiciones a la vez, como si alguien hubiera copiado su cuerpo y lo hubiera desplazado un milímetro. Ambas imágenes levantaron la cabeza. Ambas miraron hacia un punto vacío, al centro del anillo, como si siguieran con los ojos algo que ninguno de ellos podía ver.

Entonces se apagó todo.

No fue un parpadeo. Fue una oscuridad total, absoluta, que cayó sobre la sala con la violencia de un telón. Se apagaron las luces, las pantallas, los paneles, el zumbido. Durante un instante, solo hubo el silencio ronco de una gran máquina cuyo corazón se detiene.

—¿Qué ha pasado? —gritó alguien. Era Wen.

—¡Generadores! —dijo Tomás—. ¡Se han caído los generadores!

—¡Cortaron la alimentación de los sensores!

Rob se volvió en la oscuridad hacia lo que, un segundo antes, había sido el ventanal. Una luz roja, débil, de emergencia, empezó a tomar cuerpo en los rincones. Vio la silueta de Elena junto a la consola, con una mano extendida hacia el vacío. Vio a Hale de pie, rígido, con la mano en el cinturón. Y vio, en la galería de cristal, la figura de un hombre sentado, inmóvil, con las manos sobre las rodillas. Todos los demás se movían; Smith no se había movido. La luz roja le teñía el rostro de una calma extraña, sin sobresalto, sin miedo, la calma de quien espera un tren que sabe que va a llegar.

Entonces volvió la corriente.

No volvió de a poco. Volvió como un golpe, con un estampido seco y un resplandor azul que cegó las pantallas y estremeció el suelo. Rob oyó el chasquido de los relés, el aullido de los disipadores, un rugido que ascendía desde abajo y lo llenaba todo.

—¡Los láseres! —gritó Elena—. ¡Están disparando solos!

—¡Corten! ¡Corten el circuito!

—¡No responde! ¡Los sistemas de seguridad están ignorando las órdenes!

Los doce haces se encendieron de nuevo sin que nadie los hubiera activado. Rob vio, a través del vidrio, cómo el recinto del anillo se inundaba de una claridad blanca y furiosa, más intensa que la del primer pulso. La cámara de vacío vibraba. El soporte de cuarzo, en el centro, ardía como un diamante. Y en ese instante, en el interior de la cápsula, algo que no era un ratón ni un reflejo de ratón pareció girar sobre sí mismo, estirarse, plegarse, como una hoja que el viento arranca de una rama.

Después, silencio.

No hubo explosión. No hubo humo. Los láseres se apagaron, uno tras otro, con un chasquido seco. El zumbido murió. La luz roja de emergencia siguió temblando sobre las paredes, y en la cámara de vacío, el soporte de cuarzo sostenía una cápsula vacía.

El ratón había desaparecido.

Durante un largo rato, nadie habló. Wen respiraba con dificultad. Tomás se había dejado caer en una silla. Elena, de pie junto a la consola, miraba el vacío con una expresión que Rob nunca le había visto, la de quien oye un ruido que sospechaba desde hacía semanas pero esperaba no escuchar jamás.

Fue Smith quien rompió el silencio.

Se había levantado de la galería y entrado en la sala de control sin hacer ruido, con la misma serenidad con que había entrado la primera vez. Se detuvo junto a la consola, miró las pantallas muertas, el soporte vacío, los rostros desencajados. Rob esperó que preguntara qué había ocurrido. Era la pregunta de cualquiera. Era la pregunta que él mismo estaba a punto de hacer.

—¿Cuánto duró? —dijo Smith.

Rob lo miró.

—¿Qué?

—El segundo pulso. —Su voz era suave, casi cortés—. ¿Cuánto duró?

Nadie contestó. Tomás consultó un registro auxiliar con dedos torpes y murmuró una cifra, cuatro segundos, quizá cinco. Smith asintió, como si esa respuesta confirmara una estimación que ya tenía.

Rob guardó la frase en algún lugar profundo y se la llevó consigo, sin comprender todavía por qué le había helado la sangre. *¿Cuánto duró?* No *¿qué ha pasado?*, no *¿está bien alguien?*, no *¿qué ha sido de ese animal?* Solo eso. La pregunta de un hombre que sabe lo que ha ocurrido y quiere medirlo.

—Ha sido una falla en cadena —dijo Hale, con un tono de oficial que redacta un informe—. Una sobrecarga imprevisible. Apagón, pico de retorno y disparo simultáneo. Un fallo sistémico.

—Era exactamente lo que dije que podía ocurrir —murmuró Rob.

—Lo sé, doctor.

—Pedí que lo aislaran. Lo pedí por escrito.

—Se hizo lo que se pudo.

—No se hizo.

Hale no respondió. Smith tampoco. Rob se dio cuenta de que ninguno de los dos lo miraba, y de que aquel silencio compartido tenía la textura de un pacto.

. . .

Esperaron horas. Revisaron registros, repasaron cintas, rastrearon cada rincón de la sala por si el ratón había reaparecido, intacto o transformado, en algún lugar del recinto. Elena recorrió los conductos con una linterna. Wen examinó las cámaras de vacío. Tomás reconstruyó el diagrama de los relés, pero cada hipótesis chocaba con la anterior. Hacia las cinco de la madrugada comprendieron que el ratón no volvería. Lo habían enviado, pensó Rob, a un futuro demasiado lejano para verlo regresar, o a un lugar donde el regreso no

figuraba entre las posibilidades. Lo escribió así en el informe, con las palabras más sobrias que encontró, y le dolió la sobriedad.

—Descansen —dijo Smith, cuando acabaron—. Mañana los espera el viaje a sus familias. Se lo han ganado.

Volvió a recordarles, uno por uno, con una sonrisa cuidadosa, que todo lo que habían visto era altamente secreto. Les recordó también que los pagos ya estaban depositados en sus respectivas cuentas bancarias. Había en ese recordatorio una delicadeza tan extrema que a Rob le pareció una amenaza.

No pudo dormir. A las cinco y media se duchó, se vistió y metió en el maletín el registrador de Daniel, que seguía parpadeando en la mesita de noche. No lo miró. No sabía todavía que, en su memoria interna, había quedado un dato que cambiaría el rumbo de todo.

. . .

A las seis los esperaban los autos negros, con los motores encendidos y los vidrios cubiertos. Rob subió sin hablar. Elena se sentó a su lado, pálida, con el pelo recogido de cualquier manera. Wen y Tomás iban en el otro vehículo. El conductor cerró la puerta con un golpe sordo.

Y entonces, antes de que la puerta terminara de cerrarse, Rob lo vio.

Fue una visión de un segundo, por el resquicio entre la puerta y el marco, mientras la luz del amanecer teñía de rosa la llanura. Una bandada de pájaros pequeños, de esos que en el desierto aparecen al alba para buscar agua, cruzaba el cielo en dirección a las montañas, ondulando, dividiéndose y reuniéndose, como un puñado de ceniza lanzado al viento. Eran cientos. Eran fugaces y perfectos.

Rob los miró un instante, sin atención, con la mente ocupada en otra cosa.

Fueron los últimos pájaros que vio en mucho tiempo, y no los miró.

PARTE II

El mundo equivocado

◆

CAPÍTULO 8

El cielo vacío

◆

El avión despegó de Las Vegas a las siete y cuarenta y siete, con la puntualidad indiferente de quien transporta cuerpos y no sueños. Rob había pedido asiento de ventanilla sin saber por qué. Elena ocupó el del pasillo; Wen y Tomás viajaban unas filas más atrás, dormidos antes de que el aparato terminara de ganar altura. En el maletín, a sus pies, el registrador de Daniel seguía contando segundos para nadie.

Durante la primera media hora Rob no pensó en nada. Era un descanso de náufrago: el cuerpo exhausto, la cabeza vaciada por la noche, la mirada perdida en la llanura que se desplegaba abajo como una piel curtida, con cicatrices de antiguos cauces y manchas de sal. Después, poco a poco, empezaron a volver las imágenes. El ratón con las patas apoyadas en el plástico. La luz roja sobre la cara de Smith. El soporte vacío. Sobre todo, la pregunta, aquella pregunta que ningún hombre sorprendido habría formulado: *¿cuánto duró?*

Cerró los ojos. Entonces llegó la presión detrás de la frente, leve al principio, como el peso de una mano tibia, y con ella una sensación que no supo nombrar: la de un mueble que ha sido movido de sitio en una habitación a oscuras, y cuya ausencia se percibe antes que su nueva posición. Abrió los ojos. Por un instante vio dos horizontes. El uno, el de siempre, recto, azul, nítido; el otro, apenas un trazo, torcido, superpuesto al primero como la imagen de un calco mal alineado, con una sombra que avanzaba contra el sol. Parpadeó, y todo volvió a ser uno.

Se volvió hacia Elena. Ella tenía las dos manos aferradas a los reposabrazos y la mirada fija en el respaldo del asiento delantero, como si intentara atravesarlo.

—¿Estás bien?

—Mareada —dijo, sin mirarlo—. Es el cansancio.

—¿Has visto algo?

—No.

Respondió demasiado deprisa. Rob lo registró, igual que había registrado la pregunta de Smith, y lo archivó en la misma carpeta sin nombre. Se dijo que estaba agotado, que veía fantasmas en cada gesto, que lo más sensato era dormir. Y se durmió, de verdad, con la frente contra el cristal, mientras la sombra del avión corría sobre el desierto como un animal ciego.

. . .

Lo despertó el descenso. Abajo, la bahía de San Francisco se extendía bajo una luz limpia de media mañana, con el agua color pizarra y los puentes tendidos entre las colinas. El avión viró sobre el agua, tocó pista con un golpe seco y rodó largamente hasta la terminal.

Rob volvió a mirar por la ventanilla mientras el aparato frenaba. Algo no encajaba. Lo supo antes de saber qué era, de la misma manera en que uno nota que en la sala falta un reloj antes de reconocer cuál. Miró la pista, las franjas pintadas, los carros de equipaje, los hombres de chaleco naranja. Miró el cielo sin nubes. Pasaron un par de minutos antes de que consiguiera formular la ausencia.

No había gaviotas.

Las gaviotas del aeropuerto de San Francisco eran proverbiales: grises, insolentes, plantadas en las líneas de las pistas o suspendidas sobre las terminales como cometas. Rob las había visto mil veces. Había sorteado sus excrementos en el estacionamiento y las había visto robar papas fritas a un turista distraído. Era imposible hallar una mañana de la bahía sin ellas. Y sin embargo la pista estaba limpia, quieta, de un orden casi quirúrgico, y el cielo encima de las torres de control tenía una calidad lisa y blanca, como un cielo de papel.

—No hay gaviotas —dijo.

Elena se desabrochó el cinturón con una calma excesiva.

—Es temprano.

—Siempre hay gaviotas.

—Hoy no, entonces.

Se levantó y sacó su bolso del compartimento superior. Tenía el rostro pálido, un poco inclinado, y Rob vio que le temblaban los dedos al ajustar la correa. No lo miró. Tampoco miró por la ventanilla.

. . .

En la sala de equipajes se despidieron con una brusquedad inusitada. Wen y Tomás, ajenos a todo, bromeaban sobre el fin de semana libre; el primero prometió llamar a su madre, el segundo reservar una mesa en un restaurante de pescado que llevaba semanas imaginando. Elena arrastró su maleta hasta la salida sin esperar a nadie.

—Te llamo el lunes —dijo, ya de espaldas.

—Elena.

Se detuvo, pero no se volvió.

—Descansa, Rob.

Y se fue, rápido, en dirección al estacionamiento de taxis, con la cabeza gacha y el paso de quien huye de un incendio sin atreverse a mirar atrás.

Rob se quedó un momento mirándola. Había en la manera de alejarse de Elena algo que no le era del todo ajeno, algo parecido al peso de un secreto. Pero tenía una cita más urgente. Claire le había dicho por teléfono, la noche anterior, que lo esperaría en la sala de llegadas. Había ensayado una broma sobre un cartel con su nombre, «Doctor Sayer, rescate de científicos secuestrados», y se había reído sola, con su risa corta y descarada. Rob la

imaginó junto a la baranda, con la chaqueta azul, sosteniendo un cartel de cartón con una caligrafía deliberadamente infantil.

La sala de llegadas estaba llena de gente. Familias, chóferes con carteles, parejas que se fundían en abrazos, un niño con un globo plateado que se le escapaba del puño. Rob recorrió con la vista la baranda, las columnas, los bancos. Dio una vuelta completa. Después otra.

Claire no estaba.

Esperó diez minutos. Veinte. Se sentó en un banco con el maletín sobre las rodillas y miró cada puerta automática que se abría. Hacia los cuarenta minutos sacó el teléfono y marcó el número de la casa, el que había marcado cientos de veces, el que sabía de memoria igual que su propio nombre.

Sonó tres veces. Contestó un hombre.

—¿Sí?

—Perdón. Quería hablar con Claire.

—Se equivoca.

—Es el… —Rob recitó el número, dígito a dígito.

—Sí, es este número. Pero aquí no hay ninguna Claire.

La voz era la de un hombre mayor, cansada, sin hostilidad, la de quien lleva toda la vida contestando equivocaciones. Rob balbuceó una disculpa y cortó. Se quedó mirando la pantalla. Después buscó el contacto de Claire en la agenda, el nombre con la pequeña fotografía de ella en una barca, con el pelo revuelto, y pulsó la llamada.

Un tono breve y plano, una voz grabada:

El número marcado no existe. Por favor, verifíquelo e inténtelo de nuevo.

Lo intentó. Cuatro veces. Cinco. Abrió la galería de imágenes buscando la foto de ella, la de la costa de Oregón; la imagen estaba allí, intacta, con la lluvia fina y los pájaros marinos al fondo. Rob se quedó contemplándola mucho rato. Tenía la sensación de sostener un objeto cuya existencia ya nadie confirmaba.

. . .

Fuera de la terminal el aire era frío y limpio. Una fila de taxis esperaba junto a la acera. Subió al primero, un sedán blanco de asientos gastados y olor a ambientador de pino, conducida por una mujer de unos sesenta años, de rostro ancho y moreno y manos grandes, con un crucifijo de madera colgado del retrovisor.

—¿Adónde?

Rob le dio la dirección. Calle Hawthorne, Palo Alto. La conductora anotó algo en su tableta y arrancó. Durante varios minutos viajaron en silencio. Rob, con la frente pegada al cristal, contemplaba las colinas, los techos, los letreros. Todo era reconocible. Todo era ligeramente ajeno. Los edificios estaban en su lugar, las autopistas fluían, las vallas publicitarias ofrecían los mismos relojes y las mismas aplicaciones; pero algo, en la calidad del aire, parecía desajustado, como una grabación reproducida un poco más lenta de lo que fue.

—Disculpe —dijo al fin—. ¿Siempre hay tan poco… movimiento? Quiero decir en el cielo.

La conductora lo miró por el retrovisor.

—¿Movimiento?

—Pájaros. Gaviotas. No he visto una sola.

La mujer rió brevemente, sin alegría.

—Hijo, ¿usted es de otro planeta?

—He estado fuera unas semanas.

—Pues se perdió lo mejor. —Giró el volante para salir de la autopista—. Hace once años que no se ve un pájaro en esta zona. Un año quedaban pocos y al siguiente, ninguno. Se fueron. Nadie sabe adónde ni por qué. Salió en todas las noticias. Lo llamaron *el Silencio*, ¿no lo ha leído?

Rob sintió que la boca se le secaba.

—¿Once años?

—Once. Mi nieta tiene ocho y nunca vio uno vivo. Me pregunta si los pájaros eran como los dragones. —Hizo una mueca—. Yo le enseño fotografías, y ella me dice que son bonitos. Que qué lástima. Los niños de ahora no echan de menos lo que no conocieron.

—Pero hubo pájaros —dijo Rob. Su voz le sonó extraña, aguda—. Hasta hace poco. Gorriones. Pájaros en los árboles. Mi esposa…

Se interrumpió. La mujer lo observó de nuevo con una compasión incómoda.

—Los hubo, sí. Hasta hace once años. Pero no se angustie; todos nos acostumbramos. Lo difícil no es el silencio, sino la mañana. Aprender a despertar sin nada que cante.

Rob no contestó. Miró por la ventanilla el árbol de una avenida, desnudo, inmóvil, sin una sola rama en movimiento. Una escena que conocía desde siempre y que ahora, por primera vez, le parecía un cuadro sin figuras.

El taxi frenó en seco. Rob se echó hacia delante y vio, en el asfalto, a pocos metros del parachoques, un animal pequeño y claro cruzando la calzada con ese trote nervioso, arqueado, de los roedores. Era una rata, y era blanca. Blanca como el papel, con los ojos rojos y la cola rosada y larga, que arrastraba tras de sí sin ninguna prisa. Se detuvo en mitad de la calle, giró la cabeza hacia el auto, olfateó el aire y, sin hacer caso del claxon, siguió su camino hasta perderse bajo una alcantarilla.

—Maldita plaga —murmuró la conductora, tras suspirar—. Las blancas. Cada año más. Las hay por todas partes.

—¿Rata albina? —Rob sentía los labios entumecidos—. ¿Desde cuándo?

—Más o menos desde que se fueron los pájaros. Ya ve. Una cosa por otra. —Se encogió de hombros—. Dicen que vinieron del desierto. De Nevada, de alguna de esas bases militares que nadie quiere nombrar. Pero la gente dice cualquier cosa.

Rob la miró.

El taxi volvió a arrancar y dobló por una avenida bordeada de casas bajas y jardines recortados. A lo lejos, entre dos tejados, se vislumbraba la copa de un arce que Rob conocía, un arce enorme, de hojas rojizas, que marcaba el principio de su calle. Se aferró al maletín con las dos manos. En algún lugar, dentro del cuerpo, una voz repetía con la serenidad de una sentencia: *Lo peor ya ha ocurrido. No lo sabes aún, pero ya ha ocurrido.*

—Hawthorne —anunció la conductora, y giró el volante.

CAPÍTULO 9

La mujer de la puerta

◆

La casa seguía en su sitio, pero no era la misma.

Rob pagó el taxi, esperó a que el auto se alejara y se quedó parado en la acera, con el maletín colgando de una mano, mirando la fachada con la cautela de quien examina un rostro que le resulta familiar y que, sin embargo, lleva un gesto que nunca le vio. La madera clara, que Claire y él habían lijado y barnizado durante un verano entero, estaba pintada de un gris oscuro, casi plomizo. Las contraventanas, que eran verdes, eran negras. El buzón, que había sido de hojalata con una pequeña mariposa grabada, se había convertido en una caja metálica sin ornamento, atornillada a un poste. Y el nombre que figuraba en la placa, en letras cuidadas y modestas, no era el suyo.

C. BRANDT.

Subió los tres peldaños del porche. Se detuvo antes del último, atraído por el jardín. El jardín delantero de Claire había sido su orgullo: un cuadro de plantas escogidas con una paciencia casi religiosa. El limonero enano junto a la entrada. Las lavandas, a lo largo de la valla. Los rosales trepadores que Claire había rescatado de una casa abandonada y que cada primavera la obligaban a pelearse con las espinas. Nada de eso estaba. En su lugar se extendía una masa densa de hiedra y helechos, de plantas bajas y sombrías que cubrían la tierra con una uniformidad casi industrial, y en medio, como un monumento de otra especie, un cartel de plástico con la imagen de una rata y una advertencia en letras rojas.

Pensó que Claire había hecho reformas y que se había olvidado de decírselo. Las ideas que uno tiene frente a lo inexplicable son siempre las más pequeñas. Se dijo que habría algún error, que ella habría cambiado el jardín por un capricho, que él, por supuesto, la amaba demasiado para enfadarse. Y se aferró a esa explicación como a una barandilla.

Sacó las llaves del bolsillo, introdujo la de la puerta en la cerradura y la giró. No cedió. Probó otra vez. Se quedó mirando el metal brillante, absurdamente nuevo, de una cerradura que no era la que había instalado él, y notó cómo el corazón le subía a la garganta.

Llamó al timbre.

Oyó pasos dentro, lentos, pesados. Se descorrió un cerrojo, luego otro. La puerta se abrió con una cadena puesta, y por la rendija apareció una mujer.

Era corpulenta, de unos cuarenta años, con el pelo castaño recogido en un moño apresurado y un rostro ancho, cansado, de ojos grandes y oscuros que lo observaban con desconfianza. Vestía una bata de lana gris y unas pantuflas deformadas por el uso. Tenía los

dedos manchados de tinta negra hasta la segunda falange. No había nada en ella que Rob reconociera. Ni la silueta, ni el color de la piel, ni el tono con que preguntó:

—¿Qué desea?

—Perdone. —Rob intentó sonreír—. Debe de haber un malentendido. Esta es mi casa.

La mujer lo miró de arriba abajo.

—No lo creo.

—Soy Rob. —Hizo el gesto instintivo de apartar la cadena con la mano, de entrar, de colgar el abrigo en el perchero que sabía a su izquierda—. Rob Sayer.

El gesto bastó. La puerta se cerró con un golpe seco, violento, y el cerrojo volvió a correrse. Rob se quedó con la mano levantada frente a la madera gris. Oyó, al otro lado, una voz alterada, rápida, que decía algo a un teléfono; distinguió las palabras «hombre», «porche» y «no lo conozco».

—Señora —dijo, golpeando con los nudillos—. Por favor. Solo quiero saber dónde está mi esposa. ¡Se llama Claire!

Nadie contestó.

Habría podido irse. Habría podido bajar los tres peldaños, caminar hasta la esquina, desaparecer entre los jardines. En cambio se sentó en el escalón más alto con el maletín entre los pies y esperó, quieto, con las manos colgando entre las rodillas, como esperan los hombres que no han decidido todavía si están viviendo una pesadilla. El arce del final de la calle se movía suavemente con el viento. Ningún pájaro cantaba en sus ramas.

El auto patrulla llegó a los nueve minutos. Dos agentes bajaron con la calma de quienes han atendido mil llamadas por vecinos asustados. Uno era joven, de cuello grueso y mirada alerta; el otro, mayor, con una barriga prudente y unas patillas canosas. Rob se levantó, levantó las manos y habló con la mayor claridad posible.

—Me llamo Robert Sayer. Vivo en esta casa. Acabo de volver de un viaje de trabajo y no consigo entender qué ocurre.

El agente mayor le pidió documentación. Rob sacó la cartera y le tendió el carnet de conducir. El hombre lo examinó con atención, frunció el ceño, lo dio vuelta, volvió a mirarlo a contraluz. Se lo pasó a su compañero. Los dos intercambiaron una mirada que Rob no supo interpretar.

—La dirección que figura aquí es esta —dijo el mayor.

—Claro que es esta.

—Pues es una casa de la señora Brandt. Desde hace diecinueve años.

—Eso es imposible. La compramos nosotros. Mi esposa y yo.

—¿Su esposa?

—Claire.

El agente tomó nota. Después, con una cortesía de manual, le pidió que lo acompañara a la comisaría para aclarar el asunto. Rob quiso protestar. Pero algo en la expresión del policía, un cansancio compasivo, una piedad profesional, le hizo comprender que cualquier resistencia sería interpretada como síntoma, y subió al asiento trasero sin hablar.

Desde la ventanilla del auto vio, en la planta alta de la casa, una cortina que se movía. Alguien lo miraba. No pudo distinguir su rostro.

. . .

La comisaría era un edificio bajo, de ladrillo, con un vestíbulo de linóleo y una hilera de sillas de plástico atornilladas al suelo. Lo sentaron frente a un escritorio donde un sargento de unos cincuenta años, de pelo muy corto y manos lentas, lo recibió con un gesto de resignación. Le ofrecieron café. Rob lo rechazó. Le pidieron que repitiera su nombre, su fecha de nacimiento y su dirección actual, y él los recitó con la docilidad de quien confía en que la verdad, dicha con suficiente claridad, termina por imponerse.

—Robert James Sayer. Nacido el once de marzo. Cuarenta y dos años.

El sargento tecleó. Esperó. Volvió a teclear.

—¿Lugar de nacimiento?

—Portland, Oregón.

—¿Ocupación?

—Físico. Trabajaba… trabajo en una instalación del Gobierno, en Nevada. Antes en Palo Alto, para Helix Meridian.

El sargento levantó brevemente la vista.

—¿Helix qué?

—Meridian. Es una compañía privada de inversiones. Financiaba mi laboratorio.

El hombre volvió a mirar la pantalla. Escribió algo. Rob observó cómo sus dedos se detenían una vez, dos, y cómo los músculos de la mandíbula se tensaban.

—Señor Sayer —dijo al fin—, ¿puede decirme dónde estudió?

—Princeton. Después el MIT.

—¿En qué años?

Rob los dijo. El sargento anotó las fechas sin comentarios. Después tomó el carnet de conducir, que descansaba sobre la mesa en una bolsa de plástico transparente, y lo estudió en silencio, con la atención lenta de quien confirma una sospecha.

—Es un documento de muy buena calidad —murmuró.

—Es auténtico.

—Hay un detalle en el holograma que no coincide con los modelos vigentes. Hace ya mucho que no se emiten con este formato.

—Lo renové hace tres años.

—Señor Sayer. —El sargento dejó el carnet—. Con todo respeto, le voy a hacer una pregunta delicada. ¿Ha consumido alguna sustancia en las últimas horas? ¿Ha sufrido algún golpe? ¿Algún episodio de confusión?

—No. No he sufrido nada. —Rob se inclinó hacia delante—. Escuche. Hay una forma sencilla de resolver esto. Llame a mi esposa. Claire Sayer. Trabaja en la biblioteca de la universidad, en conservación de manuscritos. Ella le dirá quién soy.

El sargento no respondió. Hizo girar la pantalla hacia sí y se quedó mirándola. Era una pantalla vieja, de bordes biselados, de esas que tardan en refrescar la imagen. Rob lo vio fruncir el entrecejo, escribir otra línea, esperar, leer. Vio cómo el color se le iba retirando del rostro, despacio, desde las mejillas hacia la boca, hasta dejarlo del tono de la cera.

Pasó mucho tiempo. En el pasillo, alguien reía; un teléfono sonaba sin que nadie lo atendiera.

—Sargento —dijo Rob.

El hombre levantó la cabeza. Sus ojos, que habían sido amables, eran ahora los de quien ve algo que no tiene derecho a ver.

—Señor Sayer —dijo, y la voz le salió más baja de lo que pretendía—. ¿Está seguro de que nació en Portland el once de marzo?

—Completamente.

—Yo tengo aquí a un Robert James Sayer, nacido en Portland, Oregón, el once de marzo. —Se humedeció los labios—. Estudiante de física en Princeton. Excelente expediente, según consta. Una beca completa.

—Ese soy yo.

—Falleció en un accidente de tráfico, en la autopista 1, a los diecinueve años. —Levantó la mirada—. Hace veintitrés años, señor.

El silencio cayó sobre la sala con un peso físico. Rob tuvo la impresión de que el linóleo se inclinaba, de que las paredes retrocedían, de que su propio cuerpo era una silueta recortada y pegada sobre la realidad con cola endeble. Abrió la boca para protestar, para reír, para decir que se trataba de un error administrativo, de un homónimo, de un fallo informático. Pero lo que salió fue otra cosa, un hilo de voz, casi un ruego:

—No puede ser. Yo estoy aquí.

—Lo sé —dijo el sargento. Y por primera vez lo miró con algo que se parecía al miedo —. Es lo que no entiendo.

CAPÍTULO 10

Lo que dicen los archivos

◆

Pasó la noche en una sala de observación, un cuarto sin ventanas con un catre atornillado a la pared y una lámpara que nadie apagó. Un médico de guardia, joven y tímido, le hizo preguntas durante media hora. Le pidió que dijera la fecha, el nombre del presidente, cuánto eran siete por ocho, y Rob contestó todo con exactitud, con esa lucidez rígida de quien sabe que cada error le costará la libertad. El médico anotó algo en una carpeta y salió. Nadie le dijo qué había anotado.

Intentó dormir y no pudo. Cada vez que cerraba los ojos veía la pantalla del sargento y el rostro que perdía color. *Falleció a los diecinueve años.* Se preguntó qué clase de autopista era aquella, qué lluvia o qué luz había caído sobre un muchacho de Portland con una beca completa, y comprendió con un vértigo helado que no le importaba esa muerte, que no la sentía suya, y que esa indiferencia lo aterraba más que cualquier otra cosa. Era un hombre que había muerto sin enterarse. Y lo único que lo sostenía, la certeza de ser quien era, se había convertido en un dato sin respaldo, una afirmación sin testigos.

. . .

Poco antes del amanecer volvió el sargento. Se había quitado la gorra y llevaba en la mano una bolsa de plástico con las pertenencias de Rob.

—La señora Brandt no presentará cargos —dijo—. Pide solamente que no se acerque a su casa.

Rob asintió.

—Su carnet de conducir queda retenido —prosiguió el sargento—. Lo enviaremos al laboratorio para su verificación. En cuanto a lo demás… —Dudó—. No sé qué es lo que está ocurriendo, señor Sayer. Pero le aconsejo que consulte a un médico. Y que no vuelva a repetir ese nombre en público.

—¿Por qué?

El sargento lo miró un momento. Había en sus ojos algo parecido a una súplica.

—Porque yo mismo estuve en ese funeral —dijo—. Era el hijo de un compañero del instituto. Y la gente, cuando oye ciertos nombres, hace preguntas que nadie sabe contestar.

Lo dejó marchar sin más palabras. Rob salió a la calle con el maletín en la mano y la ropa arrugada, bajo un cielo sin nubes que empezaba a aclararse por el este. Caminó sin rumbo hasta que el cansancio lo obligó a detenerse en una parada de autobús. Un cartel mostraba el rostro de una niña sonriente y, debajo, una línea en letras blancas: *Ayúdenos a*

encontrar a Pelusa. Gato gris, collar rojo. Desaparecido en Menlo Park. Rob lo miró sin verlo. Tenía demasiadas preguntas urgentes para detenerse en un gato.

. . .

La biblioteca pública abría a las doce. Rob esperó en la escalinata, sentado entre dos columnas de piedra, y fue de los primeros en entrar. Se instaló ante una computadora del fondo, lejos de las miradas, y tecleó con dedos torpes la primera palabra: *Helix Meridian.*

No hubo resultados. Probó con otras grafías, con la dirección del complejo, con los nombres de sus directivos. Martin Voss existía, sí, pero era gerente de una cadena de ferreterías en Ohio. Ningún inversor del apellido Smith había comprado nunca una compañía tecnológica en California. La empresa que había financiado tres años de su vida, que había pagado sus emisores, su salario y los desvelos de su equipo, no figuraba en ningún registro mercantil. Nunca había existido.

Escribió después su propio nombre.

Los primeros resultados eran irrelevantes: un agente inmobiliario de Atlanta, un entrenador de béisbol, un concejal de Wisconsin. Rob añadió *Portland* y *física* y *Princeton*. La pantalla le devolvió, tras una demora que le pareció eterna, una página del archivo digital de un periódico local, en un tipo de letra fuera de moda.

MUERE UN ESTUDIANTE DE PRINCETON EN UN ACCIDENTE EN LA COSTA DE OREGÓN.

Leyó la noticia entera, línea por línea, como se lee la sentencia de un juicio. Robert J. Sayer, 19 años, brillante estudiante de física, becado, natural de Portland, había fallecido la noche del jueves al volver de una visita a casa de unos amigos. El auto, un modelo antiguo, se había salido de la calzada en una curva de la autopista 1, junto al acantilado, y había caído al mar. Los equipos de rescate encontraron el cuerpo a la mañana siguiente. Le sobrevivían sus padres, Thomas y Laura Sayer, y una tía materna. La familia pedía privacidad.

Debajo había una fotografía. Era un muchacho flaco, de pelo revuelto, con una sonrisa tímida y los ojos fijos en la cámara con una seriedad un poco ridícula. Rob se reconoció. Se reconoció con una claridad desgarradora, como el que descubre en un álbum olvidado el retrato de un hermano que no sabía que había tenido. Era él, con diecinueve años. La misma frente. Las mismas orejas separadas. La chaqueta de cuero que le había regalado su madre.

La mano le temblaba tanto que tuvo que retirarla del teclado.

Su madre. Escribió el nombre con esfuerzo: *Laura Sayer.* En el otro mundo había muerto ocho años atrás, en una habitación de hospital con las cortinas azules, con la mano de Rob entre las suyas y los labios agrietados, pronunciando frases sueltas, sin conexión, como notas arrancadas de una partitura. Él había guardado su carta, sus libros, el reloj de pulsera que llevaba siempre. Había llorado por ella más de lo que habría querido admitir.

La pantalla mostró un enlace. Un boletín parroquial de Eugene, Oregón, con la lista de voluntarias de un comedor social. *Laura Sayer, 74 años, nuestra querida coordinadora de los jueves.* Debajo, una fotografía: una anciana de pelo blanco, muy menuda, que sostenía un cazo y sonreía a alguien fuera de campo.

Rob se tapó la boca con la mano.

Estaba viva. Estaba viva en este mundo donde él había muerto a los diecinueve. Las dos cosas eran ciertas a la vez, y la geometría de ambas hacía imposible respirar. Se quedó inmóvil largo rato, frente al rostro de su madre, sin atreverse a tocar la pantalla. Pensó en llamarla. Pensó que cualquier llamada sería una crueldad. Pensó en lo que debía de significar, para una mujer que había enterrado a su hijo, oír de pronto la voz de un hombre de cuarenta y dos años que decía ser él.

Cerró la ventana. No pudo hacer otra cosa.

Los titulares fueron desfilando ante sus ojos y los leyó casi sin ver. *El Silencio cumple once años sin explicación científica. La plaga de ratas blancas obliga a clausurar un mercado en Oakland. Cuarenta gatos desaparecen en una semana en el Área de la Bahía; los veterinarios piden calma. Expertos descartan relación entre las desapariciones y la ausencia de aves.* Había reportajes, debates televisivos, columnas de opinión que usaban la palabra *misterio* con una soltura de costumbre. Aquel mundo había asimilado la ausencia de los pájaros como se asimila la muerte de un pariente lejano: con un duelo breve, ruidoso, y una rutina que fue cerrándose sobre el hueco hasta que el hueco pasó a formar parte del paisaje.

Rob buscó entonces algo más. Escribió *Groom Lake*. Los resultados eran los de siempre, los de cualquier búsqueda sobre aquella base: fotografías borrosas, teorías, programas de televisión. Escribió *vórtice láser* y *desfase temporal* y *Elena Ward*, y la pantalla le devolvió una nota de la Universidad de Stanford: *Elena Ward, profesora asociada de Física Matemática. Líneas de investigación: topología de espacios de fase.* Ninguna mención al proyecto. Ningún coautor de apellido Sayer.

Al final, casi sin darse cuenta, tecleó otro nombre más.

Claire Sayer, conservadora de manuscritos.

No había nada. Ni una página, ni un artículo, ni una reseña. La mujer que había dedicado dieciocho años de su vida a rescatar pergaminos medievales, que había recibido premios, que daba conferencias, que tenía una voz particular para explicar a los visitantes la historia de un error de copista, no aparecía en ninguna parte. Era un vacío limpio, sin siquiera el rastro de una ausencia.

Rob se quedó contemplando el cursor. Había una evidencia que llevaba un buen rato rondándole, una evidencia que su mente apartaba como se aparta una mano de la llama, y que ahora, en el silencio de la biblioteca, se le plantó delante con la tranquila brutalidad de lo inevitable. Cada mundo borra a su manera. A él le había tocado perder a Claire sin que nadie la hubiera matado. Simplemente, en este mundo, nadie la había llevado hasta él.

Apagó la computadora. Eran las cuatro de la tarde.

. . .

Caminó durante horas. No quiso volver a la comisaría, ni acercarse a la casa, ni llamar a Elena, que no atendería, ni a ningún otro. Pasó por delante de una cafetería a la que solía ir con Claire los sábados y vio, tras el cristal, a una pareja desconocida bebiendo en su mesa. Se detuvo ante una librería. En el escaparate había un libro sobre el Silencio, con un pájaro negro en la cubierta, la silueta de un ave que hacía once años que nadie veía: un ave de papel.

. . .

Hacia las siete y media, con las piernas entumecidas y la cabeza vaciada, se encontró en la calle Hawthorne sin habérselo propuesto. Se detuvo a media cuadra de la casa, tras el tronco de un olmo, a una distancia que no violaba el ruego de la señora Brandt. Se dijo que solo quería verla desde lejos. Que solo necesitaba comprobar que existía.

La luz se iba. El cielo tenía un color de ceniza con vetas naranjas. Se abrió la puerta del porche y la mujer salió con una regadera de metal en la mano. Llevaba el pelo recogido, unos pantalones anchos, una chaqueta de punto. Se agachó junto al borde del jardín, entre los helechos, y empezó a regar con un cuidado lento, casi ceremonioso.

Rob la observó. Su espalda ancha, la nuca cansada, los movimientos pausados. Nada en ella le recordaba a Claire. Nada. Entonces la mujer se enderezó, apartó con el meñique un mechón de cabello suelto y lo remetió con un gesto breve, tras la oreja izquierda.

Rob dejó de respirar.

Era un gesto que conocía desde hacía doce años. Claire lo hacía cuando estaba concentrada, cuando leía una carta importante, cuando dudaba. Siempre con el meñique, nunca con el índice, con una delicadeza torpe que él había encontrado encantadora desde la primera vez. La mujer repitió el gesto, apartando otro mechón, y al hacerlo la luz del porche iluminó la mano izquierda: una mano grande, manchada de tinta, y en la base del pulgar una cicatriz fina y blanca, de dos centímetros, en forma de media luna.

Rob conocía esa cicatriz. Conocía la historia. Un bisturí, un día de verano, un pergamino del siglo XIII que se resistía y una joven de veintinueve años que no quiso ir al hospital hasta terminar el trabajo.

No era una desconocida. Era la mujer que le había cerrado la puerta, la que había llamado a la policía, la que en ese mismo instante se inclinaba sobre una planta con una ternura que él habría reconocido en cualquier parte del universo.

La mujer de la puerta era Claire.

CAPÍTULO 11

La otra Claire

◆

Rob no recordaría después cómo había cruzado la calle.

Solo recordaría el momento en que el tronco del olmo dejó de protegerlo y se encontró en mitad del asfalto, bajo el cielo ceniciento, caminando hacia una casa que no era la suya con la misma torpeza de quien se acerca a un animal herido. Se detuvo a tres metros de la verja. Se obligó a detenerse. Había prometido a un sargento, a una cortina de la planta alta, a sí mismo, que no se acercaría más.

La mujer levantó la cabeza. Tardó un segundo en verlo. Cuando lo hizo, la regadera se le inclinó entre los dedos y un hilo de agua oscureció la tierra. No gritó. Retrocedió un paso, luego otro, hasta que la espalda le tocó la barandilla del porche, y se quedó sosteniendo la regadera con las dos manos, a la altura del pecho, como se sostiene un escudo.

—Le dije a la policía que no volviera —dijo, y la voz le tembló apenas.

—No voy a entrar. No voy a pasar de aquí. —Rob abrió las manos para mostrarle que estaban vacías—. Solo quería pedirle perdón por lo de ayer. Tuvo que asustarse.

—Me asusté.

—Lo sé.

—Entonces ¿por qué ha vuelto?

Rob no supo qué responder. Había ensayado frases durante todo el trayecto, argumentos lúcidos, explicaciones graduales, y ahora que la tenía enfrente, a tres metros, con la luz del porche dibujándole la línea cansada de la mandíbula, todo lo que había preparado se reducía a una sola pregunta que no podía formular.

—¿Cómo se llama usted?

—No tengo por qué decírselo.

—Por favor.

La mujer lo miró largamente. Había en sus ojos una vigilancia fatigada, la de alguien que ha aprendido a desconfiar de las cosas que se le ofrecen.

—Claire —dijo por fin—. Claire Brandt.

Rob cerró los ojos un segundo. Era su voz. No el timbre, que había cambiado, endurecido por años que él no había compartido, sino la forma de pronunciar la erre, el modo de dejar caer la vocal final como quien deposita algo con cuidado. Era su voz, desplazada hacia otra vida.

—Es un nombre bonito —logró decir.

—¿Y el suyo?

—Rob.

—Ya lo dijo ayer. —Ella frunció el ceño—. Dijo que se llamaba Sayer. El agente me contó que ese hombre murió hace mucho. Que usted debía de padecer algún tipo de…

No terminó la frase. Rob dio las gracias mentalmente por esa interrupción piadosa.

—Trabaja en un archivo, ¿verdad? —dijo—. Con papeles.

La mujer se puso rígida.

—¿Quién se lo ha dicho?

—Tiene tinta en los dedos.

Ella se miró las manos, un poco sorprendida, y las ocultó en los bolsillos de la chaqueta.

—Soy archivista en el registro del condado —respondió, con una sequedad resignada —. Clasifico escrituras, testamentos, certificados. Nada interesante.

—¿Quería hacer otra cosa?

Hubo un silencio. En la calle, a lo lejos, un auto cruzó una bocacalle y el ruido del motor se perdió.

—Quise ser restauradora —dijo ella al fin, sin saber por qué respondía—. Manuscritos medievales. Pergaminos. Quería… —Sacudió la cabeza—. No pudo ser. No había dinero para la formación. ¿Por qué le estoy contando esto?

Rob sintió que una mano de hielo le recorría la nuca. Era la misma vocación. Igual de profunda, igual de terca, solo que en este mundo nadie se la había alimentado. Se aferró a la verja con una mano. Quería abrazarla. Quería llorar. Quería, sobre todo, que ella lo reconociera, que se desvaneciera aquel gesto de defensa, que dijera su nombre con la risa corta y descarada de siempre. Y sabía que ninguna de esas cosas ocurriría.

—Un copista, en el siglo XII —empezó, con voz baja—, escribió *non* donde el original decía *nos*. Una sola letra. Otro monje lo corrigió medio siglo después, pero ya había cuatro copias con el error. Se pasaron doscientos años discutiendo si una frase afirmaba o negaba una doctrina. Hubo excomuniones.

Claire lo miró.

—Es un caso conocido —dijo, lentamente—. Lo estudiamos en paleografía. Cualquiera que haya pasado por una clase de…

—Tú me lo contaste a mí. Una noche, sobre un pergamino. Con la lupa puesta.

La respuesta salió antes de que pudiera impedirlo. Claire dio un paso atrás.

—No lo conozco.

—No, no me conoces. —Rob tragó saliva—. Pero tu madre nació en Rachel, Nevada. En un pueblo que no sale en los mapas serios. Su padre trabajaba en algo del gobierno que nunca explicó. Y ella te contaba que de noche se veían luces en el cielo y que, si alguien le preguntaba a su padre, él se ponía pálido.

La regadera cayó al suelo con un ruido metálico.

Claire se quedó inmóvil, con las manos suspendidas en el aire donde la había sostenido. Había perdido el color de las mejillas. Su respiración se volvió corta, entrecortada, como si le faltara aire en un lugar donde sobraba.

—¿Quién le ha dicho eso? —susurró.

—Me lo contaste tú.

—Eso es imposible. —Se pasó el dorso de la mano por la frente—. Mi madre casi no habla de su infancia. Lo que le acabo de oír no se lo he contado nunca a nadie. Ni a mi marido, cuando lo tuve. Ni a mis amigas. Es una cosa que… que tengo en la cabeza, no sé desde cuándo.

—Claire.

—No me llame así.

—Perdón.

Ella se agachó, recogió la regadera con un movimiento mecánico y la dejó sobre el porche. Se enderezó despacio. Cuando volvió a hablar lo hizo con una voz distinta, más baja, desprovista de defensas, la voz de quien habla a la oscuridad.

—Mi madre decía que de niña no estaba sola, aunque lo parecía. Decía que tenía un compañero. Un amigo que la acompañaba por las tardes, mientras su padre trabajaba. Nunca me dijo quién era. Yo siempre pensé que se lo había inventado. —Se detuvo—. No sé por qué se lo cuento.

Rob no se atrevió a moverse. Sabía, con una certeza que no podía justificar, que cualquier palabra suya rompería aquel instante precario, como una exhalación rompe una tela de araña.

—Anoche —continuó Claire— soñé algo muy extraño. No me acuerdo de casi nada. Solo que yo sostenía un cartel, un trozo de cartón, y tenía que escribir un nombre, y no conseguía leer lo que había escrito. Me desperté llorando. Y esta mañana, otra vez. —Lo miró, finalmente, con un espanto contenido—. No sé quién es usted. Pero desde que apareció ayer en esa puerta no puedo dejar de pensar que le conozco la cara. Y no sé de qué.

Rob sintió que algo se le rompía por dentro con un chasquido limpio. No era dolor. Era algo más parecido a la gratitud: un rastro, una huella que el mundo no había alcanzado a borrar, un hilo que seguía tendido entre dos orillas. Quiso decirle que el cartel era una broma, que había dicho *rescate de científicos secuestrados*, que se había reído sola. Pero la mujer que tenía delante no sabía nada de ninguna broma.

—No tiene por qué asustarse de mí —dijo.

—Sí tengo.

—No voy a hacerle daño.

—Eso es lo que más me asusta. —Claire dio otro paso hacia la puerta—. No creo que quiera hacérmelo. Es que no sé lo que me hará usted de otro modo.

Rob no encontró qué responder. Ella se quedó un instante mirándolo, con la mano ya en el picaporte, y por primera vez él vio en su rostro, bajo el miedo, un resplandor tenue de curiosidad, el de la mujer que, mucho tiempo atrás, había levantado la vista de un pergamino para decirle que tenía cara de haber decidido algo.

—Váyase, por favor —dijo ella—. Y no vuelva. Si vuelve, tendré que llamar a la policía. Y no quiero.

—Lo entiendo.

—No lo entiende.

. . .

Entró. Rob oyó el cerrojo, la cadena, el clic de la luz del vestíbulo. Se quedó mirando la ventana de la planta alta hasta que se encendió una lámpara detrás de la cortina. Había una

sombra de mujer. Estuvo inmóvil largo rato, con la frente apoyada en el cristal, y después, muy despacio, se apartó.

Rob dio media vuelta. Sentía las piernas ajenas, el pecho hueco, la lengua pegada al paladar. Caminó hasta la esquina sin ver nada. Y cuando levantó los ojos, un auto negro, de lunas oscuras, estaba detenido junto a la acera con el motor encendido.

La ventanilla trasera descendió.

—Doctor Sayer —dijo el comandante Hale. Tenía el semblante liso, la voz de quien repite un mensaje que no le corresponde juzgar—. El señor Smith lo espera.

CAPÍTULO 12

Bienvenido a la otra orilla

◆

Esta vez el viaje fue distinto. Rob no pidió ver el paisaje.

Se sentó en la parte trasera del auto negro, junto a Hale, con las manos entre las rodillas y la vista fija en la mampara que separaba al conductor de los pasajeros. Los vidrios, tintados y cubiertos por dentro, convertían la ciudad en un resplandor difuso, un vaivén de luces sin forma. El comandante no habló. Mantenía la espalda recta, las manos sobre los muslos y esa expresión neutra, de funcionario que cumple una orden sin entenderla, que Rob había aprendido a leer como un termómetro. Pero ahora el termómetro marcaba otra cosa: una incomodidad contenida, la de un hombre que acaba de descubrir que su superior le ha pedido que escolte a un muerto.

—¿Usted sabe lo que ha ocurrido? —preguntó Rob.

—Cumplo órdenes, doctor.

—No le he preguntado eso.

Hale giró la cabeza. Era la primera vez que lo miraba de frente desde que subió al auto.

—El señor Smith me informó de que el doctor Sayer podía presentar cierta desorientación al regreso. Y de que, si aparecía, debía ser llevado a un lugar seguro. —Hizo una pausa—. No me dijo nada más. Yo no soy físico. Pero llevo veintidós años en esta clase de trabajos, y le diré una cosa: cuando alguien se anticipa con tanta exactitud a lo que va a ocurrir, suele ser porque lo ha planeado.

—O porque lo sabía.

—Es lo mismo —dijo Hale, y volvió a mirar al frente.

. . .

Viajaron cuarenta minutos. Cuando el auto se detuvo y la puerta se abrió, Rob vio una casa en lo alto de una colina, rodeada de eucaliptos, con una fachada de piedra clara y ventanales que reflejaban la última luz del cielo. Una casa discreta, hermosa, tan lejana de cualquier ruido que parecía suspendida fuera del tiempo. En el vestíbulo los esperaba un hombre de gris que los condujo, sin una palabra, por un corredor de madera pulida hasta una biblioteca de techos altos.

Arthur Smith estaba junto a una chimenea encendida.

Tenía una copa en la mano y los ojos puestos en el fuego, como si lo hubiera estado mirando desde el principio de los tiempos. Vestía el traje oscuro de siempre. Cuando oyó

entrar a Rob, no se volvió enseguida. Terminó de considerar algo en las llamas, bebió un sorbo lento y luego, con una cortesía exquisita, levantó la vista.

—Doctor Sayer. —Sonrió—. Bienvenido a la otra orilla.

Rob se quedó en la puerta. Había imaginado muchas veces ese momento durante las últimas horas. Había ensayado insultos, acusaciones, frases cortantes. Lo único que logró decir fue:

—Usted lo sabía.

—Sírvase algo de beber.

—No quiero nada.

—Como prefiera. —Smith dejó la copa sobre la repisa—. Comandante, puede esperar fuera.

Hale dudó un instante, saludó con un leve movimiento de cabeza y se retiró. La puerta se cerró con un chasquido blando. Los dos hombres quedaron solos. En la chimenea crepitó un tronco.

—Usted sabía lo que iba a ocurrir —repitió Rob.

—Sabía que podía ocurrir. —Smith se acercó a un sillón de cuero y se sentó con un movimiento pausado—. No sabía cuánto cambiaría ni de qué manera. Nadie podía saberlo. Por eso hacía falta un ensayo.

—Con un ratón.

—Con un ser vivo, sí.

—¿Y el apagón?

Smith inclinó apenas la cabeza.

—Un accidente afortunado.

—Fue un fallo del circuito de emergencia. El que yo señalé. El que usted me dijo que habían corregido.

—Usted lo señaló —dijo Smith con suavidad—. Yo lo leí. Ambos sabíamos que existía el riesgo, doctor. La diferencia entre usted y yo es que yo decidí aceptarlo y usted decidió dejarlo pasar.

Rob dio un paso hacia él.

—Usted me mintió. Me dijo que estaba corregido.

—Le dije que había sido evaluado y aprobado. Y lo fue. —Smith juntó las yemas de los dedos—. Lo evaluaron y lo aprobaron mis ingenieros, que me informaron de que la probabilidad era muy baja. Yo tomé esa decisión con la información de que disponía. Si quiere llamarlo mentira, no discutiré el vocablo. Pero sería un error confundir una mentira con una decisión.

—Hay un hombre muerto en un registro porque usted tomó una decisión.

—Hay un hombre vivo en esta sala porque yo me ocupé de ello.

La frase cayó con una dulzura que le heló la sangre. Rob se quedó quieto. Smith observó el efecto con la satisfacción serena de quien ha esperado el momento de decir lo más importante.

—Siéntese, doctor. Voy a explicarle una cosa y quiero que me escuche sin interrumpirme. Después podrá insultarme todo lo que desee.

Rob se dejó caer en el sillón frente a él, sin saber cómo.

—Para el mundo en que usted aterrizó esta mañana, Robert Sayer murió hace veintitrés años en un accidente de tráfico. Está enterrado en Portland, junto a una lápida sencilla que paga su madre cada otoño con unas flores blancas. Legalmente, doctor, usted no existe. No tiene número de seguridad social, ni cuentas, ni historial médico, ni derecho a presentarse ante un juez. —Smith lo miró fijamente—. Si hubiera pedido ayuda a un abogado, lo habrían derivado a un psiquiatra. Si hubiera intentado cruzar una frontera, lo habrían detenido por falsificación. Si le hubiera ocurrido algo en la calle, nadie habría sabido a quién avisar.

—Lo sé. Lo he vivido.

—Lo ha vivido durante unas horas. Imagínese durante años. —Smith hizo una pausa —. Yo estuve toda la tarde de ayer, mientras usted dormía en un avión, modificando los registros del Programa. Hoy, en los archivos de mi organización, usted es el doctor Robert Sayer, consultor científico, nacido en Portland, con un historial completo, una nómina y una cobertura. Yo me ocupé de que existiera.

—Para controlarlo.

—Para protegerlo. Que es, en la práctica, lo mismo, pero suena menos desagradable.

Rob apretó los puños sobre los muslos.

—¿Por qué recuerda usted? —preguntó—. ¿Por qué lo recuerdo yo? Había media docena de personas en esa sala. Hale, Wen, Tomás… ninguno parece haberse enterado de nada.

—Porque usted y yo estábamos mirando el vórtice.

—Elena también.

Dijo el nombre por reflejo, sin pensarlo, y vio un brillo fugaz cruzar los ojos de Smith, un destello de atención que desapareció casi antes de formarse.

—La doctora Ward estaba de espaldas a la cámara, ocupada en la consola —dijo Smith, con perfecta naturalidad—. Creo que no vio lo que usted y yo vimos. Somos dos, doctor. Dos hombres que recuerdan un mundo que ya no existe. Creo que eso nos concede cierta intimidad.

Rob no respondió. Había creído, desde el aeropuerto, que Elena guardaba un secreto. Y ahora un hombre al que no creía una palabra le aseguraba que ella no sabía nada. O era verdad, y su desconfianza era un delirio; o era mentira, y Smith tenía razones para ocultar a alguien. Rob guardó la duda en el mismo cajón oscuro donde acumulaba todas las demás.

—¿Qué quiere de mí?

Smith sonrió de nuevo, y esta vez la sonrisa fue distinta, abierta, casi cálida.

—Quiero que haga lo que mejor sabe hacer. Quiero que entienda qué ha ocurrido, y que me ayude a saber qué más podemos hacer.

—Quiero recuperar mi mundo.

—Es un deseo honorable.

—No es un deseo. Es una exigencia.

—Y es lo que yo le ofrezco: la posibilidad de averiguar si eso es siquiera posible. —Smith se inclinó hacia delante—. El laboratorio sigue en su sitio, doctor. El anillo, los emisores, la sala de control. Mis ingenieros ya lo han revisado. Hay cosas, en este mundo, que ni siquiera usted comprende todavía. Algunas le resultarán… sorprendentes.

—¿Qué cosas?

—Se lo explicaré a su debido tiempo.

—Quiero saberlo ahora.

—Lo que quiere ahora es ver a su esposa. —Smith pronunció la palabra con una dulzura casi paternal—. Lo sé. Lo he visto en su rostro desde que entró. Pero permítame un consejo, doctor. Ella no lo conoce. Cuanto antes se resigne a eso, más fácil será todo.

Rob se levantó de un salto.

—No hable de ella.

—No pretendía ofenderlo.

—No vuelva a mencionarla. —La voz le salió ronca, áspera—. No tiene derecho.

—Quizá no. —Smith permaneció sentado, imperturbable—. Pero le pido que reflexione sobre lo que significa. Usted vive ahora en un mundo en que su madre está viva. Una mujer a la que enterró hace ocho años, a la que lloró. Una mujer que cada jueves sirve sopa a desconocidos en un comedor parroquial.

Rob se quedó inmóvil.

—¿Cómo sabe usted eso?

—Porque yo leo lo mismo que usted, doctor. Solo que lo leo antes. —Smith lo miró con una compasión que a Rob le pareció obscena—. Este mundo no es, necesariamente, peor que el otro. Es diferente. Hay cosas que se han perdido. Hay cosas que se han ganado. La cuestión es si usted está dispuesto a mirar el balance con la cabeza fría.

—Hay personas aquí que no existían antes.

—Y personas allí que ya no existen. Sí. Es lo que ocurre cuando se mueve una pieza del tablero.

—No es un tablero.

—Todo es un tablero, doctor, para quien tiene el valor de moverlo.

Rob cerró los ojos. Se obligó a respirar una vez, dos veces, hasta que el temblor de las manos cedió. Cuando volvió a abrirlos, Smith lo observaba con la paciencia de un cazador que ha tendido la trampa y sabe que la presa acabará entrando.

—Nada de esto —dijo Rob— lo pidió usted por casualidad. Algo de lo que ha ocurrido era lo que buscaba.

—Quizá.

—¿Qué?

—Eso lo descubrirá. Cuando esté preparado para saberlo.

Smith se levantó, se alisó la chaqueta con un gesto distraído y caminó hacia un escritorio de madera oscura. Abrió un cajón y sacó una carpeta delgada, de cartón gris, y un teléfono pequeño.

—Aquí tiene. Un pasaporte, un carnet de conducir, una tarjeta de crédito, una llave. Hay un apartamento a su nombre en Palo Alto, a veinte minutos de aquí. Está amueblado. Hay comida, ropa y una computadora. Desde mañana tendrá acceso al laboratorio, cuando lo desee. —Dejó la carpeta sobre la mesa—. No necesito que me crea, doctor. Necesito que sea útil. Y estoy convencido de que, tarde o temprano, usted comprenderá que su único camino hacia lo que busca pasa por mí.

Rob miró la carpeta. Sabía que no debía tocarla. Sabía que cada documento era un hilo, que cada hilo lo ataba más a aquel hombre, que la libertad que le ofrecía era la de un pájaro que recibe una jaula espaciosa.

Cogió la carpeta.

—No me fío de usted.

—Lo sé. —Smith sonrió, casi con ternura—. Es lo único que me gusta de usted. Un hombre que desconfía de mí no me estorbará con ingenuidades.

Rob llegó a la puerta. Antes de salir se detuvo, sin volverse.

—Hay una pregunta que no me ha contestado.

—Dígame.

—En la sala de control, cuando todo se apagó. Usted fue el único que no pareció asustarse. Y lo primero que preguntó no fue qué había pasado.

Detrás de él, el fuego restalló.

—Fue cuánto duró —dijo Rob—. ¿Por qué?

Hubo un silencio largo. Rob oyó el crepitar de la leña, el roce de una tela, el tintineo apagado de una copa que se posa sobre una superficie de piedra.

—Porque cada segundo importaba, doctor —dijo Smith por fin—. Y tenía que saber cuántos habíamos gastado.

Rob no preguntó qué quería decir. Abrió la puerta. En el pasillo lo esperaba Hale, de pie, con el gesto rígido de un hombre que acaba de comprender que ha servido a algo mayor que él y no sabe aún si debe temerlo.

—Lo acompañaré —dijo.

Caminaron sin hablar hasta el auto. Al salir al jardín, Rob levantó la vista. Sobre los eucaliptos, el cielo se había vuelto de un azul oscuro, casi negro, y ninguna silueta cruzaba aquella inmensidad. Tuvo la impresión de que el mundo entero contenía el aliento y esperaba.

CAPÍTULO 13

El silencio de los gatos

El apartamento que Smith había preparado para él era tan impersonal que parecía el decorado de una vida. Tenía dos habitaciones, una cocina equipada con cacharros sin estrenar, un ventanal que daba a un patio interior y un armario lleno de ropa de su talla. En la nevera había leche, huevos, fruta; en el estante del baño, una maquinilla de afeitar y una pastilla de jabón todavía envuelta. Rob recorrió las estancias sin tocar nada. Después se sentó en el borde de la cama, abrió la carpeta de cartón gris y comprobó, con una mezcla de repugnancia y alivio, que todo estaba allí: pasaporte, carnet, tarjeta, una llave de cobre. Los documentos eran perfectos. Tenían su rostro, su firma, su fecha de nacimiento. Solo les faltaba una cosa: haber existido antes de esa tarde.

El teléfono nuevo contenía un único contacto. *A. S.*

No lo usó. Lo dejó sobre la mesa de noche, con la pantalla hacia abajo, como se deja un arma que uno no está dispuesto todavía a empuñar.

. . .

Pasó la mañana del lunes sin salir. La pasó mirando el patio y haciendo cálculos en el reverso de las facturas de una compañía eléctrica, intentando reconstruir la secuencia sesenta y tres, la geometría del segundo pulso, el instante en que el ratón se había doblado sobre sí mismo. No llegó a ninguna parte. Cada ecuación terminaba en el mismo vacío: un fenómeno que ya no obedecía al modelo que lo había predicho. Había llegado de madrugada, se había acostado vestido y había soñado con una calle sin pájaros, y el sueño seguía pegado a las paredes.

. . .

A primera hora de la tarde salió a caminar.

No tenía objetivo. Buscaba, sin confesárselo, un modo de comprobar si el mundo que lo rodeaba era tan coherente como parecía. Recorrió una avenida de comercios, un parque con columpios de plástico donde ningún niño jugaba, una plaza con un reloj de piedra. Todo estaba en orden. Pero a medida que avanzaba, advertía pequeñas rarezas que la víspera le habían pasado inadvertidas: ventanas con tela metálica instalada en los marcos, jardines cercados con alambre, carteles con la fotografía de un animal. Muchos carteles. Gatos grises, negros, atigrados, con collares de colores y nombres de feria. *¿Ha visto a*

Pelusa? Se busca a Miso. Recompensa por Tigre. Había decenas pegadas en postes y escaparates, superpuestas, algunas amarillentas, otras tan recientes que el pegamento seguía brillando.

Hacia las siete de la tarde llegó a una calle con tiendas de barrio. Era la hora en que las luces empezaban a encenderse y el cielo se tornaba violeta. Frente a una verdulería, una niña de unos seis años jugaba con una pelota roja, mientras su madre, junto a la puerta, hacía cuentas con un tendero. En la acera de enfrente, un gato atigrado cruzaba despacio la calzada con ese paso elástico, desdeñoso, de los gatos que se saben dueños del mundo.

Rob lo vio de reojo. Lo miró de verdad un segundo más tarde, cuando el animal ya estaba a mitad de la calle. Tenía el lomo rayado, las orejas oscuras, la cola alzada como una pregunta. Dio un paso. Dio otro, con la pata trasera levantada y el cuerpo medio vuelto, y entonces, sin ruido, sin destello, sin ninguna transición, dejó de existir.

No cayó. No se escurrió bajo un auto. No huyó. Había una pata en el aire, un lomo en movimiento, un animal vivo, y al instante siguiente el aire donde estaba era aire, y la calle seguía siendo la calle.

La niña soltó la pelota.

Rob oyó el grito antes de comprender que era suyo. No, no era suyo; era de la niña, un chillido agudo, desgarrado, y de la mujer que acudía corriendo y se arrodillaba y le tapaba la cara contra el pecho. Los vecinos asomaron a las puertas. Alguien salió del bar con una servilleta en la mano. Se formó un corro silencioso, de adultos mirando el pavimento vacío con la expresión resignada de quienes han asistido ya demasiadas veces a la misma escena.

—Otro —dijo el tendero, con una voz neutra.

—El cuarto esta semana en esta calle —murmuró una mujer.

—¿Ha dolido? —preguntó la niña, entre sollozos.

—No, cariño. No ha dolido. Se ha ido, nada más.

—¿Adónde?

Nadie contestó. La madre se llevó a la niña hacia el interior de la tienda, y los demás fueron dispersándose uno a uno, sin mirarse, con el paso lento de los que han aprendido a aceptar lo inaceptable. Rob permaneció donde estaba, rígido, con las manos frías. Nadie le preguntó nada. Nadie reparó en él. Nadie se detuvo a preguntarse qué hacía un hombre inmóvil en mitad de la acera, mirando con horror un fragmento de calle donde no había pasado nada.

Fue entonces cuando comprendió que el fenómeno no había terminado.

Los pájaros se habían ido hacía once años. Una generación entera había crecido sin ellos. Y ahora, en esta tarde cualquiera, bajo un cielo que oscurecía sin sobresaltos, algo más había empezado a ceder. No era un hecho consumado, una catástrofe cerrada con su cifra de bajas y su aniversario. Era un proceso. Un frente que avanzaba. Primero las aves; ahora los gatos; después, ¿qué? Rob sintió que el suelo bajo sus pies era una película delgada tendida sobre un abismo que alguien, desde algún sitio, estaba aflojando con paciencia.

Volvió a casa a paso rápido. Subió las escaleras de dos en dos, cerró con llave, corrió las cortinas y se sentó a oscuras en el sofá, con las rodillas contra el pecho. Pasó un tiempo que no supo medir. Hacia las nueve y media llamaron a la puerta.

Dos golpes secos. Una pausa. Un tercero, más suave.

Rob se acercó sin hacer ruido. Miró por la mirilla. Lo que vio le aflojó los músculos de golpe.

Abrió.

Elena Ward estaba en el rellano, con un abrigo de lana oscuro, una carpeta bajo el brazo y el pelo húmedo, pegado a las sienes. Había adelgazado. O quizá solo estaba más pálida, más rígida, con ese aire de cuerpo sostenido por una voluntad que ya no tiene de dónde alimentarse.

—No me preguntes cómo he dado contigo —dijo—. Tengo mis medios.

—Pasa.

Entró. No se quitó el abrigo. Recorrió con la vista la sala, la cocina, el ventanal sin cortina, y se detuvo en la mesa donde Rob había esparcido las facturas con sus cálculos. Dejó la carpeta en un extremo.

—Esto es lo que he estado haciendo desde el sábado.

—¿Has estado en el laboratorio?

—Smith me dio acceso ayer por la mañana.

Rob la miró.

—¿Smith te llamó?

—Me llamó, sí. Me dijo que el doctor Sayer se encontraría desorientado y que yo, como colega, sería la persona indicada para ayudarlo. —Elena evitó sus ojos—. Y me dio lo que pedí. Todos los datos. Todos los registros de campo de las últimas seis semanas.

—No te creerás lo que te diga.

—No me creo nada. Por eso he venido con números.

Abrió la carpeta y extendió sobre la mesa un conjunto de hojas impresas, repletas de curvas, tablas, columnas de cifras anotadas con su letra rápida y angulosa. Rob se inclinó. Reconoció de inmediato el diagrama de fase del campo, el mismo que habían estudiado durante semanas; pero ahora había encima una serie de marcas verticales, finas, regulares, como los dientes de un peine.

—¿Qué es esto?

—Picos. Pequeñas perturbaciones periódicas en la señal de referencia del campo. No las habíamos visto antes porque eran demasiado débiles. Después del segundo pulso, empezaron a hacerse visibles. —Señaló el primero—. Este es el propio pulso: las tres y diecisiete del sábado. Este otro llega cinco horas después, a las ocho y diecisiete. Y estos, uno tras otro, hasta esta tarde.

Rob tragó saliva. Las ocho y diecisiete. Recordó el avión sobre el desierto, la presión detrás de los ojos, los dos horizontes superpuestos.

—¿Qué los provoca?

—No lo sé. Lo único que sé es que la distancia entre ellos se acorta. —Elena deslizó un dedo sobre la fila de marcas—. Cada intervalo es el noventa y nueve por ciento del anterior. Una progresión geométrica. Y una progresión geométrica con razón menor que uno converge.

—¿A qué?

—Al cero. A un instante en el que los picos se acumulan sin separación. Si la razón se mantiene, ese instante llega veintiún días después del pulso. —Hizo un cálculo rápido de memoria—. Quedan dieciocho.

—¿Tiene nombre?

—En mis notas lo llamo el efecto cero. —Elena se encogió de hombros—. Es una manera de no llamarlo por lo que temo que es.

Rob se sentó. Fuera, en el patio interior, alguien cerró una ventana.

—¿Qué ocurre ese día?

—No lo sé. —Su voz se quebró un poco—. Podría ser que el fenómeno se agote. Que la perturbación alcance un equilibrio, una estabilidad nueva. O podría ser que… —Se detuvo—. Un instante donde todas las desviaciones se suman a la vez. No hay modelo para eso, Rob. No hay precedente. Pero la matemática es limpia. Y yo no me fío de la matemática limpia.

—Hoy he visto desaparecer a un gato.

Elena cerró los ojos un momento.

—Lo sé. Hay una veintena de casos esta semana en el Área de la Bahía. Los veterinarios lo llaman *el segundo Silencio*.

—Los pájaros se fueron hace once años.

—Eso dicen los registros.

—¿Eso dicen? —Rob la miró—. ¿Qué dicen tus recuerdos?

Elena tardó en responder. Se pasó una mano por el pelo, un gesto brusco, desesperado, que Rob le había visto hacer solo cuando estaba al límite de la furia o del cansancio.

—No sé qué mundo recuerdas tú, Rob —dijo al fin—. Yo solo sé lo que mis instrumentos me dicen.

—No es una respuesta.

—Es la única que tengo.

—Claire no me reconoce.

Dijo la frase sin preparación, para observarla. Elena levantó la cabeza. Algo cruzó su rostro, rápido, doloroso, y lo hizo envejecer diez años en un segundo.

—Lo siento —dijo.

—¿No vas a preguntarme quién es Claire?

—No.

—¿Por qué?

—Porque estoy muy cansada. —Elena recogió las hojas con movimientos bruscos y las metió en la carpeta—. Porque quedan dieciocho días y no sé qué hacer con ellos. Porque no tengo ninguna otra cosa que ofrecerte más que esto. —Se levantó—. Tengo que irme.

—Elena.

—Te llamaré mañana.

—Dime la verdad.

Ella lo miró desde la puerta. Rob creyó ver, por una fracción de segundo, que iba a decírsela. Algo pesado y antiguo, una piedra que llevaba semanas arrastrando, parecía a punto de soltarse de entre sus manos.

—La verdad —dijo ella— es que hay cosas que no se pueden decir en voz alta sin que cambien. Duerme, Rob.

Se marchó. Rob oyó sus pasos por la escalera, rápidos, cada vez más lejanos, hasta que la puerta del portal se cerró. Se quedó mirando la mesa vacía. Había en el aire un perfume tenue, de jabón y de lluvia, que ya no era el de ella en otro tiempo. Se dispuso a apagar la luz cuando vio en el suelo, junto a la pata de la mesa, una hoja de papel.

Había resbalado de la carpeta sin que Elena lo advirtiera.

Se agachó y la recogió. No era un diagrama. Era una hoja de cuaderno, de rayas azules, y en ella, con ceras de colores que habían rebasado los contornos, un dibujo infantil: un pájaro azul, enorme, con las alas abiertas como brazos, el pico torcido, un ojo redondo y una sonrisa que ningún pájaro había tenido nunca. Debajo, en letras de palo, desiguales, subían y bajaban por las rayas:

PARA MAMÁ. ADA.

Rob se quedó con la hoja entre los dedos. El pájaro lo miraba con su ojo de cera, absurdo y tierno, el pájaro de una niña que jamás había visto uno.

Elena nunca había hablado de una hija. En el otro mundo, ella misma se lo había confesado, en un avión que descendía hacia el desierto: no tenía nada que perder.

CAPÍTULO 14

Lo que no se anota se pierde

◆

El martes por la mañana, mientras se afeitaba, Rob olvidó el nombre de la madre de Claire.

Fue algo mínimo, casi grotesco. Tenía la maquinilla a la altura de la mandíbula y pensaba, sin intención, en el pueblo de Rachel, en las luces del desierto, en la niña sola de los cuentos. Quiso completar la imagen con el nombre de la mujer a quien Claire había oído esas historias. Lo había dicho cientos de veces. Lo había escrito en las tarjetas de Navidad, lo había pronunciado en la mesa de las cenas, lo había oído en labios de Claire durante doce años. Y el nombre no estaba.

No fue un olvido ordinario. No hubo la vaga sensación del nombre que se tiene en la punta de la lengua y se resiste. Hubo una nada limpia, un hueco liso, como si alguien hubiera retirado el objeto con tal cuidado que ni el polvo había quedado marcando el sitio. Rob dejó la maquinilla en el lavabo. Se miró al espejo con los ojos muy abiertos. Probó con iniciales, con rimas, con asociaciones; recorrió mentalmente el alfabeto. Pasaron un minuto, dos, tres, y su pulso se aceleraba como el de un hombre que busca las llaves en un edificio que arde.

Lorna.

Surgió de golpe, con la naturalidad de lo que siempre ha estado allí. Lorna. Se apoyó en el borde del lavabo con las dos manos y respiró hondo, hasta que el temblor cedió. Lorna. Lo repitió en voz alta, tres veces, como se repite una contraseña. Se dijo que había sido el cansancio, la tensión, la falta de sueño. Se dijo que no era nada.

Pero cuando volvió a mirar el espejo ya no le pareció que mintiera.

· · ·

Hizo una prueba. Se sentó en la cocina con un lápiz y una hoja de papel e intentó escribir todo lo que sabía de la vida que había perdido. Cosas fáciles, al principio: la dirección de la casa, el número de teléfono, la fecha de su boda. Después cosas más sutiles. El color de las paredes del dormitorio. El nombre del perro de la infancia de Claire. Lo que había cenado la última noche. La melodía que ella tarareaba cuando preparaba la masa del pan. Fue anotando con una angustia creciente, y cuando terminó la hoja, la releyó de arriba abajo con ojos de inspector.

Faltaban cosas. No muchas. Tres o cuatro huecos pequeños, regulares, distribuidos como las ausencias de una dentadura. El nombre del perro. El título de la melodía. Algo más: cuando intentó evocar los ojos de Claire, tardó dos segundos en recordar su color.

Dos segundos. Una eternidad.

Rob dejó el lápiz. Se quedó mirando la ventana, las cortinas, el patio interior donde la luz de la mañana caía en un rectángulo pálido sobre las baldosas. *Veintiún días*, había dicho Elena. Había creído que se refería al mundo. Empezaba a sospechar que también se refería a él.

Fue entonces cuando pensó en la fotografía.

Sacó el teléfono, buscó el modo de cámara frontal y lo sostuvo a la altura del rostro, frente al espejo del cuarto de baño. Tomó una imagen. Después otra. Después, con un nerviosismo que se le agarraba a los dedos, una tercera. Las revisó en la pantalla, una a una, ampliándolas con los pulgares.

La primera estaba bien. Un hombre de cuarenta y dos años, con ojeras, sin afeitar a medias, de mirada tensa. La segunda también. Pero en la tercera había algo en los bordes: un contorno, apenas un trazo, una línea de luz alrededor de los hombros y del cuello que no pertenecía al fondo ni al flash. Rob amplió la imagen. Era un doble contorno. Una segunda silueta de sí mismo, desplazada un pelo hacia la derecha, tan tenue que al parpadear desaparecía, y al volver a mirar estaba otra vez, superpuesta, delgada como un trazo de lápiz sobre el original.

Se acordó de los dos horizontes del avión. De la segunda carretera. De la sombra que avanzaba contra el sol.

Su cuerpo era un objeto del otro mundo. Eso decía la imagen. Algo que había sido trasladado de una orilla a la otra sin que el tejido de lo real tuviera todavía la certeza de dónde colocarlo. Y el mundo, a su manera, estaba haciendo lo que hacen los organismos con los cuerpos extraños: intentar absorberlo, o expulsarlo, o alinearlo con su propio orden. Sus recuerdos no eran una excepción. Eran parte del cuerpo.

Si no hacía algo, dentro de dieciocho días sería un hombre que recordaba, con toda naturalidad, la vida de otro. Y no sabría que la había perdido.

Se levantó con tal violencia que la silla cayó hacia atrás. Corrió hasta el dormitorio, abrió el maletín, sacó la carpeta de Smith, el pasaporte, el teléfono, el pequeño estuche gris que había viajado dos días entre su ropa. Lo sostuvo con las dos manos.

El registrador de Daniel.

Quizá no sirva de nada, había dicho Daniel. *Llévate uno que no sea de ellos.*

Rob no tenía computadora propia, solo la que Smith le había dejado sobre la mesa del salón, una laptop delgada y reluciente que probablemente grababa cada tecla. La desconectó de la red. Arrancó el cable del router y lo guardó en un cajón. Cubrió la cámara con un trozo de cinta adhesiva. Después sacó el cable de datos del estuche, lo introdujo en el puerto y esperó.

El registrador era un instrumento modesto y obstinado. Llevaba una cuenta propia del tiempo y apuntaba, a intervalos de un segundo, cuatro magnitudes: la temperatura, la presión, la intensidad del campo electromagnético y su propio estado de reloj. No dependía de ningún servidor ni ninguna red. Había viajado en una mesita de noche, en un maletín, en

un avión y en el seno de un mundo que cambiaba mientras él contaba, sin sentirse concernido.

La memoria se descargó en menos de un minuto. Rob abrió el archivo y buscó, con el índice fijo sobre la pantalla, el tramo de la noche del jueves.

A las 03:17:09, una aguja vertical, nítida, se levantaba del fondo de la señal con una violencia limpia. Era el pulso. El instante en que los doce haces habían convergido sobre el ratón. Rob reconoció su forma, su ancho, su caída. Era la huella que habían perseguido durante semanas.

Siguió bajando.

A las 08:17:00, otra aguja, más fina, más corta, pero idéntica en su arquitectura. Rob tardó un segundo en comprender qué estaba mirando. Cinco horas exactas, menos nueve segundos. A esa hora el registrador estaba en su maletín, a los pies de su dueño, a diez mil metros sobre el desierto. Había sentido lo que Rob había sentido; había registrado, con indiferencia mecánica, el paso de un frente que su dueño solo había adivinado como una impresión visual. *Dos horizontes.* Ahí estaban, en una línea de píxeles.

Más abajo había otra. Y otra. Rob las contó, las marcó con el cursor, las exportó a una hoja de cálculo. Diecisiete picos hasta esa misma mañana. Cada uno separado del anterior por un intervalo ligeramente menor, tan ligeramente menor que a simple vista parecían equidistantes, pero que la hoja ordenaba con la implacable frialdad de los números.

Calculó los cocientes. Uno por uno. Con la mano izquierda temblando sobre el teclado.

Cero coma nueve nueve. Cero coma nueve nueve. Cero coma nueve nueve uno. Cero coma nueve nueve.

Escribió la fórmula de la suma. Era una serie sencilla, de la que había oído hablar en su primer año en Princeton, con la que los profesores explicaban la paradoja de Aquiles y la tortuga. Una cantidad infinita de intervalos cuya suma es, sin embargo, finita. La puso en la celda y esperó el resultado.

500 horas.

Veinte días y veinte horas. Casi los veintiún días de Elena; la diferencia cabía en el error de cualquier medida.

Rob se echó hacia atrás en la silla. Tardó en darse cuenta de que estaba llorando, sin ruido, sin convulsiones, con la cara inmóvil y las lágrimas bajándole despacio por las mejillas. No lloraba de miedo. Lloraba porque, por primera vez en tres días, algo coincidía. Un instrumento construido por un hombre con un padre moribundo, que no se conectaba a nada, que no obedecía a nadie, había confirmado lo que otro instrumento, en manos de una mujer que le mentía, había anunciado.

Dos aparatos independientes. Dos medidas. Un mismo resultado.

—Nada es verdad hasta que dos instrumentos coinciden —murmuró, con la voz rota—. Gracias, Daniel.

Elena no le había mentido en aquello. Fuera cual fuese el secreto que arrastraba, la matemática era honesta. Y eso significaba que el reloj existía. Que corría. Que, en algún instante dentro de dieciocho días, lo que estuviera por ocurrir ocurriría con la misma exactitud con que los intervalos se acortaban.

Apagó la computadora. Después, con una calma extraña, casi fría, se dirigió al estante de la cocina, donde había visto un cuaderno de tapas negras entre los utensilios nuevos, de

los que se compran por docenas y nadie abre. Lo tomó. Se sentó a la mesa. Quitó el capuchón de un bolígrafo y escribió en la primera página, con una letra más regular de lo que esperaba:

Me llamo Robert James Sayer. Nací el 11 de marzo en Portland, Oregón. Soy físico. Mi esposa se llama Claire; su madre, Lorna. Mi madre murió hace ocho años, el día cuatro de octubre, a las seis de la mañana. Nada de esto es verdad en el mundo en que vivo.

Se detuvo. Releyó la última frase. Después, bajo ella, con el mismo trazo firme:

Es verdad.

Pasó la página. Y empezó a anotar. Los nombres de sus amigos. La dirección de la primera casa donde había vivido con Claire. La calle de la cafetería de los sábados. El olor de la lavanda. La voz de ella cuando leía en alto. El modo en que se reía. Lo que dijo la última noche, en el jardín, con una vela dentro de un vaso, mientras un gorrión cantaba una sola vez y callaba. Escribió durante dos horas, sin levantar la vista, con la tenacidad de un náufrago que talla mensajes en el casco de un barco hundido. Lo que no se anota se pierde. Lo sabía como se sabe una ley física.

. . .

Hacia el mediodía vibró el teléfono sobre la mesa de noche. Rob se levantó y lo miró. En la pantalla brillaban dos iniciales.

A. S.

Contestó.

—Doctor Sayer. —La voz de Smith era la de siempre, cordial, sin esfuerzo—. Espero que haya descansado. Hoy lo espero en el laboratorio. Hay un auto abajo.

Rob miró el cuaderno. Miró la hoja de cálculo cerrada, la memoria del registrador, los pájaros que no cantaban. Pensó en Claire, a quien no podía alcanzar, y en una anciana de pelo blanco que cada jueves servía sopa en un comedor parroquial, y en un gato sin nombre que había dado un paso y ya no estaba.

—Voy —dijo.

Colgó. Cerró el cuaderno y se lo guardó dentro de la chaqueta, junto al pecho, donde había llevado el estuche de Daniel. Antes de salir se acercó a la ventana. En la escalera de incendios, a pocos metros del cristal, había un animal pequeño y blanco, sentado sobre las patas traseras, con la cola enroscada alrededor del cuerpo.

Una rata. Una rata blanca, de ojos rojos.

No se movió cuando Rob se acercó. No huyó. Lo miraba con una quietud inexplicable, con la cabeza ladeada, como la había mirado, a través de un plástico transparente, un ratón en una caja.

Rob tuvo la impresión, absurda y atroz, de que lo reconocía.

PARTE III

El frente de onda

◆

CAPÍTULO 15

El laboratorio de otro mundo

El auto negro lo dejó, tres horas más tarde, frente a la misma puerta de acero por la que había entrado semanas atrás. Rob se detuvo un momento en la grava rojiza, bajo un sol que caía a plomo sobre las montañas pelonas. El desierto no había cambiado. Los hangares seguían allí, bajos, ciegos, con sus antenas y sus conductos; el aire olía a polvo caliente y a metal. Pero ya no veía el conjunto como un lugar de trabajo. Lo veía como se ve la fachada de un edificio donde ha ocurrido un crimen: con una atención minuciosa, buscando lo que nadie ha limpiado.

Hale lo condujo por los mismos corredores. Rob contó las cámaras, los lectores de iris, las esclusas. Todo coincidía con su memoria. Y sin embargo, a medida que avanzaban, empezó a notar pequeñas anomalías que su cuerpo registraba antes que su inteligencia: un desgaste en las baldosas que no podía deberse a seis semanas de uso, descoloridas de tanto pisarlas; una pintura de las paredes repintada tantas veces que las juntas se habían vuelto redondas; una puerta con cuatro cerraduras sucesivas, de distintas épocas, la más antigua con un óxido de décadas. Era un edificio con historia. Y esa historia no era la que él había conocido.

—Esto es más viejo de lo que parece —dijo.

Hale no contestó.

. . .

La sala del anillo estaba donde debía estar. Rob entró por la galería superior y se quedó junto a la barandilla, mirando hacia abajo. Los doce emisores seguían en círculo; la cámara de vacío, de acero y cuarzo, brillaba bajo la luz. Pero el recinto estaba lleno. Había cincuenta, sesenta personas en overoles blancos, técnicos, ingenieros, científicos que se movían con la eficiencia pausada de un equipo que lleva años trabajando junto. Sobre la pared del fondo, en una placa de bronce, había una inscripción que no recordaba: *PROGRAMA DE FÍSICA DE FASE — Fundado 2009*.

—Fundado en 2009 —murmuró.

—Doctor Sayer. —Una voz serena, a su espalda.

Se volvió. Elena Ward estaba allí, con la bata blanca, el pelo recogido, una tableta bajo el brazo y esa expresión neutra y profesional que él no le había visto nunca dirigida a él. Su mirada pasó a su lado sin detenerse, apenas un segundo, y Rob comprendió que había público: dos técnicos a pocos pasos, una mujer con auriculares junto a la consola.

—Doctora Ward —dijo.

—El señor Smith me pidió que le mostrara las instalaciones. Soy la directora científica del Programa. —Hizo un gesto leve hacia el pasillo—. Si me acompaña.

Caminó delante de él. Rob la siguió, mirando su nuca, la línea tensa de sus hombros. Cuando doblaron una esquina y quedaron momentáneamente fuera de la vista de los demás, ella habló sin volver la cabeza, en voz tan baja que él casi no la oyó:

—No creas nada de lo que te enseñen. Ni de lo que te digan.

—¿Elena…?

—Ahora no.

Volvió a erguir la espalda, enderezó el paso y lo condujo, con la cortesía de una guía de museo, por una sucesión de salas que Rob no conocía. Una sala de cómputo con docenas de armarios. Un taller de óptica con vitrinas de lentes. Un archivo de muestras. Todo funcionaba con la coherencia de lo que ha tenido tiempo de asentarse. Elena explicaba, señalaba, respondía a las preguntas de los técnicos, y en ningún momento, ni por una inflexión, traicionó que conociera a Rob de otra cosa que de oídas.

Fue en la sala de control donde vio el reloj.

Estaba en la pared del fondo, sobre una consola vacía: un reloj redondo, de esfera blanca y agujas negras, de los que se encuentran en cualquier escuela. Marcaba las 3:17. No era la hora real. Las agujas estaban inmóviles, y bajo el cristal se acumulaba una finísima capa de polvo que nadie se había molestado en limpiar.

Rob lo reconoció. Era el reloj de pared de la sala de control del viejo laboratorio. El que había mirado por última vez antes de la oscuridad. Se había detenido con el apagón.

—¿Por qué sigue ahí? —preguntó.

Elena se detuvo junto a él. Miró el reloj como se mira una cicatriz.

—El señor Smith insistió en que no se tocara.

—Fue hace cuatro días.

—Yo lo sé.

La respuesta fue tan baja que podría haberla imaginado. Rob se volvió hacia ella. Ella ya había echado a andar.

. . .

Smith lo esperaba en un despacho del extremo norte del edificio, con ventanales que daban a la llanura. Una pared entera estaba cubierta de pantallas con gráficos de campo, mapas de intensidad, curvas de frecuencia. Reconoció en un vistazo, con un nudo en el estómago, la escala de los picos. Elena los había compilado con una limpieza admirable.

—Doctor Sayer. Gracias por venir. —Smith se levantó para estrecharle la mano, como si fueran viejos colegas—. Doctora Ward, puede dejarnos.

Elena inclinó la cabeza y salió. Su mirada no se cruzó con la de Rob.

—¿Qué le parece? —preguntó Smith, haciendo un gesto hacia la llanura—. Hay quien dice que es más grande de lo que recuerda. Pero la memoria, doctor, a veces es traicionera.

—El Programa se fundó en 2009.

—Así consta.

—Antes de eso no había nada.

—Antes de eso había buena voluntad y mucho presupuesto. —Sonrió—. En este mundo, la física del desfase se desarrolló de otra manera. Más lenta. Más cautelosa. La doctora Ward ha hecho un trabajo notable con medios que usted y yo habríamos considerado insuficientes. Pero hay cosas que ella no sabe y que usted sí. Esa es la razón por la que está aquí.

—¿Qué cosas?

—Cómo se produce un desplazamiento controlado. Cómo se elige la dirección. —Smith ocupó un sillón de cuero junto a la ventana—. La doctora ha conseguido modificar la fase de objetos pequeños durante fracciones de segundo, pero no ha logrado, en diecisiete años, mantener un desfase estable. Usted lo consiguió en cuatro semanas. Imagine lo que podríamos hacer juntos.

Rob se quedó de pie, con las manos en los bolsillos. En el interior de la chaqueta, junto al pecho, el cuaderno de tapas negras y el pequeño estuche gris pesaban como un segundo corazón.

—¿Qué quiere exactamente?

—Reproducir el pulso.

—Eso es imposible. Fue un accidente.

—Fue una combinación de condiciones. Condiciones que quedaron registradas. —Smith lo observó con atención—. Como usted sabe, durante el apagón los sensores principales se quedaron sin energía. Las cámaras de seguridad, también. Lo único que funcionó fue el sistema de emergencia, que registró el comienzo del primer pulso y la llegada del segundo, pero no su forma. No poseemos la firma exacta de lo que ocurrió en esos cuatro segundos. Y sin ella, doctor, no podemos reproducirlo.

Rob mantuvo el rostro inmóvil. Era un esfuerzo físico, como sostener una puerta con el hombro.

—¿Qué pregunta me está haciendo?

—Una muy simple. ¿Conserva usted algún registro independiente? ¿Un instrumento externo? ¿Una cámara personal, un aparato de medición propio que estuviera funcionando en aquel momento?

—No.

Lo dijo con una voz tan natural que él mismo se asombró. Smith lo miró durante un tiempo que le pareció larguísimo.

—Es una lástima —dijo al fin—. Habría sido de gran ayuda.

—¿Y si no existe?

—Entonces tendremos que reconstruirla. Con su memoria, con la de la doctora Ward y con muchas hipótesis. Es más lento, y menos seguro. —Se levantó—. Pero tenemos hasta el jueves de la semana próxima.

—¿El jueves?

—El segundo ensayo. —Lo dijo con la tranquilidad con que se anuncia una reunión—. No le pido que me crea, doctor. Le pido que me ayude a evitar lo que ya ha ocurrido. Si su deseo es recuperar su mundo, tendrá que hacerlo con los medios que yo le ofrezco. Y esos medios solo existen aquí.

Rob no respondió. Smith lo acompañó hasta la puerta del despacho y, en el umbral, con una naturalidad sospechosa, añadió:

—Venga. Quiero enseñarle algo.

Bajaron dos pisos por un ascensor de servicio. El corredor del fondo olía a desinfectante y a serrín, y al final había una puerta con una pequeña ventana de vidrio reforzado y un cartel: *SALA 11. OBSERVACIÓN BIOLÓGICA. ACCESO RESTRINGIDO.* Smith la abrió con una tarjeta y lo invitó a pasar.

Era una habitación larga, tenue, llena de jaulas de cristal alineadas en estantes. Cientos de jaulas. En cada una, entre virutas de madera, se movían ratas blancas.

Rob sintió que el estómago se le cerraba.

Eran decenas, quizá centenares. Se movían entre las virutas, subían por los barrotes, olfateaban el aire con el hocico nervioso de los animales que viven demasiado juntos. Tenían los ojos rojos, las colas rosadas, el pelaje de una blancura casi fluorescente bajo las luces de tubo. Y de vez en cuando, sin ninguna regularidad, una de ellas parpadeaba.

No fue una figura retórica. Rob la observó: una rata de la jaula central, encaramada en una rueda, que en un instante estaba allí, con las patas delanteras en el aire, y al siguiente no estaba; y un segundo después, otra vez allí, en la misma postura, como una película con un fotograma suprimido.

—Parpadean —dijo Smith, con voz de conferenciante—. Es una de las características de la especie. Su fase está ligeramente desplazada respecto del entorno. Los llamamos *los intermitentes*. Hace más de una década que los estudiamos.

—¿Qué son?

—Una anomalía. El Programa ha dedicado recursos considerables a comprender su origen. Sabemos que se reproducen con una velocidad extraordinaria. Sabemos que el desfase se transmite a sus crías. Sabemos que todo lo que se alimenta de ellas, o las muerde, acaba siendo afectado: primero las aves, que comían sus camadas. Ahora los gatos. —Hizo una pausa—. Lo que no sabemos es de dónde proceden.

—Pero usted sí.

Smith volvió la cabeza.

—Creo que usted también, doctor.

Rob se quedó mirando la jaula central. La rata que parpadeaba se había detenido, quieta, con los ojos fijos en él.

—La causa es el ratón —dijo en voz baja—. El de la secuencia sesenta y tres.

—Es lo que sospecho.

—Entonces los intermitentes son sus descendientes. El ratón llegó a alguna parte del pasado. Se reprodujo. Su linaje se extendió, con el desfase puesto, hasta ahora.

—Exacto.

—¿Cuándo? ¿Dónde?

Smith se acercó a una jaula y metió un dedo entre los barrotes. Una rata se aproximó, olfateó, parpadeó y reapareció a un palmo de distancia. Él retiró la mano con una sonrisa fina.

—Eso, doctor Sayer, es lo que usted va a averiguar.

Rob salió de la sala con un sabor de ceniza en la boca. En el pasillo, sin que nadie lo viera, apoyó la frente contra la pared fría y respiró hondo. El pasillo estaba vacío. Se le ocurrió que ninguna cámara podía registrar lo que sentía: el vértigo de saber que cada mañana, durante once años, miles de personas habían despertado sin pájaros por culpa de un

animal pequeño, blanco y curioso que él había mirado a través de un plástico, que lo había mirado a él, y al que se había negado a poner nombre.

Tocó el estuche gris a través de la tela de la chaqueta. Smith no tenía la firma del pulso. Nadie la tenía. Salvo un aparato modesto que había viajado en su maletín, bajo la mirada de todos, y al que nadie había dado importancia.

Se juró, en voz baja, que nadie sabría jamás de su existencia.

CAPÍTULO 16

El archivo del condado

◆

El Registro del Condado ocupaba un edificio bajo y sin gracia en el centro de San José, entre un banco y una oficina de tráfico, con una escalinata de cemento y una puerta doble de cristal que nadie, a juzgar por las huellas, abría nunca con alegría. Rob llegó a las nueve y diez de la mañana del miércoles. Había dormido tres horas. Había leído por segunda vez el cuaderno de tapas negras, de principio a fin, y había comprobado con alivio que ninguna línea había cambiado; pero al cerrar la última página notó que no conseguía evocar el sonido exacto de la risa de Claire, ese ruido corto y descarado que había llenado su casa durante doce años. Había anotado: *risa corta, sube al final*. No bastaba. Una descripción no es una voz.

Se había dicho que iba por razones prácticas. Necesitaba saber dónde y cuándo había llegado el ratón, y los números de Elena, que daban una distancia aproximada de seis décadas, no le servían de nada sin un nombre ni un lugar. Necesitaba un archivo. Necesitaba, sobre todo, a alguien que supiera buscar. Eran argumentos sólidos. Y no eran la verdadera razón, y él lo sabía, y subió los escalones sin mirarse en el cristal.

El vestíbulo olía a papel viejo y a limpiador de suelos. Tras un mostrador de madera desgastada, un hombre mayor leía un periódico. A la izquierda, un pasillo conducía a una sala de lectura con mesas largas y lámparas verdes; a la derecha, unas escaleras bajaban a un sótano.

—Busco a la señora Brandt —dijo Rob.

El hombre levantó la vista sin ninguna prisa.

—Está en Registros Históricos. Abajo. Pero hay que pedir cita.

—Es una consulta breve.

—Todas lo son.

Rob esperó. El hombre volvió al periódico. Pasaron cinco minutos que Rob contó con la mirada puesta en la escalera, y por fin, en el último peldaño, apareció ella.

Llevaba un suéter de lana verde, unos pantalones oscuros y el pelo recogido con un lápiz. Traía en las manos una carpeta gris y, en la frente, la huella de haber estado concentrada mucho tiempo en algo pequeño. Al verlo se quedó inmóvil. Hubo un instante, un solo instante, en que Rob creyó ver pasar por su rostro algo parecido a la alegría. Después la expresión se cerró.

—Le pedí que no volviera.

—Lo sé. —Rob dio un paso atrás, para no parecer una amenaza—. No he ido a su casa. He venido a su trabajo, a pedirle una consulta, como un ciudadano cualquiera.

—No es un ciudadano cualquiera.

—No. Pero necesito lo que usted sabe hacer.

Claire miró al hombre del mostrador, que fingía leer, y bajó la voz.

—Si me hace perder el empleo, yo…

—No le haré perder nada. —Rob juntó las manos, un poco ridículo, un poco desesperado—. Cinco minutos. Si después quiere que me vaya, me iré, y no volverá a verme.

Ella dudó. Parecía debatirse contra algo que no era el miedo, o que no era solo el miedo.

—Sígame —dijo al fin.

. . .

El sótano era una nave larga, de techo bajo, con estanterías metálicas que se perdían en la penumbra. Tomos encuadernados en tela, cajas de cartón, rollos de planos, tarros de cristal con sellos de lacre. En un rincón, bajo una lámpara con lupa, había una mesa de trabajo con un pliego a medio desplegar. Rob lo miró y sintió un nudo.

—Es una escritura de 1871 —explicó Claire, sin que él preguntara—. La tinta ha comido el papel. Estoy tratando de salvar lo que queda sin tocarla. Es lo que me dejan hacer. —Se encogió de hombros—. Mi sueño era otro, ya se lo dije. Pero algunas veces, cuando nadie mira, juego a que no es una escritura de propiedad sino un manuscrito del siglo XII.

—Se le da bien.

—No me lo diga si no lo sabe.

—Lo sé.

Claire lo observó con un recelo desconcertado, y apartó la vista. Se sentó frente a una computadora, la encendió y se quedó esperando con las manos sobre el teclado.

—¿Qué busca?

—Una noticia. De hace más o menos sesenta y cuatro años. Un ratón blanco encontrado en el desierto de Nevada, cerca de una base militar, en torno a octubre de 1962.

Ella no contestó. Seguía mirando la pantalla, aunque hacía rato que ya no la veía.

—Esto no tiene que ver con mi madre —dijo.

—Quizá sí.

—Dijo que esto era una consulta.

—Y lo es. —Rob se obligó a hablar con dulzura—. Pero usted me contó anoche… hace tres noches, en la verja, algo que no le había contado nunca a nadie. Que su madre tenía un compañero cuando era niña. Y yo creo que ese compañero es lo que estoy buscando.

El silencio cayó pesado. En algún lugar del sótano goteaba una cañería.

—Estaba segura de que había soñado esa conversación —murmuró Claire—. Estaba segura de que me había vuelto loca. —Cerró los ojos un momento—. Y ahora usted aparece, con su cara, y me pide que busque la noticia de un ratón.

—No sé por qué ocurre así.

—Eso lo hace peor.

—Lo sé.

Claire abrió los ojos. Alargó una mano hacia el teclado y escribió algo con el índice. Había una determinación callada en el gesto, la de quien se arroja de un trampolín antes de que el miedo llegue a las piernas.

—Hay un consorcio de hemerotecas del oeste —dijo—. Prensa local, boletines de condado, revistas parroquiales. Mucho está digitalizado, pero casi nada está bien indexado. Hay que saber qué palabras buscar. —Probó una combinación—. «Rachel». «1962». «Ratón».

La pantalla parpadeó. Aparecieron tres resultados de una página gris, con el texto reconocido a medias por un programa de lectura óptica que sustituía las eñes por signos extraños. Claire hizo clic en el segundo.

Se abrió la imagen de una página de periódico amarilleada, con una cabecera en letras góticas: *The Lincoln County Courier*. Fecha: 25 de octubre de 1962. Una columna de noticias breves, entre un anuncio de cría de ganado y la cartelera de un cine. Claire amplió el recuadro. Leyó en voz baja, moviendo apenas los labios:

—*Niña de Rachel y su nuevo amigo.* —Se detuvo—. *La pequeña Lorna Dunne, de ocho años, hija de un técnico que trabaja en la cercana zona restringida, asegura que un ratón blanco apareció de la nada, la madrugada del pasado miércoles, en pleno desierto. El animal, de ojos rojos y gran mansedumbre, vive desde entonces en una caja de zapatos junto a su cama. La niña lo llama…*

Se interrumpió. El texto OCR había dejado un hueco, un pequeño borrón de píxeles negros.

Claire acercó la cara a la pantalla. Rob, a su lado, vio que le temblaba el mentón.

—Hay una foto —dijo ella.

Bajó el cursor. Al pie de la columna, en un recuadro de escasa resolución, había una fotografía en blanco y negro. Una niña pequeña, delgada, de trenzas desiguales y rodillas huesudas, sentada en el peldaño de una casa de madera, miraba a la cámara con una seriedad solemne. En las manos, a la altura del pecho, sostenía un animal blanco que ocupaba toda su palma. El ratón había levantado el hocico, sus bigotes pegados a la cara de la niña, y los ojos, aunque la imagen era mala, relucían con una claridad inexplicable.

—Esa es mi madre —susurró Claire.

Rob no pudo contestar.

Lo reconocía. No podía justificarlo, no existía manera de demostrarlo, pero lo habría reconocido entre mil: esa postura de la cabeza ladeada, esa curiosidad inmóvil, esa atención con que había mirado a un hombre a través de un plástico transparente a las diez de una noche de calor. La niña tenía los dedos curvados con cuidado, como quien sostiene un pájaro. El ratón la miraba sin miedo.

—¿Cuándo se publicó?

—El veinticinco de octubre. La noticia habla del miércoles anterior. —Claire hizo un cálculo rápido—. El diecisiete.

—El diecisiete de octubre —repitió Rob.

Sentía la boca seca. Sesenta y cuatro años, había calculado Elena, con un margen de semanas. Octubre de 1962. Rachel, Nevada. Un desierto a pocos kilómetros de un hangar.

—Dígame qué es esto —pidió Claire.

Rob se volvió hacia ella. Había dejado de temblarle el mentón. Había en su cara una mezcla de miedo y de dureza que le recordaba, con un dolor casi insoportable, a la mujer a quien había prometido llamar.

—No sé cómo decírselo de forma que no parezca una locura.

—Inténtelo.

—Ese ratón llegó al desierto desde otro tiempo —dijo Rob—. Se reprodujo. Sus descendientes han cambiado el mundo. Los pájaros. Los gatos. Las ratas blancas. Lo que usted ve cuando sale a la calle. Todo viene de esa caja de zapatos.

Claire se echó hacia atrás en la silla. No dijo nada durante un largo rato.

—Dígame una cosa —murmuró por fin—. Si yo le dijera que mi madre hace unos años, antes de enfermarse, me contó que su amigo se llamaba Nube… ¿le diría algo?

—No lo sabía.

—¿Y que murió a los seis años, y que ella lloró una semana, y que después se hizo bióloga?

—No.

—¿Y que conoció a mi padre en un seminario sobre roedores?

Rob negó con la cabeza.

—Entonces —dijo Claire lentamente— esa niña de la fotografía es la razón por la que yo existo. Y usted me está diciendo que ese ratón es la razón por la que todo está mal.

—Sí.

—Las dos cosas.

—Sí.

Hubo un silencio. Claire se levantó, caminó hasta la estantería más cercana y apoyó la frente contra el lomo de un libro, con los ojos cerrados. Rob la vio respirar. Tardó en volverse.

—Mi madre vive en Reno —dijo—. Está muy mayor. Tiene setenta y dos años y a veces se le confunden los días. Pero esa noche la recuerda como si hubiera pasado ayer. —Abrió los ojos—. Si usted tiene razón, ella es la única persona viva que puede decirle algo.

—No quiero causarle daño.

—Ya se lo ha causado a mi vida, no se preocupe. —Se enderezó, recogió el lápiz con que se sujetaba el pelo, lo volvió a clavar con un gesto seco—. Pero yo necesito oírlo. Aunque sea mentira. Aunque sea locura. Necesito saber por qué desde el sábado no duermo.

—¿Vendrá conmigo?

—El viernes. Me tomaré el día.

Rob quiso darle las gracias. Pero algo en la manera de mirarlo de ella, firme y desolada, le impidió hacerlo.

—Dígame al menos su apellido —pidió Claire.

—Sayer.

—Eso no puede ser.

—Es el único que tengo.

Ella lo miró un instante largo, como se mira un documento cuya autenticidad empieza a creerse. Después volvió a sentarse frente a la pantalla y, sin añadir nada, imprimió la página del periódico y se la tendió. Rob la tomó con las dos manos. En la fotografía, una niña

de ocho años sonreía, con los ojos fijos en la cámara, ignorante de que sostenía en la palma el origen de un silencio.

CAPÍTULO 17

El hombre del taller

◆

Rob tardó una mañana entera en encontrarlo.

No fue difícil, porque ahora sabía buscar. Escribió el nombre en la laptop desconectada, usó la conexión del teléfono de Smith solo para lo estrictamente necesario, y fue cribando entre homónimos hasta que dio con una dirección en las afueras de Sacramento: *Taller Moreau. Reparación de radios, amplificadores y equipos de laboratorio.* Había una fotografía diminuta de una fachada de ladrillo, una persiana metálica a medio levantar y un cartel pintado a mano. Rob la amplió hasta que los píxeles se deshicieron. Reconoció la caligrafía del rótulo con tanta claridad que sintió un pinchazo en el pecho. Las uves eran de Daniel. Siempre había hecho las uves como pequeñas copas.

· · ·

Tomó un autobús a las dos de la tarde. Viajó en la última fila, con la cabeza apoyada en el cristal y las manos sobre la chaqueta, mirando pasar los campos del valle central, planos, inmensos, de un verde anormalmente uniforme. Se preguntó cuánto de aquella uniformidad se debía a los pájaros que ya no comían semillas ni orugas. No lo sabía. Probablemente nadie lo sabía todavía.

· · ·

El taller estaba en una calle de naves bajas, entre una carpintería y una tienda de neumáticos. La persiana metálica estaba levantada hasta la mitad, y por debajo se veía un interior abarrotado de estantes, de cajas, de cadáveres de aparatos con las tripas al aire. Olía a estaño caliente y a polvo. En el fondo, bajo una lámpara articulada, un hombre delgado, de espalda encorvada, trabajaba con un soldador sobre una placa verde.

Rob se detuvo en el umbral. El hombre alzó la cabeza.

Tenía treinta y cuatro años, como siempre. El pelo negro, revuelto, con un mechón gris sobre la sien que no recordaba. Anteojos de marco ancho. La misma expresión de paciencia razonable, de quien ha aprendido a no esperar demasiado de las cosas ni de las personas. Pero había algo distinto en su cara. Una tranquilidad más honda, más asentada. Rob tardó un momento en comprender qué era: no había enfermedad en su vida. En este mundo no había un padre moribundo en Sacramento.

—¿Puedo ayudarle? —preguntó Daniel.

—Quizá. —Rob entró con cuidado entre las cajas—. Necesito que alguien lea la memoria de un aparato.

—¿Qué clase de aparato?

Rob sacó del bolsillo el estuche gris y lo puso sobre el mostrador, entre un osciloscopio y una caja de resistencias.

Daniel se quedó mirándolo. No lo tomó enseguida. Se limpió las manos con un trapo, con una lentitud extraña, y lo tomó entre los dedos como se toma algo que se ha perdido hace mucho. Lo giró. Pasó el pulgar sobre una esquina del plástico, donde alguien había escrito con rotulador negro dos iniciales.

D. M.

—¿De dónde lo ha sacado? —Su voz había cambiado.

—Es un registrador autónomo. Con reloj propio, batería independiente y memoria no volátil.

—Ya sé lo que es. —Daniel levantó los ojos—. Lo diseñé yo. Hace dos años, en un cuaderno. Nunca lo construí.

Rob guardó silencio. Había sabido que ocurriría. Había sabido que el objeto, que viajaba con él, que pertenecía al mundo de donde venía, sería en este un fantasma, algo que existía sin haber sido hecho. Pero saberlo no lo preparó para ver la cara de Daniel, esa cara de hombre que contempla su propia letra en la lápida de otro.

—Está mal soldado —dijo Daniel, casi en un murmullo, dando la vuelta al estuche—. Mire, aquí. Yo habría puesto un condensador más. Pero es mío. Reconocería esta distribución entre mil. —Levantó la vista—. ¿Quién es usted?

—Me llamo Sayer.

—No es eso lo que le pregunto.

—Es lo único que puedo decirle.

Hubo un silencio largo, en el que se oyó gotear una cañería y zumbar un ventilador. Daniel dejó el estuche sobre el mostrador y se cruzó de brazos.

—Tiene cinco minutos para convencerme de que no es un loco ni un ladrón ni un agente de patentes.

Rob inspiró hondo. Había decidido, en el autobús, no decirle nada del otro mundo. Era una carga que no le correspondía, un fardo que ningún hombre debería recibir sin haberlo pedido. Pero había una verdad que sí podía ofrecerle, una verdad pequeña y firme.

—Dentro de ese aparato hay un registro de varias semanas —dijo—. Una noche de ese registro ocurrió algo que cambió muchas cosas. No puedo explicarle qué. Pero de todos los instrumentos que había alrededor, ese fue el único que siguió funcionando, y lo hizo bien. Si usted lo diseñó, sabe mejor que yo de qué es capaz. Necesito que averigüe qué hay en su memoria. Todo lo que hay.

—¿Y si me niego?

—Entonces me iré.

—¿Y volverá con otro?

—No.

Daniel lo miró durante un largo rato. Parecía estar sopesando algo, la medida de una sospecha, la tentación de un enigma. Al final, soltó el aire por la nariz.

—Es usted el primero que viene a mi taller en diez años que no quiere que le arregle un tocadiscos —dijo—. Pase.

Lo condujo a una trastienda con una mesa de trabajo, dos laptops viejas y una pared cubierta de cuadernos de tapas negras. Rob los vio y sintió un vértigo extraño. Eran idénticos al suyo. Daniel apartó unas cajas, conectó el registrador a un lector de su invención y abrió un programa de texto verde sobre fondo negro. Sus dedos volaron. Rob se quedó de pie, detrás, mirando cómo el hombre a quien había enseñado todo lo que sabía de sensores volvía a enseñarle algo que no sabía.

—Cuatro canales —comentó Daniel, hablando consigo mismo—. Temperatura, presión, campo, reloj. La cuenta es continua, un segundo por muestra. Hasta aquí, nada raro. —Se detuvo—. Espere. Hay una partición que no debería estar.

—¿Qué partición?

—Un segundo bloque de memoria. —Daniel se inclinó hacia la pantalla—. Lo dejé en el diseño por si acaso. Una ráfaga de captura de alta velocidad, a cincuenta mil muestras por segundo, que se dispara cuando el campo supera un umbral. Pensé que podría ser útil para detectar transitorios. Nunca llegué a probarlo. —Hizo una pausa—. Se disparó.

Rob se acercó.

—¿Cuántas veces?

—Dos. —Daniel abrió el primero. Un diagrama de líneas azules cubrió la pantalla, una maraña de oscilaciones tan densa que al principio parecía ruido—. Este es de una madrugada. Tres y diecisiete, nueve segundos. Dura ocho. —Amplió el trazo con el cursor—. No es un pico. Es una forma. Mire cómo sube. Mire cómo se divide. Esto no es natural.

—No.

—Es un pulso modulado. Hay una estructura dentro de la estructura, tres envolventes superpuestas, y esta de aquí, esta pequeña —señaló una onda diminuta, casi invisible— está desfasada respecto de las otras. Hay una especie de latido. —Se frotó los ojos—. Señor Sayer, ¿qué clase de experimento fue este?

—Uno que no se debía haber hecho.

Daniel lo miró de reojo. Volvió a la pantalla. Rob pensó que si Daniel hubiera sabido, en aquel momento, lo que había capturado su aparato, habría dejado caer el soldador.

Era la firma. La firma exacta. Los cuatro segundos que Smith no tenía, que ningún sensor de la sala había registrado, que el apagón había devorado. Cincuenta mil muestras por segundo, ocho segundos, cuatrocientas mil cifras que describían con precisión de relojero el paso de un ratón a través de sesenta y cuatro años.

Se había equivocado al creer que el registrador solo guardaba segundos. Guardaba, en un rincón que ni su dueño sabía, el instante entero.

—¿Puede copiarlo? —preguntó.

—Claro.

—¿Dos veces?

Daniel lo miró.

—Una para usted. Otra para mí. En un lugar que no le diré.

—Es lo que habría hecho yo.

—No lo dudo.

La segunda ráfaga era más breve, de apenas un segundo, y correspondía a las ocho y diecisiete de esa misma mañana. Una forma semejante, más pequeña, como el eco de un grito en un valle. Daniel la copió también. Tardó unos minutos más en volcar los archivos en dos pequeñas unidades de memoria negras. Entregó una a Rob y se guardó la otra en un bolsillo del chaleco.

—Esto vale mucho dinero —dijo.

—No lo venda.

—No pensaba hacerlo. —Daniel apagó el programa—. Pero tampoco pienso olvidarlo. Si alguna vez quiere explicarme qué hay detrás de esta madrugada, sabe dónde encontrarme.

Rob guardó la unidad en el bolsillo interior de la chaqueta. Sentía las manos húmedas. Tuvo el impulso insensato de abrazarlo. De decirle que le había lavado los platos en el laboratorio de Palo Alto, que había discutido con él sobre la frecuencia de un osciloscopio, que había aprendido a confiar en él antes de que existiera. Se limitó a tenderle la mano.

—Gracias.

Daniel se la estrechó. Después, sin soltarla, lo miró con una atención nueva.

—¿Nos conocemos?

—No.

—Tiene una forma de mirar que me resulta… —Meneó la cabeza—. Da igual. Cosas mías.

Salieron a la nave principal. Rob estaba a punto de cruzar el umbral cuando Daniel lo tomó del brazo.

—No se vuelva —dijo en voz baja—. Hay un hombre al otro lado de la calle. Está junto a la carpintería, con un periódico que no lee. Lleva ahí desde que usted entró.

Rob no se volvió. Notó que se le helaba la nuca.

—¿Qué aspecto tiene?

—Traje gris. Anteojos oscuros. Postura de militar. —Daniel soltó el aire por la nariz—. No sé en qué lío anda metido, pero vale la pena que no lo haga a la vista. Hay una salida trasera. Dé la vuelta por el callejón, pase por el patio de la tienda de neumáticos y llegará a la avenida.

—No quiero ponerlo en peligro.

—Entonces no vuelva.

Rob asintió. Quiso decir algo más, algo que no fuese una despedida, pero Daniel ya se había dado la vuelta y regresaba a su mesa, a su placa verde, a su soldador, con la tranquilidad de quien devuelve las cosas a su sitio.

Rob salió por la trastienda. El callejón olía a goma quemada y a aceite. Caminó pegado a la pared, sin correr, con una mano sobre el bolsillo donde latía la pequeña unidad negra. Al llegar al patio de neumáticos miró, por un hueco entre dos pilas de ruedas, hacia la fachada del taller.

El hombre del traje gris había dejado el periódico. Hablaba por un teléfono, de espaldas a la calle, con los hombros erguidos y la cabeza ligeramente baja.

Rob apretó el paso. Mientras se alejaba, comprendió que Smith no le había creído, que le habían puesto un perro detrás, y que tarde o temprano ese perro volvería a llevarle algo a su amo.

Tenía hasta el viernes.

CAPÍTULO 18

La niña de Rachel

◆

Claire pasó a recogerlo a las seis de la mañana, en un auto pequeño, gris, con un parachoques abollado y una calcomanía descolorida en el cristal trasero. Rob la esperaba en la esquina del apartamento, con la chaqueta abrochada hasta el cuello y las manos en los bolsillos. Subió sin decir nada. Ella tampoco habló. Arrancó con un suspiro, tomó la autopista hacia el este y se concentró en la carretera con una atención excesiva, como si el volante fuera lo único que se interponía entre ella y una conversación que no sabía cómo empezar.

Durante la primera hora viajaron en silencio. El sol subía despacio detrás de las colinas, tiñendo de oro las laderas secas. Pasaron por Sacramento, por campos de arroz inundados, por pueblos con una gasolinera y un cartel de rata en cada cruce. Había advertencias por todas partes: *No toque a los animales blancos. Avise a las autoridades.* Rob las leyó una a una, con el rencor sordo de quien reconoce su propia firma al pie de un delito.

Fue Claire quien rompió el silencio, cerca de Auburn, cuando la carretera empezó a subir hacia la sierra.

—Anoche no pude dormir otra vez.

—Lo siento.

—No lo sienta. Ya me pasaba antes de que usted apareciera. —Sin apartar la vista del asfalto—. Pero desde el sábado es distinto. Antes eran noches en blanco. Ahora son noches con un sentido. Me despierto convencida de que olvidé algo importante, algo que tenía que hacer, y paso horas mirando el techo intentando acordarme.

—¿Y qué cree que es?

—No lo sé. Pero cuando lo vi a usted en mi puerta pensé: es esto. Qué horror. —Una media sonrisa torcida—. Perdón.

—No hay nada que perdonar.

Subieron en silencio un rato más. A ambos lados de la carretera, los pinos empezaban a cerrarse, altos y oscuros, y entre sus troncos se filtraba la luz en haces polvorientos. No había un solo pájaro. Rob lo notó como se nota la ausencia de música en un restaurante: no por lo que se oye, sino por la extraña desnudez del aire.

—Cuénteme —dijo Claire.

—¿Qué?

—Lo que no me ha contado. La parte que no cabe en una frase.

Rob contempló un momento el paisaje. Después, despacio, con las palabras de quien camina sobre hielo, empezó a hablar. No se lo contó todo. No habló del laboratorio, ni de

Smith, ni de los veintiún días. Se limitó a lo que ella tenía derecho a saber. Le dijo que había existido otra Claire, una mujer que restauraba manuscritos, que se reía con una risa corta, que había sido su esposa durante doce años. Le dijo que se habían despedido en un jardín, bajo un árbol lleno de gorriones, la noche antes de que él se marchara. Le dijo que ella le había prometido que lo esperaría en un aeropuerto con un cartel.

—¿Qué decía el cartel? —preguntó Claire, con la voz muy baja.

—«Doctor Sayer, rescate de científicos secuestrados».

Ella soltó una risa breve, ahogada, casi un hipo. Se pasó el dorso de la mano por los ojos sin soltar el volante.

—Qué tontería.

—Sí.

—Y yo he soñado con ese cartel.

—Lo sé.

Hubo otro silencio, distinto del primero. Más cálido. Más doloroso.

—¿Era mejor que yo? —preguntó Claire.

La pregunta lo tomó desprevenido. Se volvió hacia ella. Tenía la mirada fija en la carretera, la mandíbula tensa, los nudillos pálidos sobre el volante.

—Era distinta —dijo con cuidado.

—Eso no es una respuesta.

—Es la única verdadera. —Rob buscó las palabras—. Tuvo una vida que usted no tuvo. Tuvo dinero para estudiar, un padre que la animó, una madre que no se sintió culpable por haber tenido hijos. Tuvo… oportunidades. Y usted tuvo otras. Llegó hasta aquí sola, con las manos manchadas de tinta, salvando papeles que a nadie le importan, y nadie la ayudó. —Se detuvo—. Yo no sé cuál de las dos vidas es mejor. Sé que la gente que se quiere de verdad no se pregunta eso.

Claire no contestó. Pero dejó que una lágrima se le escurriera por la mejilla sin molestarse en secarla.

. . .

Llegaron a Reno hacia las diez y media. Una ciudad plana, ancha, de luces apagadas bajo el sol, con casinos que a esa hora parecían cadáveres de neón. Claire condujo hasta un barrio de casas bajas y jardines de grava, estacionó frente a un bungaló de revoque claro con un porche pequeño y cortinas de encaje, y apagó el motor.

—Está un poco sorda —dijo—. Y a veces se le mezclan los años. Pero cuando habla de aquello no se le mezcla nada.

—¿Sabe que vamos?

—Le dije que traía a un amigo que estudia historia local.

Rob asintió. Bajaron. Claire llamó con tres golpes breves, como quien tiene costumbre, y esperó. Pasó un minuto. Dentro se oyó un arrastrar de pantuflas, una cerradura, el chasquido de una cadena.

La puerta se abrió y apareció una mujer pequeña, de pelo blanco y rostro curtido, con unos ojos oscuros que lo miraron de arriba abajo con la rapidez de un animal inteligente. Tenía setenta y dos años y se mantenía recta como una vara. Llevaba un cárdigan azul,

unos pantalones de lana, un par de anteojos colgados al cuello con una cadena. Detrás de ella se veía un vestíbulo atestado de libros.

—Mamá —dijo Claire—. Este es el señor Sayer.

Lorna Brandt no le tendió la mano. Lo observó en silencio durante un largo momento, y Rob sintió que lo estaba pesando, que lo estaba midiendo contra algún patrón antiguo.

—Pasen —dijo al fin—. Voy a preparar té.

Se sentaron en una sala pequeña, con un sofá de flores desteñidas, una mesa baja y una estantería que cubría una pared entera. Rob reconoció los lomos: tratados de zoología, atlas de mamíferos, manuales de comportamiento animal. Sobre la repisa de la chimenea, entre fotografías enmarcadas, había una más antigua que las demás, en blanco y negro, con los bordes mordidos por el tiempo. Una caja de zapatos abierta, y dentro, en un lecho de algodón, un animal blanco.

Lorna sirvió el té con manos firmes. Se sentó frente a Rob, en una butaca de respaldo alto, y no tocó la taza.

—Mi hija dice que usted quiere hablar de mi infancia.

—Si no le molesta.

—Me molesta. Pero no importa. —Hizo un gesto brusco con la mano—. Hace sesenta y cuatro años que espero a alguien que me lo pregunte, y nunca vino nadie. Supongo que ya es tarde para ponerse remilgada.

Claire dejó la taza sobre la mesa.

—Mamá…

—Siéntate bien, hija. No me mires con esa cara.

Lorna se acomodó en la butaca. Cruzó las manos sobre el regazo. Cuando habló, su voz cambió; perdió el temblor de la edad y se hizo más baja, más lenta, una voz que parecía venir de más lejos.

—Teníamos una casa en Rachel, de madera, a un kilómetro del pueblo. Mi padre se llamaba Ray y trabajaba en la base. Nunca nos dijo en qué, pero volvía siempre con las manos negras de grasa y olor a cables quemados. Mi madre, Marion, decía que era electricista, y que más no se podía preguntar. Yo tenía ocho años. No tenía amigas. Los niños de Rachel eran todos mayores o más pequeños, y yo pasaba los días sola, mirando el desierto desde la ventana.

Rob no se movió.

—Aquella noche me desperté. No sé por qué. Eran las tres de la madrugada, o poco más. Había una luz azul en la ventana, una luz que no era de luna ni de auto. Me levanté y vi que mi padre ya estaba en la puerta, con las botas puestas y una linterna en la mano. Nunca he sabido qué lo había despertado a él. Le pedí que me dejara ir. Me dijo que no. Le dije que gritaría. —Una sonrisa breve, seca—. Fue la única vez en mi vida que le gané una discusión.

—¿Qué vieron? —preguntó Rob.

—Salimos al desierto. Caminamos unos cuatrocientos metros. La luz estaba en una hondonada, un círculo azul del tamaño de una mesa, que subía y bajaba como respirando. No hacía ruido. No daba calor. Mi padre me agarró de la mano y se quedó parado. Recuerdo que miró el reloj de pulsera, uno de esos grandes, con la esfera fosforescente, y dijo en voz baja: «Las tres y diecisiete».

Rob sintió que el aire de la sala se espesaba.

—Y en el centro del círculo —prosiguió Lorna— había un ratón.

Claire contuvo el aliento.

—Estaba de pie, sobre las patas traseras, mirando hacia la oscuridad, como si esperara a alguien. Era blanco. Blanquísimo, con los ojos rojos. Se veía con claridad a pesar de la poca luz. Y cuando el círculo se apagó, el ratón se quedó allí, solo, sobre la arena, con la nariz levantada, olfateando. Mi padre me soltó la mano y se acercó. Se agachó. Le tendió la palma. Y el ratón subió.

—¿Así, sin más?

—Así. Sin miedo. —Lorna alzó la vista—. Era lo más extraño que he visto. Un animal de laboratorio, en medio del desierto, que sube a la mano de un hombre desconocido como si lo conociera de siempre. Mi padre lo miró un rato largo. Después me lo dio. Dijo: «Tómalo». Y yo lo tomé.

Rob miró la fotografía de la repisa. La caja de zapatos, el algodón, el animal blanco.

—Volvimos a casa. Mi padre me hizo prometer que no diría nada. Le pregunté por qué, y me contestó que había hombres en la base que no entenderían. Que querrían llevárselo. Que se lo llevarían y que nunca más lo vería. —Hizo una pausa—. A la hora de haber vuelto, oímos los motores. Eran dos jeeps, con focos, que recorrían el camino de grava. Los hombres bajaron con linternas. Buscaron en la hondonada, en los alrededores, en los cobertizos de los vecinos. Mi padre salió a hablar con ellos. Dijo que no había visto nada. Que se había despertado por el ruido. Mi madre sostuvo la puerta con una escoba, y yo, en mi cuarto, con el ratón escondido bajo el camisón, no respiré hasta que se fueron.

—¿Volvieron?

—Una vez, al día siguiente. Miraron por la casa sin mucho empeño. Nadie sospechaba de un electricista con una niña de ocho años. —Se encogió de hombros—. El ratón se quedó. Lo llamé Nube. Mi padre decía que era un ratón de luz, que había caído del cielo. A veces, de noche, parpadeaba. Se quedaba un instante en el aire de la caja y luego volvía, y yo no le tenía miedo. Era mi amigo.

—¿Tuvo crías? —preguntó Rob.

Lorna lo miró fijamente.

—¿Cómo lo sabe?

—Lo supongo.

—Tuvo muchas. Una camada cada pocas semanas. Nunca estaban solas, siempre había alguien que decía «yo cuido de esta». Mi padre se asustó. No podía tener veinte ratones blancos en casa y que los hombres de la base los vieran. Pero tampoco podía matarlos. —La voz se le quebró un instante—. Así que un domingo los metió en una jaula, los llevó en el auto a muchos kilómetros del pueblo y los soltó en el desierto. Dijo que ahí estarían mejor. Que los zorros no los pillarían, porque eran demasiado listos.

—¿Cuántas veces lo hizo?

—Hasta que Nube murió. Seis años. —Lorna entrelazó los dedos—. Murió una mañana de mayo, en su caja, con los bigotes quietos y los ojos cerrados. Tenía seis años. Para un ratón es una edad imposible. Lloré una semana entera. Mi madre pensó que me había vuelto loca. Mi padre me dijo que no era verdad, que nadie se vuelve loco por querer a un

animal. Y a los quince, cuando tuve que decidir qué hacer con mi vida, supe que quería estudiar a los bichos.

Claire se había tapado la boca con la mano. Lorna la miró, con una ternura inmensa.

—Si Nube no hubiera aparecido —dijo despacio— yo habría sido otra mujer. No me habría dedicado a la zoología. No habría conocido a tu padre en aquel seminario. Habría vivido otra vida, hija. Una vida distinta. Y tú no habrías nacido. —Sacudió la cabeza—. A veces pienso que toda mi existencia fue consecuencia de un ratón blanco que cayó del cielo.

Nadie habló. En algún lugar de la casa, el reloj de pared dio las doce.

Rob sintió la mirada de Claire sobre él. No la devolvió. No podía. En el rincón de su cabeza donde guardaba el plan, el cálculo, la urgencia, algo había empezado a deshacerse. Había creído, hasta ese instante, que la persona a quien debía restituir el mundo era una. Y tenía delante a la otra. Viva, atónita, mirándolo con unos ojos que ya no eran los que él había amado y que, sin embargo, lo seguían mirando igual.

—Hay una cosa más —dijo Lorna.

Se levantó con dificultad y fue hasta la estantería. Retiró un libro grueso, de tapas verdes, y del hueco tras él sacó un sobre amarillento. Se lo tendió a Rob.

—Mi padre me lo dio antes de morir. Me dijo: «Si alguien viene a preguntarte por Nube, muéstrale esto».

Rob abrió el sobre con dedos torpes. Dentro había una sola hoja de papel cuadriculado, doblada en tres, con una letra pequeña, cuidadosa, de técnico. Era una anotación en un cuaderno de campo, fechada el 17 de octubre de 1962. Llevaba un croquis de la hondonada, con un círculo, una flecha y una cifra al pie. Y debajo, subrayada dos veces:

03:17. Luz azul, sector 7. Roedor blanco, vivo. Sin lesiones. Aparece de la nada. Confirmado por R. Dunne.

Y al pie, en tinta distinta, años más tarde:

No era de aquí. Alguien vendrá a buscarlo.

Rob dejó de respirar.

Lo releyó una vez, dos, tres veces. Cuando levantó la vista, Lorna lo observaba con los ojos oscuros muy abiertos y una expresión que no era miedo ni sorpresa, sino una especie de reconocimiento antiguo, el de quien ha esperado tanto tiempo que la espera se ha vuelto parte de su cuerpo.

—Usted ha venido a buscarlo —dijo.

—No lo sé —respondió Rob, y su voz sonó extraña, como la de otro hombre—. No sé qué he venido a hacer.

—Ya no está. Murió hace sesenta años.

—Lo sé.

—Entonces ¿qué quiere?

Rob no contestó. Dobló el papel con mucho cuidado y lo guardó junto al cuaderno negro, junto al corazón.

Volvieron a casa en silencio, bajo un cielo ancho y vacío. Claire conducía con las dos manos en el volante y los ojos secos. Solo habló una vez, en un cruce, cuando pasaron junto a un cartel con la fotografía de un gato.

—Si tiene que impedir que ese ratón llegue —dijo, sin mirarlo—, eso significa que yo…

No terminó la frase.

Rob no la ayudó a terminarla. Tardaría varios días en comprender que había sido la primera cobardía real de su vida, y que ella, a su manera, se lo agradeció.

CAPÍTULO 19

El comandante

◆

Llamaron a la puerta a las siete de la mañana del sábado, con dos golpes secos y uno suave.

Rob no se sobresaltó. Llevaba toda la noche despierto, sentado en la cama con el cuaderno abierto sobre las rodillas, escribiendo y tachando y volviendo a escribir las frases con que intentaba fijar lo que la memoria se empeñaba en soltar. Había anotado la hoja de Ray Dunne, el croquis de la hondonada, la cifra al pie. Había anotado el rostro de Lorna, la voz de Claire en el auto, la pregunta que no había terminado. Cuando oyó los golpes los reconoció. Era la misma señal que había usado Elena, y se preguntó por qué la gente que quería hablarle a escondidas elegía siempre el mismo código, como si el miedo tuviera un solo idioma.

Se acercó a la mirilla. Al otro lado, de pie en el rellano, con un abrigo oscuro de civil y las manos hundidas en los bolsillos, estaba el comandante Hale.

No traía escolta. Rob miró por encima de su hombro, hacia la escalera, y no vio a nadie. Abrió la puerta una rendija.

—Doctor Sayer —dijo Hale—. Necesito hablar con usted. A solas.

—¿Viene de parte del señor Smith?

—Vengo de parte mía. —Hizo una pausa—. Es la primera vez en veintidós años que puedo decir eso.

Rob lo dejó entrar. El comandante recorrió el salón con la vista, un reconocimiento profesional, sin comentarios, y se detuvo ante la laptop cerrada sobre la mesa.

—La ha desconectado —dijo.

—Sí.

—Hizo bien. Tiene un micrófono en la placa base, y la cámara aunque la haya tapado con cinta puede activarse por otro circuito. —Se sentó en el borde de una silla, sin quitarse el abrigo—. Hay un aparato en el cuarto de baño que graba cuando se abre la llave del agua. Otro en la lámpara del dormitorio. Los dos inactivos desde esta mañana. Me ocupé yo.

Rob lo miró sin decir nada. Había en el comandante un cansancio nuevo, distinto del habitual. No era el cansancio de quien ha trabajado mucho, sino el de quien ha estado mirando de frente algo que ha preferido ignorar durante años.

—¿Por qué me lo cuenta?

—Porque el jueves, cuando usted salió del taller de Sacramento, yo estaba al otro lado de la calle. —Hale levantó una mano—. No el hombre del periódico. Ese era uno de mis agentes. Yo estaba en un auto, detrás de la carpintería, con unos prismáticos. Vi cómo hablaba con el técnico. Vi cómo le entregaba un objeto pequeño. Vi cómo le devolvía otro, más pequeño aún. Y cuando usted se fue por el callejón, decidí no seguirlo.

Rob sintió que la sangre se le retiraba de la cara.

—Mi agente me preguntó qué hacíamos. Le dije que no era nada. Que era un asunto de rutina. Esta mañana, el señor Smith me pidió un informe sobre sus movimientos de esta semana. —Hale lo miró con una expresión curiosamente serena—. Le dije que usted había visitado a un antiguo colega que le debía dinero. Que no parecía significativo.

—Me ha mentido por mí.

—Le he mentido a él. Por razones que todavía no entiendo del todo.

Hubo un silencio. Fuera, en el patio, alguien tendía ropa.

—Doctor, voy a decirle algo que nunca le he dicho a nadie. Y le pido que me escuche hasta el final. —Hale apoyó las manos en las rodillas—. Hasta el jueves tenía un perro. Un pastor alemán, de siete años, que se llamaba Cooper. Lo había criado desde cachorro. Mi hija Emily, que tiene doce, dormía con él desde el día en que nació.

Rob supo, antes de que el comandante siguiera, lo que iba a decirle.

—El jueves lo saqué a pasear por el parque, como cada tarde. Lo llevaba con correa. Doblamos una esquina y lo vi levantar la pata para olisquear un arbusto. —La voz de Hale no se alteró—. Estaba ahí. Con la pata en el aire. Y al segundo siguiente la correa colgaba vacía de mi mano.

—Lo siento.

—Mi hija no ha vuelto a hablar con claridad desde entonces. Se pasa los días mirando la puerta del jardín. —Hale apretó los labios—. Yo he servido a este país durante dos décadas. Hice lo que me pidieron sin hacer preguntas. Creí que había una razón. Siempre hay una razón. Pero ayer, cuando intenté averiguar qué le había ocurrido a mi perro, descubrí algo que no debería haber visto.

—¿Qué?

—Una lista.

Hale sacó del bolsillo interior del abrigo un sobre doblado y lo dejó sobre la mesa. Rob no lo tocó.

—Está en la caja fuerte del despacho de Smith. La encontré por accidente, buscando otra cosa. Se llama *Instalación 9*. Es una orden de evacuación. —Hizo una pausa—. Hay un búnker, en las montañas del norte, a ochenta kilómetros de la base. Autosuficiente, con agua, aire y alimento para cuatrocientas personas durante cinco años. El Programa lo construyó hace una década. Nadie lo menciona en los informes públicos.

—¿Para qué?

—Para el día en que lo que está ocurriendo deje de ser un fenómeno local. Los miembros del Programa saben desde hace años que las ratas son el origen del Silencio. No saben de dónde vienen, pero saben que el desfase se propaga. Tienen modelos. Tienen cifras. —Hale señaló el sobre—. Y tienen una fecha.

Rob abrió el sobre. Dentro había dos hojas impresas, con membrete discreto del Programa. La primera, una lista de nombres, cuatrocientos, ordenados alfabéticamente, con

cargos y números de identificación. La segunda, un calendario con una sola fecha rodeada en rojo.

Reconoció la fecha enseguida. Era el último día. El instante en que la suma de los intervalos llegaba a cero.

—Lo saben —dijo en voz baja.

—Lo saben desde hace al menos dos años. Lo que no sabían era el momento exacto, hasta que la doctora Ward lo calculó, hace unos días. —Hale se pasó una mano por la cara —. El señor Smith no ha informado a las autoridades. No ha avisado al Gobierno. No ha dicho una palabra al presidente ni al Pentágono. Su plan, doctor, es que, el día señalado, cuatrocientas personas estén en un hoyo a ochenta kilómetros de aquí, con las puertas selladas, mientras el resto del mundo hace lo que pueda.

Rob miró la lista. Los nombres le pasaban ante los ojos sin fijarse. Moreau, D. Sayer, R. Smith, A. Ward, E. Entre las haches no había ningún Hale.

Se detuvo en la ese.

—Yo estoy en la lista.

—Usted y el técnico de Sacramento. Smith lo ha incluido. No sé por qué.

—¿Y Claire Brandt?

Hale levantó la vista.

—¿Quién es?

—Nadie. —Rob cerró los ojos un segundo—. Una mujer que no está en ninguna lista.

Siguió leyendo. En la tercera columna, a la altura de las W, el dedo de Rob se detuvo sobre una línea que decía *Ward, A.* Después de la inicial, entre paréntesis, la anotación: *(menor, 6 años; hija de Ward, E.)*

Ada.

Rob se quedó mirando el nombre. Algo le subió por la garganta, una mezcla de lástima y de comprensión que no era la que necesitaba. La niña del dibujo. El pájaro azul. Elena, con el abrigo de lana, saliendo apresuradamente de su apartamento con una carpeta llena de números.

—Smith la tiene sujeta —murmuró.

—Eso creo. —Hale se inclinó hacia delante—. La doctora Ward es la única persona del Programa que ha trabajado en el modelo del desfase de forma continuada durante diecisiete años. Si ella se negara a colaborar, el Programa se vendría abajo. Smith lo sabe. Y le ha ofrecido a su hija una plaza en el búnker a cambio de su lealtad. —Hizo una pausa—. No sé si la doctora lo hace por miedo o por amor. Probablemente por las dos cosas.

Rob dejó las hojas sobre la mesa. Tenía las manos frías. Pensó en Elena, en su manera de apartarle la mirada, en la frase susurrada en el pasillo del laboratorio: *No creas nada de lo que te enseñen.* Tardó un momento en comprender que no era una orden. Era un grito, desde dentro de una jaula.

—¿Qué quiere de mí, comandante?

Hale se puso de pie. Se quedó un momento mirando por la ventana el patio interior, la ropa tendida, el cielo plano.

—Hace once años mi mujer murió de un cáncer que no tenía por qué haberla matado, según los médicos. Un tumor pequeño, de los que se curan. No supieron explicarlo. Me dijeron que era mala suerte. —Su perfil era duro, de piedra—. Hace dos días perdí a

Cooper. Y ayer encontré una lista donde los hombres que decidieron esconder todo esto van a salvarse, y a mí me han dejado fuera. —Se volvió—. Yo no soy un hombre inteligente, doctor. Soy un hombre obediente. Pero he descubierto, a los cuarenta y siete años, que hay órdenes que no se pueden cumplir.

—¿Y qué va a hacer?

—Lo que usted me diga.

Rob lo miró. En el rostro de Hale no había teatralidad ni súplica. Solo el desconcierto de quien ha seguido un camino durante veinte años y acaba de comprobar que no llevaba a ninguna parte.

—Necesito dos cosas —dijo Rob—. La primera: hablar a solas con la doctora Ward. Esta semana. Sin cámaras y sin que Smith lo sepa.

—Eso puedo arreglarlo. Hay un sitio en la base donde no llegan los micrófonos. —Hale dudó—. La antigua sala de control. Donde se detuvo el reloj. Smith ordenó que no se limpiara ni se tocara, pero tampoco ordenó vigilarla. Lo considera un santuario.

—¿Y la segunda?

—Necesito saber lo que ocurrirá el jueves. El segundo ensayo.

Hale tardó en contestar. Se abrochó el abrigo con una lentitud deliberada.

—Será con un sujeto humano.

Rob sintió que le faltaba el aire.

—¿Quién?

—No lo sé. Smith lo ha mantenido en secreto. Pero ha pedido un traje de contención, un colimador a medida y una cápsula de dos metros. —Hale lo miró de frente—. No ha reservado la cápsula para ningún voluntario, doctor. Ha ordenado que la ajusten a sus propias medidas.

Rob se quedó quieto. La luz de la mañana iluminaba el polvo suspendido en el aire del salón.

—Quiere viajar él —dijo.

—Eso creo.

—¿Adónde?

—Eso tampoco lo sé. —Hale se dirigió a la puerta—. Pero tengo la sensación de que, sea cual sea el destino, el señor Smith no va a pedirle permiso a nadie.

Se detuvo en el umbral. Miró una vez más la laptop, el cuaderno de tapas negras abierto sobre la cama, la ropa en una silla. En su rostro cansado apareció algo parecido a una sonrisa triste.

—Mi hija dibuja pájaros —dijo—. Nunca ha visto uno. Los saca de unos libros. Los dibuja azules, con las alas muy grandes. Dice que los pájaros son del color del cielo, porque se han ido a vivir allí.

Rob no dijo nada. Hale asintió, como quien acaba de recibir una respuesta, y salió.

Mientras sus pasos bajaban la escalera, Rob tomó el sobre, lo abrió de nuevo y volvió a leer la lista. Cuatrocientas personas. Una niña de seis años que dibujaba pájaros azules. Un hombre de traje oscuro que preparaba, en el silencio de una sala de máquinas, un viaje sin retorno.

Tuvo la certeza, con la claridad de lo irremediable, de que los veintiún días ya no eran un plazo. Eran una apuesta. Y la estaba jugando alguien que no pensaba perder.

CAPÍTULO 20

La sala del reloj detenido

◆

Hale lo condujo el domingo, a las once de la noche, por un corredor lateral que Rob no había visto nunca. Pasaron por una puerta de servicio, por una escalera de hormigón sin pintar, por una galería de tuberías donde el aire olía a humedad y a óxido. No encontraron a nadie. El comandante caminaba delante, con una linterna apagada en la mano y una seguridad tranquila, la de quien conoce un edificio como se conoce un cuerpo después de muchas heridas.

—Dispone de quince minutos —dijo, deteniéndose ante una puerta metálica—. La doctora Ward está dentro. Le dije que se trataba de una verificación de instrumentos. Es lo único que se me ocurrió.

—Gracias.

—No me dé las gracias. —Hale apoyó la mano en el picaporte—. Si Smith pregunta, me quedé dormido en la garita. No es la primera vez.

Abrió. Rob entró.

. . .

La antigua sala de control estaba a oscuras, salvo por una pequeña lámpara de emergencia, de luz roja, que colgaba del techo y que proyectaba sobre las paredes una claridad espesa, de cuarto de revelado. Las consolas dormían cubiertas con fundas de plástico. El ventanal que dominaba el anillo, ahora ciego, devolvía el reflejo borroso de la habitación. Y sobre la pared del fondo, inmóvil, con su capa de polvo bajo el cristal, el reloj de las 3:17.

Elena estaba de pie bajo él.

No llevaba la bata blanca. Vestía un suéter oscuro y unos pantalones de lana, y tenía los brazos cruzados sobre el pecho, como si hiciera frío. Cuando Rob cerró la puerta a su espalda, ella no se volvió enseguida. Siguió mirando el reloj. Tenía la nuca encorvada, los hombros caídos, y Rob comprendió que llevaba muchos días sosteniendo con la columna algo que ya no le cabía.

—No tienes por qué decirme nada —dijo él.

—Sí tengo.

Se volvió. A la luz roja, el rostro de Elena parecía más joven y más viejo a la vez. Tenía los ojos hundidos, enrojecidos, y la boca apretada en una línea que no lograba disimular el temblor del labio inferior.

—Lo recuerdo todo —dijo—. Desde el principio. Desde que aterrizamos.

Rob no se movió.

—Lo sabía.

—No lo sabías. Lo sospechabas. —Hizo un gesto breve con la mano—. Es distinto. Y yo me aproveché de la diferencia.

Estaba de espaldas al ventanal. Pero la pantalla de mi consola se había apagado con el resto y era un espejo negro. En él vi el círculo de luz, y al ratón doblándose sobre sí mismo. Me bastó con eso.

—¿Por qué?

Elena no contestó enseguida. Se acercó a una de las consolas, apartó la funda de plástico con un gesto mecánico y apoyó la mano sobre la superficie fría, como si necesitara un punto de apoyo.

—¿Te acuerdas de lo que dije en el avión? Cuando íbamos a Las Vegas. Te dije que a veces me preguntaba qué sería de mí si tuviera algo que perder.

—Me acuerdo.

—Fue una frase tonta. Una de esas cosas que se dicen cuando uno está cansado y no tiene a nadie con quien hablar. —Una sonrisa corta, sin alegría—. Unas horas después, tenía una hija.

La palabra cayó en la sala con un peso físico.

—Aterricé el sábado —prosiguió Elena, en un tono muy bajo, rápido, como quien recita una confesión ensayada durante noches—. Estaba aturdida. Había visto lo que viste tú en el avión, los dos horizontes. Vi que no había gaviotas. Sentí que algo había cambiado, pero no sabía qué. Me dije que era el cansancio. Tomé un taxi para ir a mi departamento. Y cuando bajé frente a mi portal, ya había alguien esperándome.

Se detuvo. Se pasó la mano por la boca.

—Una niña. Con un abrigo amarillo y una mochila con forma de oso. Salió corriendo por el portal gritando «¡mamá!». Y se me abrazó a las piernas.

Rob cerró los ojos.

—Yo no entendí nada. Me quedé quieta. Detrás de ella apareció mi hermana, con una taza de café en la mano, preguntándome si el viaje había ido bien. Me decía que Ada había estado todo el fin de semana preguntando por mí. —Elena soltó el aire—. Ada. Seis años. Pelo castaño y unos ojos enormes. Una cicatriz en la barbilla de una caída en un parque. Lo supe todo de ella en los diez segundos siguientes, Rob, como se sabe un idioma en un sueño. Sabía su alergia a los frutos secos. Sabía que le daba miedo la oscuridad. Sabía el nombre de su peluche. Y sabía también que mi cuerpo, mi vida entera, estaba construida para ella.

—Y tú recordabas la otra vida.

—Las dos. A la vez. Una vida en que yo vivía sola, entre papeles, sin un solo motivo para volver pronto a casa. Y otra en que me despertaba cada mañana con unos pies fríos metidos en mi cama. —Elena apoyó la frente en el dorso de la mano—. Las dos son verdaderas. Es lo peor. Las dos son mías.

Se hizo un silencio. Rob dio un paso hacia ella, sin atreverse a tocarla.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Porque habría tenido que decidir. —Levantó la cara, y por primera vez lo miró de frente—. En cuanto te lo dijera, serías dos en el secreto. Dos personas que saben que este

mundo es un error. Dos que tendrían que arreglarlo. Y arreglarlo significa… —Se interrumpió. Sacudió la cabeza—. No quería oírte decir esa palabra. No quería oírla en mi propia boca.

—Elena.

—Cuando Smith me llamó el domingo, me dijo que el doctor Sayer podría necesitar ayuda. Me miró a los ojos y me preguntó si recordaba algo del jueves. Le dije que no. —La voz se le quebró—. Y me creyó. O fingió creerme. No lo sé. Pero desde entonces he vivido bajo la mirada de ese hombre sabiendo que si descubría la verdad, Ada…

No terminó. No hacía falta.

Rob miró la lista de cuatrocientos nombres que llevaba plegada en el bolsillo.

—Hale me enseñó la Instalación 9 —dijo.

—Lo sé. Me lo dijo antes de que llegaras. —Elena rio, un sonido breve, amargo—. Es un hombre extraño. Obedece durante veinte años y de pronto, un día, deja de hacerlo. No he visto nunca una conversión tan limpia.

—Smith te ha puesto a Ada en la lista.

—Y no solo eso. —Elena se enderezó, enjugándose los ojos con el puño—. Me prometió que, cuando llegue el día, tendrá una habitación junto a la mía. Un colegio dentro del búnker. Una pediatra. Dice que viviremos allí cinco años y que después, cuando el mundo se estabilice, saldremos. Dice que su única condición es que yo continúe trabajando en el modelo. —Miró a Rob—. ¿Entiendes? Yo hice los números. Yo descubrí los picos. Yo calculé la fecha. Y me he pasado una semana mirándola en las pantallas, esperando que alguien la desmintiera, y ahora estoy aquí, en esta sala, delante de ti, pensando que a lo mejor solo tengo que callarme.

—Para salvar a tu hija.

—Para no matarla.

La palabra se quedó suspendida entre los dos, en el aire rojo.

Rob se acercó a la ventana ciega. Apoyó la mano en el cristal frío. Detrás, en la sala del anillo, los doce emisores dormían en la oscuridad como animales encadenados.

—Hay algo que no te he contado —dijo.

Se lo contó. Habló en voz baja, sin adornos, con la calma del que ya ha agotado todas las reacciones. Le habló de Claire, de la mujer del archivo, del bungaló en Reno, de la anciana de pelo blanco, de la hoja con el croquis y la hora anotada. Le habló del ratón de la caja de zapatos, de las camadas que un padre amoroso había soltado en el desierto, del hombre que escribió, años más tarde, *No era de aquí. Alguien vendrá a buscarlo.* Le dijo que la única forma de borrar el Silencio, de detener los gatos, de impedir el instante en que los intervalos llegaran a cero, era impedir que el ratón llegara al desierto aquella noche de octubre de 1962.

Elena lo escuchó sin interrumpir.

—Eso significa —dijo cuando él terminó— que Claire Brandt no existirá.

—Sí.

—Y que Ada tampoco.

Rob se volvió.

—No lo sé.

—Sí lo sabes. —Elena lo miraba con ojos secos—. Ada nació del mundo que esa niña con su ratón hizo posible. Es una criatura de este tiempo. En el otro, yo estaba sola. Tú lo viste. En el otro, nunca tuve una hija. Si restauras aquel mundo, la borras. Y lo sabes.

—No estoy diciendo que…

—Rob. —La voz de Elena se hizo suave, casi maternal—. No me mientas. No ahora.

Él guardó silencio. Había en su rostro algo que ya no podía fingir, y ella lo vio.

—Es la razón por la que no te lo dije —murmuró Elena—. No porque me faltara valor. Porque sabía que, en el instante en que lo supieras, tendrías que elegir entre tu mundo y el mío. Y que yo no podría perdonarte la elección, fuera cual fuera.

Fuera, en algún lugar del edificio, sonó una puerta. Los dos se quedaron inmóviles. Después el silencio volvió, más espeso que antes.

—No te estoy pidiendo que me perdones —dijo Rob, con la voz rota—. No te estoy pidiendo nada. Solo te estoy diciendo que no sé qué voy a hacer.

—Eso es lo único honesto que me has dicho esta noche.

—Tampoco tú me has mentido.

—Te mentí en el aeropuerto.

—Sí.

—Y en el apartamento.

—Sí.

—Y te voy a mentir otra vez si hace falta. —Elena hizo un gesto con la mano, un ademán cansado, como se aparta una cortina—. Ese es el problema, Rob. Que ya no sé si soy una científica o una madre. Y no sé cuál de las dos tiene derecho a decidir.

Se quedaron mirando el reloj. Las agujas inmóviles marcaban el instante exacto en que algo se había partido en dos. Rob pensó en el soporte de cuarzo con la cápsula vacía, en el rostro de un ratón que ladeaba la cabeza, en un hombre sentado con las manos sobre las rodillas, a quien la oscuridad no había asustado.

—Tengo una cosa que enseñarte —dijo.

Metió la mano en el bolsillo interior de la chaqueta y sacó la pequeña unidad negra. La dejó sobre la consola, entre los dos.

—¿Qué es?

—La firma del pulso. Los cuatro segundos que Smith no tiene. Todo el instante, a cincuenta mil muestras por segundo.

Elena se quedó muy quieta. Alargó una mano hacia la unidad y la retiró sin tocarla, como quien casi toca una brasa.

—¿Cómo…?

—Daniel.

—¿Daniel Moreau?

—Un registrador que me prestó antes de irnos. En este mundo no lo ha construido. Pero el aparato vino conmigo. Y guardó lo que nadie más guardó.

Elena cerró los ojos. Respiró hondo, una vez, dos. Cuando los abrió, había en ellos una luz que Rob no le había visto desde la secuencia treinta y dos: la luz de una científica que acaba de ver una curva que no esperaba.

—Con eso se puede reproducir el pulso —dijo, lentamente—. Con eso se puede reproducirlo y también se puede invertir. —Alzó la vista—. Podemos cerrarlo, Rob. Con esa

firma, si hay una forma de hacerlo, es esa. Pero tendría que ser exacta, hasta la última muestra. Y tendría que haber alguien en el otro extremo, en 1962, que…

—Lo sé.

—Entonces ya has decidido.

—No.

Ella lo miró con ojos muy abiertos.

—No he decidido nada —repitió él—. He traído esto porque eres la única persona en el mundo en quien puedo confiar con ello. Y porque, si tengo que elegir, quiero hacerlo con todos los datos delante. Todos. Incluso los que duelen.

Elena no contestó. Cogió la unidad con dos dedos, con una delicadeza infinita, y la sostuvo un momento contra el pecho. Después, despacio, se la devolvió.

—Guárdala tú —dijo—. Yo no puedo tenerla. Si Smith me interroga, no sabré mentir.

Rob la guardó.

La puerta se abrió una rendija. Hale asomó la cabeza.

—Se acabó el tiempo.

Elena se pasó las manos por la cara, se alisó el suéter, se recogió el pelo. En cuestión de segundos recuperó la compostura de la directora científica, la mirada firme, la espalda erguida. Pero al llegar a la puerta se detuvo y se volvió hacia Rob.

—Una cosa —dijo—. Cuando decidas, no me lo digas antes. Si es lo que creo que es, quiero seguir siendo la madre de Ada unos días más.

Salió. Rob se quedó solo, bajo la luz roja, frente al reloj que marcaba una hora que ya nadie vivía. Pasaron unos segundos. Entonces, en el bolsillo interior de la chaqueta, junto al cuaderno, el teléfono de Smith empezó a vibrar.

Nadie tenía ese número salvo Smith y una mujer a quien se lo había escrito el viernes, con letra apresurada, al dorso de una hoja impresa.

Contestó. Del otro lado no hubo palabras al principio, solo una respiración entrecortada, y después una voz que él habría reconocido en cualquier mundo:

—Rob. —Claire se atragantó—. Tinta se ha ido.

CAPÍTULO 21

Tinta

◆

Hablaron durante cinco horas.

Rob no volvió a la habitación, ni salió a buscar a Hale, ni pensó en lo que haría Smith si descubría que estaba usando el teléfono que le había dado como una cuerda de salvamento. Se sentó en el suelo de la antigua sala de control, bajo el reloj de las 3:17, con la espalda contra una consola y el aparato pegado a la oreja, y escuchó. Claire hablaba a trozos, con largos silencios que él no intentaba llenar. Le contó que Tinta era una gata negra, pequeña, de ojos verdes, que había aparecido en su portal hacía siete años, flaca y asustada, y que se había quedado sin que ninguna de las dos hubiera tomado una decisión. Le contó que dormía en la almohada, que la despertaba a las seis con una pata en la nariz, que se enroscaba en su regazo cada noche mientras ella leía en el sofá.

—Estaba ahí —dijo—. Hace una hora. Yo tenía un libro abierto, y ella estaba encima, caliente, con el ronroneo ese que se nota en las costillas. Y de pronto… —La voz se le deshizo—. No pesaba. Eso fue lo primero. Dejó de pesar. Como si alguien le hubiera ido restando kilos de a poco. Y miré hacia abajo, y vi que se estaba poniendo transparente. No transparente, Rob. Intermitente. Como esas ratas del noticiero. Estaba y no estaba. Y yo la agarré. La sujeté con las dos manos, y se me escurrió entre los dedos sin hacer ruido.

—Lo siento.

—No hubo ruido. Ni siquiera un maullido. —Respiró hondo, temblorosa—. Llevo una hora sentada en el suelo de la cocina, con el libro abierto sobre las rodillas, esperando que vuelva.

—No va a volver.

—Lo sé.

—Voy a ir.

—No puede. Está lejos.

—Voy a ir.

. . .

Hale lo esperaba al amanecer junto a una puerta lateral de la base, con una gorra calada y un termo de café. No hizo preguntas. Le dijo que a las seis salía un avión de suministros hacia el norte de California, que había un asiento libre y que el piloto no solía fijarse en las caras. Rob aceptó el termo sin darle las gracias. En la pista, bajo un cielo de color acero, el comandante lo agarró un momento del brazo.

—Vuelva el martes por la noche. Smith ha convocado una reunión para el miércoles. Si no está, sospechará.

—Volveré.

—Y doctor. —Hale lo soltó—. Dígale a esa mujer que lo siento por su gata. Yo sé lo que es.

. . .

Llegó a San José a las once de la mañana. Alquiló un auto con la tarjeta que Smith le había dado, condujo hasta la calle Hawthorne y estacionó a media manzana, donde había estacionado tantas veces antes de que todo se rompiera. No se acercó enseguida. Se quedó dentro del vehículo mirando la casa gris, los helechos, el cartel de la rata. Después abrió la puerta.

Claire abrió antes de que él llamara.

Estaba despeinada, con un suéter de lana que le quedaba grande y los ojos hinchados. Llevaba descalzos los pies. Lo miró un momento sin decir nada, como si le costara reconocerlo, y se apartó para dejarlo pasar.

Era la primera vez que Rob entraba en la casa en aquel mundo.

Lo asaltó una extrañeza difícil de nombrar. Las paredes eran otras, de un verde apagado donde antes habían sido blancas. Los muebles, oscuros, pesados, de otra generación. En vez de los estantes con tarros de pigmento, una larga mesa cubierta de legajos y carpetas con etiquetas. Pero la luz que entraba por la ventana de la cocina seguía formando el mismo rectángulo pálido sobre las baldosas, y en el aire flotaba, apenas, un olor a lavanda que no podía venir de ninguna planta del jardín.

—Siéntese —dijo Claire.

Rob se sentó a la mesa de la cocina. Ella puso agua a hervir, sacó dos tazas, las dejó sobre la encimera sin llenarlas. En la silla junto a la ventana había un cojín oscuro, hundido en el centro, con un pelo largo y negro todavía pegado a la tela. Claire lo miró, apartó los ojos, volvió a mirarlo.

—Quítelo, por favor —pidió.

Rob se levantó y se llevó el cojín al salón. Cuando volvió, ella tenía las manos apoyadas en el borde de la encimera y la cabeza gacha.

—No se lo he contado a nadie —dijo—. No tenía a quién. Mi madre se pondría a llorar y mi jefe me mandaría al médico. —Hizo una pausa—. Usted es la única persona que sabe qué está pasando. Y yo no sé nada.

—Le voy a contar todo.

—Todo.

—Todo.

Y se lo contó.

Fue una narración larga, ordenada, sin saltos, la de quien por fin se permite decir las cosas por su nombre. Empezó por el laboratorio de Palo Alto, la secuencia treinta y dos, el contrato que había firmado sin leer del todo. Le habló de Groom Lake, del anillo, del diccionario de latín que desaparecía y volvía, del ratón dentro de una caja con una etiqueta. Le habló del apagón y del hombre que no se había movido. Del aeropuerto. De la mujer que le había cerrado la puerta. De los picos que se acortaban un uno por ciento cada vez, y

de la suma de esos intervalos, que llegaba a un punto concreto, dentro de once días y medio.

—¿Y qué pasa ese día?

—No lo sé. Puede que el mundo se estabilice con las ratas, los gatos desaparecidos y los pájaros que ya no están. O puede que todo lo que está fuera de fase deje de estar. —Rob se pasó las manos por la cara—. Elena cree que es lo segundo. Yo también.

—¿Incluyendo a las personas?

—No lo sé.

Claire dejó caer la cabeza. Un largo silencio. Después preguntó, con la voz muy tranquila:

—¿Y qué se puede hacer?

Rob respiró hondo.

—Cerrarlo. Con una copia exacta del pulso original, que yo tengo, se puede hacer que el ratón no llegue. Hay que enviar a alguien a 1962, a esa noche, y volver a producir el desplazamiento desde el otro lado. Si se hace bien, el ratón no cruza. No hay cría. No hay ratas. No hay Silencio. —Se detuvo—. No hay Lorna con una caja de zapatos.

—Y no hay yo.

—No lo sé.

—Sí lo sabe.

—Sí. —Rob la miró—. No lo sé con certeza, pero lo creo. Creo que si el ratón no llega, su madre vive otra vida, y usted no nace. O nace otra. O nace en un mundo donde tiene otro nombre. No hay manera de saberlo.

Claire se quedó muy quieta. Había en su rostro una serenidad que no era resignación y tampoco coraje, sino algo más antiguo, más inmóvil, como una piedra que ha recibido muchos golpes y ha aprendido a no partirse.

—¿Ha decidido hacerlo?

—No.

—¿Por qué me lo cuenta, entonces?

—Porque usted me lo preguntó. Y porque…

—No me diga que porque me lo debe.

—No. —Rob negó con la cabeza—. Se lo digo porque es la única persona a la que no quiero mentir.

Ella lo miró. Una mirada larga, tan profunda que él tuvo que hacer un esfuerzo para sostenerla.

—Si lo hace —dijo Claire por fin—, no quiero enterarme después. Quiero saberlo antes.

—Claire…

—Escúcheme. —Se enderezó—. Yo no pedí existir. Nadie lo pide. Pero ahora que existo, tengo una vida, una casa, una gata que se ha ido y una madre que me espera en Reno. No quiero que me borren. No voy a fingir una grandeza que no tengo. —La voz le tembló, y la sostuvo—. Pero tampoco quiero ser la razón de que haya niños que nunca han visto un pájaro. No puedo ser ambas cosas. Y no sé cuál de las dos soy.

—Nadie lo sabe.

—Por eso le pido una cosa. Una sola. —Dio un paso hacia él—. Si lo hace, dígame cuándo. Dígame el día. Déjeme un día entero. No para despedirme de usted. Para saber que se acaba, y vivirlo despierta.

Rob sintió que algo se le desgarraba por dentro.

—Se lo prometo.

—Dígame que no es una frase.

—No lo es.

—Bien.

Se quedaron un momento en silencio, de pie, a medio metro, en aquella cocina que no era la suya y que sí lo era, bajo la luz pálida de las once y media. La tetera empezó a silbar. Claire se volvió para retirarla del fuego y, al hacerlo, soltó un resoplido corto, casi imperceptible, y se pasó el dorso de la mano por la nariz.

—Qué desastre —murmuró—. Qué desastre de mañana. Tengo la cara como un tomate y le estoy sirviendo té a un hombre que dice que viene de otro mundo, con el pelo de mi gata en el cojín y… —Se interrumpió.

Se rio.

Fue una risa pequeña, involuntaria, un golpe de aire por la nariz y una vibración en la garganta, corta, breve, que subía al final como una pregunta. Una risa descarada, casi indecente en aquel día, en aquella cocina, un fogonazo de vida entre dos duelos.

A Rob se le cortó el aire.

La conocía. La había buscado durante cuatro días en un cuaderno, anotando *risa corta, sube al final*, sabiendo que una descripción no era una voz. Y allí estaba, intacta, en una mujer que no la había heredado de nadie, que no la había aprendido en ninguna parte, que la tenía desde siempre, por razones que ningún cálculo habría podido explicar.

—¿Qué ocurre? —preguntó Claire, volviéndose, todavía con una sombra de sonrisa en la boca.

—Nada.

—Se le ha puesto una cara muy rara.

—Es que… —Rob no pudo continuar. Se tapó los ojos con una mano. Durante un instante, el temblor lo recorrió entero, y ella, sin decir una palabra, dejó la tetera sobre la encimera y se acercó. No lo abrazó. Le puso una mano sobre el hombro, ligera, y la dejó allí, como se pone una piedra sobre un papel para que no se lo lleve el viento.

—Ya está —dijo—. Ya está.

Rob lloró despacio, sin ruido, durante un tiempo que no supo medir. Cuando se serenó, Claire le sirvió el té y se sentó frente a él, y estuvieron un rato bebiendo en silencio, mirando por la ventana el jardín cubierto de hiedra donde ningún pájaro se había posado nunca.

Antes de que él se marchara, ella le dio una bolsa de papel con un sándwich. Se lo dio sin mirarlo, con una vergüenza inexplicable.

—Para el viaje —dijo—. No coma esas cosas del avión. Son un veneno.

—Gracias.

—Y Rob.

Él se volvió en el umbral.

—Sé lo que tiene que hacer. No sé cómo lo sé. Pero lo sé. —Hizo una pausa—. Sea lo que sea, hágalo bien.

Salió. El cielo, sobre la calle, seguía vacío. Rob caminó hasta el auto con la bolsa en la mano y el cuaderno negro latiéndole contra el pecho. Al abrir la puerta se detuvo un instante. Sobre la acera, a pocos metros, algo se movía: una rata blanca, quieta, con las patas delanteras recogidas sobre el pecho, que lo miraba sin pestañear.

Parpadeó. Y no volvió.

CAPÍTULO 22

Una coma

◆

La reunión se celebró el miércoles a las cuatro de la tarde, en la sala de conferencias del último piso, y desde el primer momento Rob supo que no iba a ser una reunión.

Había una mesa larga, de madera clara, con cinco sillas. En el extremo opuesto a la puerta, bajo una pantalla apagada, se sentaba Arthur Smith con las manos juntas sobre el tablero, sin carpetas, sin tableta, sin ninguno de los objetos con que se disimula la inquietud. A su derecha estaba Elena, rígida, con la bata blanca abotonada hasta el cuello y la vista fija en un punto indefinido de la pared. A su izquierda, de pie junto a la ventana, el comandante Hale, con los brazos cruzados y el rostro tan liso que parecía tallado. Y frente a ellos, en la silla vacía que le habían reservado, esperaba Rob.

Se sentó. Nadie lo saludó.

Por los ventanales se veía la llanura, rojiza y desnuda, bajo un cielo sin una nube. Más allá del perímetro, las montañas dibujaban una línea irregular que parecía recortada con tijeras. Rob lo contempló un momento. Había algo extraño en el paisaje, algo que no lograba identificar, una calidad de inmovilidad excesiva. Tardó en comprenderlo: faltaban los pequeños puntos oscuros que, a lo lejos, habían rondado el recinto desde el primer día. Los coyotes. Esa mañana, a primera hora, un técnico había comentado que no se oía ninguno desde la víspera.

—Gracias por venir, doctor —dijo Smith—. Les he pedido a los tres que se reúnan conmigo porque creo que ya no necesitamos fingir.

Nadie contestó.

—Empezaré por lo más sencillo. —Smith volvió la cabeza hacia Elena—. Doctora Ward, sé que usted recuerda el mundo anterior. Lo sé desde la primera noche. No se lo he reprochado ni se lo reprocharé. Es una reacción comprensible en una persona con una hija de seis años.

Elena no se movió. Solo se le tensó la mandíbula.

—No intente negarlo —prosiguió Smith con suavidad—. Hace una semana estuvo a punto de hacerlo, delante de mí, y le temblaban las manos. Si hubiera sido capaz de mentirme con la misma facilidad con que le miente a los demás, habría sido una espía excelente.

—Señor Smith —dijo Hale.

—Usted también, comandante. —Smith ni siquiera lo miró—. Entre usted y yo hay una diferencia de grado, no de naturaleza. Me mintió sobre el taller de Sacramento. Me mintió

sobre la visita a Reno. Y me mintió, hace tres noches, cuando dijo que se había quedado dormido en la garita. Lo dejé hacer. Quería ver adónde lo llevaba.

Hale no respondió. Rob lo vio apretar los puños a la altura de los bíceps, un movimiento casi imperceptible.

—¿Y ahora? —preguntó el comandante.

—Ahora sigue en su puesto. Porque el Programa lo necesita. Y porque usted, en el fondo, es un hombre leal. —Smith hizo una pausa—. A su manera.

Se volvió hacia Rob.

—Doctor Sayer. Usted y yo hemos jugado a un juego muy largo. Me dijo que no tenía ningún registro independiente del pulso. Yo le dije que era una lástima. Los dos sabíamos que ninguna de esas frases era verdad. —Sonrió—. Eso nos honra a ambos.

Rob mantuvo la expresión inmóvil. Bajo la mesa, sus dedos buscaron a través de la tela el pequeño bulto de la unidad negra.

—¿Qué quiere?

—Que me escuche.

Smith se levantó. Caminó hasta la ventana, se detuvo ante el cristal, de espaldas a ellos, y habló con una voz tan serena que parecía dirigirse a sí mismo.

—Nací en 1966. Mi padre era cerrajero, mi madre limpiaba oficinas. Estudié con becas. A los veintidós años me casé con una mujer llamada Anne, que era enfermera. A los veinticuatro tuvimos una hija. —Se detuvo—. Se llamaba Julia.

La sala quedó en silencio. Rob sintió que el estómago se le contraía.

—Tenía los ojos de su madre y el carácter de mi padre. Era terca. Era graciosa. Cantaba mal y no le importaba. A los siete años decía que quería ser veterinaria. —Smith apoyó la frente un instante en el cristal—. En octubre de 1997 se cayó de un árbol y se rompió una pierna. Una fractura sencilla. La operaron un martes. El jueves la dieron de alta con una receta de analgésicos.

Nadie se movió.

—El residente que redactó la receta escribió la dosis a mano. Cero coma cinco. Medio gramo cada ocho horas. Pero la letra era mala, y la coma quedó entre dos líneas del papel, desplazada un milímetro. El farmacéutico leyó cinco. —Smith giró lentamente—. Cinco gramos. Cada ocho horas.

Rob cerró los ojos.

—Mi hija murió el domingo, a las cuatro y diez de la madrugada. Tardaron dos días en descubrir la causa. Una coma, doctor. Una coma desplazada un milímetro en una receta de un hospital de San Francisco. El residente lloró en mi despacho. El farmacéutico se suicidó al mes siguiente. Mi esposa no volvió a hablarme.

Elena se había llevado una mano a la boca. Hale miraba al suelo.

—He hecho tres fortunas desde entonces —continuó Smith—. He fundado compañías, he comprado políticos, he financiado hospitales y universidades. Y todo el tiempo he estado buscando lo mismo. Una forma de volver. —Dio un paso hacia la mesa—. Cuando leí sus trabajos, doctor, supe que la había encontrado.

—Usted sabía de mis trabajos antes de que Helix Meridian cerrara.

—Siempre los leí.

—Y financió el cierre.

—Facilité una transición. —Smith ladeó la cabeza—. No necesitaba destruir su laboratorio. Solo necesitaba trasladarlo.

Rob se levantó despacio.

—Quiere cambiar el pasado.

—Quiero mover una coma.

—Es lo mismo.

—No. —Smith lo miró fijamente—. Es exactamente lo contrario. No pretendo reescribir la historia. No voy a evitar guerras, ni a salvar presidentes, ni a impedir catástrofes. Voy a volver a un hospital, en una noche de octubre de 1997, y a colocar una coma en su sitio. Nada más. Un milímetro de tinta.

—Un ratón tampoco iba a cambiar nada.

La frase cayó en la sala como una piedra en un estanque. Smith no se inmutó.

—El ratón fue un accidente. No una elección.

—Fue una consecuencia.

—Fue un error de cálculo. Que no repetiré. —Smith volvió a sentarse. Entrelazó los dedos—. Doctor, usted conoce la forma de controlar el régimen inverso. La relación entre pulso lento y potencia extrema. La doctora Ward sabe el modelo, pero usted sabe el truco. Y en esa unidad que lleva en el bolsillo hay una firma que nos permitirá ajustar la distancia al día, quizá a la hora. No quiero volver sesenta años. Quiero volver veintinueve. Con una precisión que no admita errores.

—Para eso necesita la unidad.

—Exactamente.

—Y yo no se la voy a dar.

—Sí se la dará. —Smith sonrió con una suavidad espantosa—. Porque su amigo de Sacramento está pasando unos días en una de mis instalaciones.

Rob no pudo respirar.

—¿Qué?

—El señor Moreau es un hombre inteligente y educado. Se encuentra cómodo. Está bien alimentado. Nadie le ha puesto una mano encima. —Smith levantó una mano, tranquilizador—. Lo recogieron el domingo por la noche, cuando volvía a su casa de cenar con unos amigos. Estuvimos conversando un buen rato. Es una persona de gran curiosidad.

—Si le ha hecho daño…

—No se lo he hecho. No hace falta. Un hombre como él confía en la razón, y la razón es una herramienta magnífica para quien sabe usarla. —Smith se inclinó ligeramente—. Me confirmó que usted había estado en su taller. Me confirmó que le había traído un aparato. Me confirmó que de ese aparato se habían extraído dos copias. No me quiso decir dónde está la suya. No importa. Me basta con la de usted.

Rob miró a Elena. Ella tenía la cabeza gacha, los hombros hundidos, el rostro pálido como la cera. Había comprendido lo que ocurría antes que él. Y sabía, sin que nadie se lo dijera, que había una tercera persona en la sala, invisible, que no se llamaba Daniel: una niña de seis años que dibujaba pájaros.

—No lo voy a hacer —dijo Rob, con la voz rota.

—Sí, doctor. Lo hará. —Smith se puso de pie—. El ensayo se realizará mañana a las 3:17. Es la hora del primer pulso. Me parece apropiado. A las seis de esta tarde espero que me entregue la unidad en este mismo despacho. Si lo hace, el señor Moreau volverá a su casa a la mañana siguiente, con una disculpa sincera y una indemnización generosa. Si no lo hace…

No terminó. No hacía falta.

—Es un chantaje.

—Es una oferta. —Smith se dirigió a la puerta—. Recuerde que usted me debe una explicación, doctor. Yo conozco mejor que nadie el precio de una coma mal puesta. Y usted conoce mejor que nadie lo que cuesta un ratón. Quizá podríamos compararlos.

Abrió la puerta. Se detuvo.

—Comandante Hale. Acompáñeme.

Hale lo miró. Después, sin una palabra, se desprendió de la ventana y salió tras él. El portazo fue suave, casi cortés.

Rob y Elena se quedaron solos.

Durante un minuto, o dos, ninguno habló. En el exterior, a través de los ventanales, el sol empezaba a declinar y teñía las montañas de un naranja ceniciento. Rob se dio cuenta de que le temblaban las manos. Se las metió en los bolsillos.

—Lo sabía —dijo Elena al fin, en voz muy baja—. Desde la primera noche. Sabía que yo recordaba. Y me dejó seguir.

—Quería usarte.

—Quería usarnos. —Se volvió hacia él. Tenía los ojos enrojecidos, pero secos—. Rob, yo puedo falsificar una firma. Sé cómo hacerlo. Si le entregamos una copia manipulada… una que parezca idéntica, pero que lo envíe un poco más lejos, o un poco más cerca, o a otro lado…

—Smith se daría cuenta.

—No si la modificación es lo bastante sutil. —La mente de Elena trabajaba a velocidad, y él lo vio en la rapidez de su mirada—. No se daría cuenta hasta el momento del disparo. Y entonces ya sería tarde.

—Lo enviarías a otro tiempo.

—O a ningún tiempo.

Rob la miró. Ella sostuvo su mirada.

—No quiero matar a nadie —dijo—. Pero tampoco quiero que ese hombre toque nada más. Ni el pasado, ni mi hija, ni el tuyo. —Respiró hondo—. Pero para eso necesitaría la unidad. Y tendría que decidirlo ahora.

—Tengo que pensar.

—No tienes tiempo.

—Lo sé. —Rob se apartó de la mesa—. Dame una hora. Solo una hora. Después te contesto.

. . .

Salió al pasillo. No sabía adónde ir. Caminó hasta una ventana al fondo del corredor y se detuvo allí, con las manos en el alféizar, mirando el desierto. La luz era cada vez más rojiza. En algún lugar, lejos, en las montañas, debía de haber coyotes que aullaban a la tarde;

siempre los había habido; su canto había sido, durante semanas, el único sonido vivo del lugar.

Aquel día no aulló ninguno.

Rob esperó. Esperó unos minutos, con la frente casi tocando el cristal, escuchando un silencio que ya no era el de la noche ni el del desierto, sino el de un mundo que iba vaciándose por los bordes, animal por animal, nombre por nombre, y que quizá, al final de ese proceso, quedaría reducido a un cuarto con cuatro paredes, una mesa y un reloj parado.

Se acordó de Claire, de su risa corta, de la cara que había puesto al decirle *quiero un día entero*. Se acordó de Lorna, de la hoja con la letra de Ray Dunne. Se acordó de Daniel, de su cuaderno, de sus uves como pequeñas copas.

Faltaban once horas para el ensayo.

Y por primera vez desde que había aterrizado bajo un cielo sin pájaros, Rob Sayer tuvo una idea.

PARTE IV

El precio

◆

CAPÍTULO 23

El voluntario

◆

Rob no esperó la hora. Esperó nueve minutos.

Lo que había tenido en el corredor, junto a la ventana, no era un plan sino la forma de un plan: una intuición con los bordes todavía borrosos, que tardó en completarse mientras él miraba el desierto sin un solo coyote. Pero esos nueve minutos bastaron para ver la parte que no admitía dudas. Si Smith quería la unidad, se la daría. No había otra manera de sacar a Daniel de donde estaba. Pero antes de dársela, la unidad tenía que estar también en otro sitio.

Encontró a Elena en su laboratorio, en la planta baja del ala este, sentada ante una consola con las manos quietas sobre el teclado y la mirada clavada en una pantalla apagada. Había en el recinto un silencio de cuarto de hospital. Cuando él cerró la puerta, ella no se volvió.

—Lo has pensado —dijo.

—Necesito dos minutos con tu computadora.

—Hay cámaras.

—No en esta sala. Hale las desactivó a las tres. —Rob puso la unidad negra sobre la mesa—. Quiero que copies el contenido en algo que Smith no pueda encontrar. Algo que no parezca lo que es.

Elena lo miró por fin. Había en sus ojos una pregunta que no se atrevía a formular, y Rob la dejó sin respuesta, porque todavía no la tenía entera. Ella conectó la unidad, abrió un editor de texto y empezó a teclear con los dedos rápidos y precisos que él conocía de memoria. En la pantalla pasaron columnas de cifras. Tardó cuarenta segundos en volcar el fichero y cuarenta más en fragmentarlo, cifrarlo y repartirlo en tres archivos con nombres de calibraciones antiguas. Metió dos en el servidor central, entre decenas de miles de registros idénticos. El tercero lo guardó en una tarjeta diminuta que se sacó del bolsillo de la bata, de las que se usan en las cámaras de fotos, y que se pasó por la manga, sin mirarlo, como quien esconde un pañuelo.

—Eso es todo —dijo.

—¿Lo recuperarías?

—En diez minutos, aunque me quemen el edificio.

Rob retiró la unidad. Le quedó un instante en la mano, tibia, ligera, tan pequeña que costaba creer que contuviera el paso de un ratón a través de sesenta y cuatro años. La guardó en el bolsillo.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Elena.

—Algo que Smith no espera.

—No me gusta que no me lo digas.

—Todavía no lo sé del todo. —Rob sonrió, sin alegría—. Pero hay una cosa que sé. Hace dos semanas habría pasado un mes pensando la mejor forma de no equivocarme. Ahora no tengo un mes.

Elena asintió con lentitud. Había recuperado algo de la firmeza que lo había asustado en la sala del reloj, una dureza silenciosa, la de quien ha decidido atravesar un puente sin mirar el agua.

—Ve —dijo—. Yo estaré donde me necesites.

. . .

A las cinco y media Rob llamó a la puerta del despacho de Smith.

Nadie respondió. Entró de todos modos. El hombre estaba sentado tras el escritorio, con las manos sobre la madera y la vista fija en la pantalla gigantesca de la pared, donde un mapa de intensidad de campo ardía en tonos amarillos y rojos. A su lado, de pie, un asistente de gris sostenía una tableta. Smith levantó la mano sin mirarlo, y el asistente salió.

—Doctor Sayer. Faltan treinta minutos.

—Lo sé.

—Imagino que ha venido a entregarme la unidad.

—Sí. —Rob sacó el estuche negro del bolsillo y lo dejó sobre el escritorio, entre ambos —. Pero antes quiero hacerle una propuesta.

Smith lo miró con una curiosidad auténtica, la de un jugador de ajedrez al que el adversario acaba de ofrecer una jugada que no figuraba en ningún libro.

—Le escucho.

—Usted quiere volver veintinueve años. Una distancia enorme, para una máquina que solo ha enviado un ratón, y que lo hizo por accidente. No sabemos si el control es tan fino como usted cree. No sabemos si la firma se puede escalar. Ni siquiera sabemos si el viaje es de ida y vuelta.

—Esas incertidumbres no me han impedido llegar hasta aquí.

—Ya lo sé. Pero hay una manera de reducirlas. —Rob dio un paso hacia el escritorio —. Una prueba previa. Con un sujeto humano. En una distancia que conozco y con un punto de llegada que puedo verificar. Si funciona, usted sabrá que el pulso responde a lo que le pide. Si no funciona, habrá perdido a un físico en lugar de a sí mismo.

Smith se quedó muy quieto.

—Se está ofreciendo.

—Sí.

—Para ir a 1962.

—Para ir a 1962.

—¿Por qué?

Rob esperaba la pregunta. Había ensayado la respuesta en el corredor y, al pronunciarla, descubrió que era verdad.

—Porque quiero ver con mis propios ojos qué ocurrió aquella noche. Porque hay una familia en Reno cuya historia depende de ese ratón, y quiero saber si podemos tocarla sin destruirla. Porque no confío en que nadie, ni siquiera usted, pueda decidir sin haber estado allí. —Hizo una pausa—. Y porque si me equivoco, usted no tiene nada que perder.

—Salvo la firma.

—La firma ya la tiene.

Smith sonrió, despacio.

—Es usted un hombre más peligroso de lo que parece.

—Eso me han dicho.

—¿Qué ganaría usted con esto, doctor? Dígamelo con franqueza.

—Ganaría información. —Rob se obligó a sostener la mirada—. Y la oportunidad de volver con datos que no tiene nadie. Eso me sirve a mí y le sirve a usted. Tendrá la prueba de que el sistema funciona antes de arriesgar su propia vida. Le aseguro que no vale la pena morir de una coma si se puede evitar morir de un error de cálculo.

La alusión fue deliberada. Rob la vio caer en el rostro de Smith como una gota de ácido sobre un metal. Pero el hombre no se inmutó. Solo se reclinó en el sillón y juntó las yemas de los dedos, y durante un largo minuto contempló a Rob con una atención de naturalista.

—Tendría que ser mañana —dijo al fin—. A las 3:17.

—De acuerdo.

—Con el régimen inverso, potencia máxima, pulso lento. La firma ajustada a la distancia exacta de sesenta y cuatro años, menos seis horas. —Hizo un cálculo rápido de memoria—. Llegaría a la noche del dieciséis de octubre, hacia las nueve y cuarto. Tendría seis horas.

—Para llegar a la hondonada y esperar.

—Y a las 9:17 de la mañana, hora de aquí, la doctora Ward dispararía el pulso inverso. Esa sería su vuelta.

—Seis horas allí, seis horas aquí.

—Exacto. —Smith se inclinó—. Y tendría que estar usted en el punto de salida en el momento del disparo, con precisión de segundos. Si no está, no regresa.

—Lo sé.

—¿Y si el pulso lo trae de vuelta a otro lugar?

—Es un riesgo que acepto.

—Es un riesgo que acepta con una ligereza que me parece sospechosa. —Smith ladeó la cabeza—. Dígame, doctor. ¿Se propone cerrar el ratón?

Rob mantuvo el rostro inmóvil. Había previsto la pregunta, y por eso mismo, cuando llegó, le dio una sensación casi de alivio.

—Me propongo comprobar si se puede.

—Es lo mismo.

—No. Si se cierra, el mundo vuelve a ser el que era. Su programa desaparece. Su anillo, tal como lo conoce, desaparece. Pero usted sigue teniendo la máquina del laboratorio original, la firma que ya ha copiado, mi cooperación y la de la doctora Ward. Con ese equipo puede llegar a 1997 dentro de un año. Con más seguridad que ahora. —Rob se obligó a hablar despacio—. Yo se lo he dicho. Usted lo sabe. No tiene nada que perder.

Smith se quedó mirándolo. El silencio duró tanto que Rob oyó el zumbido tenue de los ventiladores en la pared. Al cabo de un tiempo, el hombre soltó el aire por la nariz, en algo parecido a una risa.

—Es notable —murmuró—. Es una jugada de una elegancia admirable. Me ofrece la única cosa que no puedo rechazar, que es la oportunidad de que me haga el trabajo sucio. Y de paso se queda con el mundo que quiere. —Sacudió la cabeza—. Hay que reconocer que lo ha pensado bien.

—¿Acepta?

—Acepto. Con condiciones.

—Dígalas.

—La primera: la unidad queda aquí. —Tocó con un dedo el estuche negro—. La segunda: el señor Moreau sale en libertad en cuanto usted regrese. No antes. La tercera: el comandante Hale supervisará la seguridad del anillo con mis hombres, y la doctora Ward se hará cargo de los disparos bajo mi vigilancia. —Hizo una pausa—. Y la cuarta, doctor.

—¿Cuál?

—Si no regresa, usaré la máquina como estaba previsto. Sin usted y sin su permiso. Y la firma, aunque sea una copia, servirá para lo que yo necesite. —Sonrió con la calma de siempre—. ¿Le parece justo?

—Me parece inevitable.

—Es la misma cosa.

Rob tomó aire. Bajo la mesa, sus dedos se cerraron un instante sobre el borde de la silla.

—Hay una quinta condición, que es mía.

Smith alzó una ceja.

—Quiero ver a Daniel Moreau antes de partir. Cinco minutos. Para saber que está bien.

El hombre lo estudió.

—Hecho —dijo—. Hale lo acompañará. A las diez de la noche.

—Gracias.

—No me las dé. —Smith se levantó, tomó el estuche negro y lo sopesó un instante en la palma, como si midiera su peso. Después lo guardó en el bolsillo interior de su chaqueta —. En el fondo, doctor Sayer, usted y yo no somos muy distintos. Los dos hemos perdido algo y estamos dispuestos a atravesar el tiempo para recuperarlo. La única diferencia es que usted quiere recuperar un mundo, y yo solo quiero recuperar a una niña.

—Esa no es la única diferencia.

—¿No?

—Yo estoy dispuesto a que me cueste.

Smith lo miró fijamente. En sus ojos pasó algo que Rob no supo identificar, una sombra rápida, casi una duda. Después sonrió.

—Eso lo veremos mañana —dijo.

Rob salió sin decir nada. En el pasillo se detuvo, con la espalda contra la pared, y se tocó el bolsillo vacío donde un momento antes había estado la unidad. Le temblaban los dedos. Había hecho lo que tenía que hacer. Le había dado a Smith exactamente lo que quería, y lo había hecho sabiendo que cada palabra que había dicho era verdad y que, a la vez, ninguna lo era del todo.

Una cosa, sin embargo, no había dicho. Una cosa que Elena había descubierto aquella misma tarde, en una sala sin cámaras, mientras fragmentaba un fichero en tres: que el pulso inverso no devolvía nada por sí solo. Que, para cerrar el pasado, hacían falta dos puntas. Y que la segunda no era una máquina.

Era un hombre con un ratón en las manos.

CAPÍTULO 24

Lo que Daniel eligió

El edificio donde retenían a Daniel se llamaba, en los papeles del Programa, *Alojamiento de Huéspedes*, y era el nombre más piadoso que Rob había oído para una celda.

Estaba al otro extremo del complejo, pasada la zona de mantenimiento, en un bloque bajo de hormigón con ventanas enrejadas y una puerta de acero pintada de beige. Hale caminó delante, con el paso corto de quien no quiere llamar la atención, y mostró su credencial a dos guardias que se hicieron a un lado sin preguntar. Cruzaron un corredor largo, de iluminación blanda, que olía a lejía. Al fondo, ante una puerta numerada, el comandante se detuvo.

—Cinco minutos —dijo, en voz baja—. Y no diga nada que no pueda oír un micrófono.

—¿Hay micrófonos?

—Todos los que usted quiera. Menos en mi bolsillo. —Hale sacó una llave y abrió—. Entre.

La habitación era cómoda. Rob no se lo esperaba. Había una cama con una manta de lana, una mesa, dos sillas, un estante con libros técnicos y una lámpara de lectura que proyectaba un círculo cálido sobre las tapas de un manual de electrónica. Daniel estaba sentado a la mesa, con los anteojos sobre la nariz y un lápiz entre los dedos, anotando algo en los márgenes de un diagrama. Llevaba la misma camisa del taller, arrugada y limpia. Cuando oyó la cerradura levantó la cabeza y lo miró con una expresión curiosa, casi educada.

—Pensé que no vendrías —dijo.

—Siento mucho esto.

—Dejé de sentirlo el segundo día. —Daniel dejó el lápiz—. Me han tratado mejor que mi casero. Hay una cocinera que hace unos guisos extraordinarios. Y puedo leer. No sé qué más se puede pedir a un secuestro.

Rob se sentó frente a él. Notó que le temblaban las rodillas y las apoyó contra el borde de la mesa.

—Smith sabe que tienes una copia.

—Sabe que existe. No sabe dónde. —Daniel esbozó una sonrisa—. Está en un sitio tan estúpido que ni usted lo adivinaría.

—No quiero adivinarlo.

—Mejor.

Hale se quedó junto a la puerta, de espaldas, con las manos detrás. Había cerrado con llave por dentro. Rob lo vio fijar la vista en un punto indeterminado de la pared, con la rigidez de un hombre que ha decidido no oír lo que va a oír.

—Mañana a las tres y diecisiete —dijo Rob— voy a hacer una cosa que probablemente no volverá a hacerse. Y necesito que estés en la sala de control cuando ocurra.

—¿Yo?

—Hale va a pedirle a Smith que te permita verificar la integridad de la firma. Tiene sentido: eres el único que conoce el aparato. Smith aceptará. Querrá dos pares de ojos, uno de ellos independiente. —Rob hizo una pausa—. Es lo único que no sabe que necesita.

—¿Y qué tengo que hacer?

—Vigilar. A Elena, a la máquina y a él.

Daniel lo miró en silencio un largo momento. Se quitó los anteojos, los limpió con el borde de la camisa, volvió a ponérselos.

—Usted no me ha dicho la verdad.

—No toda.

—Quiero saberla.

—No te va a gustar.

—No me lo dijo el sábado, tampoco. Pero volvió. Y vino a ver si estaba vivo. Eso ya es más de lo que me ha dado nadie en años. —Daniel apoyó los codos en la mesa—. Si va a pedirme que confíe en usted, empiece por confiar en mí.

Rob miró a Hale. El comandante no se volvió. Con un movimiento de los hombros, apenas perceptible, le indicó que hiciera lo que quisiera.

—Está bien —dijo Rob.

Se lo contó. No todo, no con el detalle con que se lo había contado a Claire. Le dio lo imprescindible: un laboratorio en Palo Alto, una secuencia, una noche, un ratón. Un mundo que existía y otro que había ocupado su lugar. Le habló de los pájaros y de los gatos, de las ratas blancas que parpadeaban. Le habló del reloj y de la suma que llegaba a cero. Y después, con más cuidado, como quien levanta una pieza de cristal, le habló de él.

—En el otro mundo tú trabajabas conmigo. Eras el ingeniero de instrumentación. El mejor que he conocido. Cuando Smith nos ofreció trasladar el laboratorio, te negaste a firmar. —Rob lo miró—. Te negaste porque en la cláusula 17.4 no sabías quién te restringía los movimientos, y porque tu padre se estaba muriendo en Sacramento.

Daniel no se movió.

—Me regalaste el registrador esa tarde. Me lo prestaste. Me dijiste: «Llévate uno que no sea de ellos». —Rob tragó saliva—. No sabes cuántas veces he pensado en esa frase.

El silencio se hizo denso. La lámpara zumbaba. A través de las paredes llegaba, muy lejano, el rumor de un generador.

—Mi padre está vivo —dijo Daniel al fin, con la voz muy baja—. Tiene sesenta y nueve años. Juega al golf los domingos. Se cae de bruces en los búnkeres y se ríe.

—Lo sé. Lo vi en una foto de tu taller.

—Usted dice que en el otro mundo se estaba muriendo.

—Un cáncer. Estaba en un hospital de Sacramento cuando nos fuimos. No le quedaban meses.

—¿Y si lo que usted hace mañana funciona…?

Rob no contestó. No hacía falta.

Daniel se quedó mirando la mesa. Pasó un dedo por el borde del manual, siguiendo la línea de una página, y después retiró la mano como si el papel quemara. Tardó tanto en volver a hablar que Rob pensó que no lo haría.

—¿Sabe qué es lo más raro? —dijo, sin levantar la vista—. Que lo siento como una pérdida. Ya. Aunque no haya ocurrido. Aunque mi padre esté sano. Como si alguien me hubiera dicho que se va a morir un hombre al que quiero y yo tuviera que esperar a que llegue el momento. —Alzó los ojos—. Pero no lo conocí así, ¿verdad? Yo no lo conocí moribundo. En esta vida no.

—No.

—Entonces, quizá, el que tenía la herida era el otro. —Se encogió de hombros, con una ironía cansada—. Un hombre que tenía que quedarse en Sacramento porque no sabía irse.

—No se trata de quién es mejor.

—Ya lo sé. —Daniel soltó el aire—. Se trata de que alguien tiene que elegir. Y a mí nunca me tocó. En su mundo elegí quedarme, y en este jamás tuve que elegir nada, porque todo me lo dieron hecho. —Hizo una pausa—. Es lo único que me pertenece, ¿entiende? Elegir. Y me lo ofrece ahora, cuando ya no hay forma de equivocarse sin pagar.

—No te pido que me ayudes.

—Sí me lo pide. —La sonrisa de Daniel tuvo algo de tristeza y algo de ternura—. Me lo ha pedido con cada frase. Solo que no se atreve a decirlo.

Rob guardó silencio. Hale, de pie junto a la puerta, se había quedado completamente quieto, como una estatua en un museo vacío.

—¿Quiere saber qué haré mañana? —continuó Daniel—. Estaré en esa sala. Miraré cada cifra. Y si veo que alguien intenta hacer algo que no debe, lo detendré. No sé cómo, pero lo detendré. No porque sepa lo que está bien. Porque me lo ha preguntado.

—Gracias.

—No me dé las gracias. Dígame solo qué necesita. Lo demás no quiero saberlo.

Rob lo miró. Era la misma frase que había dicho Elena, con otras palabras. La que dicen los que tienen demasiado que perder para que les cuenten el precio.

—Necesito que la firma no se altere —dijo—. Que el pulso que dispare Elena a las 9:17:00 sea idéntico al original, pero invertido en fase. No debe cambiarse un solo bit. Si Smith o sus hombres tocan algo, tienes que saberlo.

—¿Un pulso inverso? —Daniel levantó la vista, y por primera vez hubo en su mirada algo del ingeniero—. Eso sería una anulación. Un efecto cero: lo que se envía y lo que se recoge suman nada.

—Sí.

—Entonces lo que usted quiere no es un viaje. Es una devolución.

Rob no contestó. Daniel sonrió, esta vez con una expresión distinta, más viva, la de un hombre que acaba de entender un diseño.

—Qué elegante —murmuró—. Qué terrible.

Hale carraspeó junto a la puerta.

—Se acabó el tiempo.

Rob se levantó. En el umbral, Daniel lo detuvo con una pregunta.

—Una cosa más. ¿Cómo se llamaba?

—¿Quién?

—Mi padre. En el otro mundo. ¿Se llamaba igual?

Rob tardó un segundo en recordar. El corazón le dio un vuelco. Lo había sabido. Lo había sabido durante meses, de cenas y de conversaciones y de una vez en que Daniel había faltado un lunes entero por una visita al hospital. Rebuscó en su cabeza como se rebusca en un cajón que ha cambiado de sitio, y no encontró nada.

Sacó el cuaderno negro. Lo abrió. Pasó las páginas con dedos torpes.

Daniel — padre moribundo, Sacramento. Se llama Arturo.

—Arturo —dijo.

—Sí —dijo Daniel—. Aquí también.

Rob cerró el cuaderno. Le ardían los ojos.

—Vuelva el viernes a verme —añadió Daniel, con una sonrisa extraña—. Y si no me reconoce, no se preocupe. Habré hecho lo mejor que pude.

Salieron al corredor. Detrás, la puerta se cerró con un golpe suave. Caminaron un rato en silencio. Cuando llegaron al patio exterior, bajo un cielo estrellado de una profundidad vertiginosa, Hale se detuvo.

—Lo he visto —dijo.

—¿Qué?

—A un hombre elegir. —Se encogió de hombros—. No es algo que se vea mucho.

Rob levantó la cabeza. Las estrellas eran tantas que parecían una arena derramada sobre un paño negro. Faltaban cuatro horas para las 3:17. Y por primera vez en dos semanas no sintió miedo, sino una calma terrible, la de quien por fin sabe qué lleva a cuestas.

CAPÍTULO 25

Un día entero

◆

Cumplió la promesa a las once y media de la noche, desde la cama de una habitación sin ventanas, con el teléfono de Smith en la mano y la certeza de que cada palabra que dijera quedaría grabada en algún servidor que él no podía alcanzar. Había pensado en no llamar. Había pensado en escribir una carta, en dejarle un mensaje, en cualquier forma de decirlo que no exigiera oír la voz del otro lado. Pero ella le había pedido un día entero, y un día entero no se concede por escrito.

Marcó. Sonó cuatro veces.

—¿Rob?

La voz de Claire llegaba apagada, con el eco hueco de las habitaciones grandes. Se oía un viento suave, un crujido de madera, un ruido lejano que podía ser una radio.

—¿Dónde estás?

—En el porche de mi madre. —Un silencio—. Salí del trabajo a las cinco y me vine. No me quedé en casa. No podía.

—¿Cómo está ella?

—Despierta. No quiso acostarse. Está dentro, en la cocina, haciendo galletas. A las once y media de la noche. Dice que hay cosas que se hacen mejor cuando no se puede dormir. —Claire intentó reír y no lo consiguió del todo—. Ha preparado tantas que ya no caben en la lata.

Rob cerró los ojos. Se vio sentado en la cama, con la espalda contra la pared de hormigón, y se vio también, desde fuera, como si otro hombre lo mirara: un físico de cuarenta y dos años que hablaba por teléfono con una mujer que no era su esposa y que lo era, en un cuarto que no era suyo, en un mundo cuyo calendario llevaba escrito en la nuca.

—Mañana —dijo.

—Lo sé. Lo noté en tu voz desde que sonó el teléfono.

—A las nueve y diecisiete de la mañana, hora de aquí. Hora del Pacífico. Tú estarás en Reno, es la misma.

—Nueve diecisiete. —Lo repitió despacio, como se repite el número de una puerta—. ¿Por qué esa hora?

—Porque es la hora exacta a la que todo se cierra. Seis horas después de que yo salga. —Rob dudó—. Salgo a las tres y diecisiete.

—Otra vez ese número.

—Otra vez.

Se hizo un silencio largo, en el que él oyó, muy lejos, el sonido de algo que se removía en una olla. Claire respiraba despacio, con la deliberación de quien cuenta.

—¿Qué va a pasar, Rob? De verdad. Sin frases.

—No lo sé.

—Dime lo que crees.

—Creo que a las nueve y diecisiete, y nueve segundos, todo volverá al momento anterior al apagón. Al instante en que el ratón desaparece. Y que en ese instante no habrá desaparecido. —Se pasó la mano por la cara—. Creo que los pájaros estarán en el cielo. Que los gatos no se habrán ido. Que las ratas blancas no existirán. Y que tú…

—Y que yo no.

—Que tú no estarás aquí. No lo sé. No sé qué quiere decir «estar». No sé si hay un lugar para lo que se borra.

—Eso es honesto.

—Es lo único que tengo.

Claire guardó silencio. En alguna parte, al otro lado de la línea, crujió una silla. Rob intentó imaginar el porche: la barandilla de madera, los dos escalones, la lámpara con polillas, el jardín de grava. Se dio cuenta de que ni siquiera podía imaginar el cielo, porque no sabía si en aquel cielo, a esa hora, se veían las estrellas como las había visto él.

—Hoy le pregunté a mi madre cómo se sentía —dijo ella—. Le dije: «Mamá, ¿tienes miedo?». Y me contestó que no. Que llevaba setenta y dos años esperando un final para esta historia, y que si el final era ese, era mejor que ninguno.

—Eso es muy valiente.

—Eso es lo que dice. —Claire hizo una pausa—. Pero esta tarde, mientras le ayudaba a amasar, vi que se limpiaba las manos en el delantal y se quedaba un buen rato mirando por la ventana. No dijo nada. Pero yo sé en qué pensaba.

—¿En qué?

—En una caja de zapatos.

Rob no contestó.

—Yo también he pensado en una —dijo Claire—. No sé por qué. Una caja de zapatos con algodón y un animal dormido. Llevo todo el día pensando en una cosa que nunca tuve.

—Es la memoria del mundo —murmuró Rob—. Se cuela por los bordes.

—O es que me estoy volviendo loca.

—No. —Hizo un esfuerzo—. Si te vuelves loca, yo también.

Hubo una breve risa, y esta vez fue de verdad. Corta. Descarada. Subía al final. Rob apoyó la cabeza contra la pared y se quedó escuchándola, grabándola, apretándola con las dos manos para que no se escapara.

—Hay una cosa que quería pedirte —dijo ella.

—Dime.

—Cuando vuelvas. Si vuelves. Si el mundo es el de antes y ella está ahí, la otra, la mía, la que tú perdiste. —Se le quebró la voz—. Dile que se ría más.

—Claire…

—No sé por qué lo pido. Pero tengo la sensación de que se ríe poco. Que lo guarda. Que la risa corta es de las que uno administra. —Hizo una pausa—. Yo reí hoy por

primera vez en meses, en tu cocina, y fue porque tú estabas mal. Eso no es una razón buena. Dile que no espere a que alguien esté mal.

—Se lo diré.

—Dile también que su gata se llamaba Tinta.

—¿Qué?

—Por si acaso. —La voz de Claire era casi inaudible—. Por si en alguna parte hay un lugar donde las cosas que se pierden se guardan, y alguien se acuerda.

Rob no pudo responder. Había cerrado los ojos con tanta fuerza que veía manchas de colores. Cuando por fin habló, su voz salió ronca, como si no la hubiera usado en años.

—No quiero decirte adiós.

—Ni yo. —Una pausa breve—. No me lo digas. Dime cómo era.

—¿Qué?

—La risa. La suya. La que tú perdiste. Dime cómo era.

Rob abrió los ojos. Miró el techo gris, la lámpara, el pequeño detector de humo con su luz verde parpadeante. Se esforzó por recordar y no tuvo que esforzarse, porque la tenía allí, entera, intacta, desde hacía cuatro días.

—Corta —dijo—. Descarada. Sube al final, como una pregunta.

Al otro lado no hubo ruido. Después, muy bajito, un resoplido, una vibración, un golpe de aire por la nariz.

—Así —dijo Claire.

—Así.

—Entonces no está perdida.

—No.

—Es la misma.

—Es la misma.

Callaron. Rob oyó que se abría una puerta, un pasar de pantuflas, una voz de mujer mayor que preguntaba algo. Claire respondió con la mano sobre el micrófono. Un roce. Un murmullo.

—Mi madre quiere hablarte —dijo después.

—No creo que…

—Un minuto.

Hubo un forcejeo suave, un ruido de plástico, y una voz que él había oído solo dos veces, una voz pequeña y firme, de ojos oscuros, dijo:

—Señor Sayer.

—Lorna.

—Mi hija me lo ha contado todo. —La voz no tembló—. No sé si lo entiendo. No creo que lo entienda nadie. Pero no tiene importancia. Quiero pedirle una cosa.

—Lo que quiera.

—Si usted llega esa noche. Si la ve a ella. —Lorna respiró hondo—. A mí. A la niña de las trenzas. Dígale que no tenga miedo.

Rob no se movió.

—No se lo diga como a una niña —continuó ella—. Dígaselo como a una persona. Tenía ocho años y se creía muy sola, y no sé si lo estaba, pero lo creía. Ese ratón era lo único que la acompañaba en toda la oscuridad del desierto. Si tiene que quitárselo… —La voz se

le adelgazó, pero no se rompió—. Si tiene que quitárselo, que sea con las manos abiertas. Que sea despacio. Que no le dé la espalda.

—Se lo prometo.

—No necesito que lo prometa. —Un silencio—. Necesito que lo haga.

La línea se llenó de una respiración lenta, serena, de una anciana que ha dicho lo que tenía que decir. Después, el ruido del teléfono que cambiaba de manos.

—Rob —dijo Claire.

—Estoy aquí.

—Mañana a las nueve y diecisiete estaremos las dos en el jardín. Con el té. Con las galletas. —Hizo una pausa—. Para que sea un buen día.

—Es un buen día.

—Lo sé. —Y, con esa serenidad terrible que él ya no podía mirar de frente—: Es un día entero. Gracias.

La comunicación se cortó.

Rob se quedó sentado, con el teléfono en la mano. No lloró. Le pareció que ya había llorado todo lo que le correspondía, y que de ahí en adelante ya no había nada que hacer salvo caminar. Se levantó, abrió el cuaderno negro y escribió bajo la última línea, con letra firme:

Si llegas esa noche, dile a la niña que no tenga miedo. Con las manos abiertas. Despacio. Sin darle la espalda.

Lo subrayó dos veces. Después miró el reloj del teléfono. Eran las doce y cuarto.

Faltaban tres horas.

CAPÍTULO 26

Nueve segundos

A la una menos veinte de la madrugada, Rob bajó al laboratorio de Elena y encontró la puerta entornada.

La luz del interior era mínima, la de una lámpara de mesa que alguien había inclinado hacia la pared. Se detuvo antes de entrar. Desde el umbral no veía a nadie, pero oía una voz. Era la voz de Elena, y no era la que él conocía. Bajaba y subía en un tono suave, cadencioso, con pausas largas entre las frases, como la de una persona que lee en alto un cuento.

—…y entonces el pájaro dijo: «No puedo quedarme, porque el cielo me espera». Y la niña le preguntó: «¿Y si el cielo se olvida de ti?». Y el pájaro le respondió: «El cielo no se olvida de nadie. Es lo único que no olvida».

Se hizo una pausa. Rob se asomó con cuidado.

Elena estaba sentada en el suelo, con la espalda apoyada contra una consola y las rodillas recogidas contra el pecho. Llevaba un teléfono pegado a la oreja, y con la otra mano se tapaba la boca de vez en cuando, como si temiera que se le escapara algo. La bata blanca colgaba de una silla. Tenía los pies descalzos.

—…y la niña se quedó mirándolo —continuó—. Y el pájaro abrió las alas, que eran azules, tan grandes como una sábana, y se fue volando hacia arriba, hacia arriba. Y la niña supo que todas las mañanas, cuando abriera la ventana, el pájaro estaría allí, aunque no pudiera verlo.

Calló. Del otro lado de la línea llegó un ruido débil, una respiración rítmica, apenas audible. Elena cerró los ojos.

—Duerme, mi vida —susurró—. Duerme. Mamá está aquí. Está aquí.

Pasaron unos segundos. Se oyó una segunda voz, de mujer, lejana: «Elena, está profundamente dormida. ¿Quieres que la despierte?». Elena negó con la cabeza, aunque nadie podía verla.

—No. Déjala. Solo… déjale el teléfono junto a la almohada un rato más.

—Claro.

—Gracias, Marta.

—¿Estás bien?

—Sí. Estoy trabajando. Todo está bien.

Colgó. Dejó el teléfono sobre el suelo, a su lado, y apoyó la frente contra las rodillas. Rob vio cómo se le movían los hombros, sin ruido, durante un tiempo que le pareció

larguísimo. No se atrevió a entrar. Se quedó en el umbral con las manos colgando, como quien presencia algo que no tiene derecho a mirar y que, sin embargo, no puede dejar de mirar.

—Puedes pasar —dijo Elena, sin levantar la cabeza—. Te he oído respirar.

Rob entró. Se sentó en el suelo, frente a ella, a un metro de distancia. Nadie habló durante un rato.

—Le cuento el mismo cuento todas las noches —dijo Elena al fin—. Es el que más le gusta. Lo inventé yo, hace unos meses, cuando me preguntó por qué había pájaros en los libros y no en la calle. Le dije que se habían ido a vivir al cielo. Que desde allí cuidaban de todos. —Una sonrisa breve, quebrada—. Tuve que inventarlo yo. En su colegio no hay un solo libro que explique por qué.

—Es hermoso.

—Es mentira. —Se secó los ojos con el dorso de la muñeca—. Pero es una mentira que lleva su nombre.

—Elena.

—No. Escúchame. —Levantó la cara. A la luz de la lámpara, tenía el rostro hinchado y sereno, de una calma que daba miedo—. Voy a disparar el pulso.

Rob no se movió.

—He estado toda la tarde dando vueltas. Esta noche he vuelto a mirar los números una y otra vez. He intentado encontrar una variable que me permitiera no hacerlo, una excusa científica, una incertidumbre, algo que justificara decir que no. Y no la hay. —Hizo un gesto con la mano—. Sé cómo se cierra, Rob. Lo sé desde que me enseñaste la unidad. Sé que funciona. Y una vez que se sabe cómo arreglar lo que está roto, no hacerlo es otra cosa. No es prudencia. Es complicidad.

—No quiero que lo hagas por eso.

—Lo hago por eso. —Elena lo miró fijamente—. No lo hago por ti. No lo hago porque tengas razón. Probablemente no la tienes; probablemente no la tiene nadie. Lo hago porque si no lo hiciera, tendría que vivir cuarenta años sabiendo que un día pude detener un silencio y no lo detuve. Y Ada habría crecido en ese silencio. En un mundo que se va quedando vacío por los bordes, donde primero desaparecen los pájaros, luego los gatos, luego los perros, y un día ya no queda nadie que lo recuerde. —Se le quebró la voz—. Ella no merece eso. Aunque yo no esté. Aunque ella no esté.

Rob se acercó, de rodillas, sobre el suelo frío. Quiso tocarle el hombro. Ella levantó una mano y lo detuvo.

—No me consueles. Me vas a hacer cambiar de idea.

Retrocedió.

—Tampoco te voy a perdonar —continuó Elena, con una sinceridad apacible—. Quiero que lo sepas. Voy a odiarte un poco para siempre. No mucho. Un poco. Lo justo para que tenga algo a lo que agarrarme, cuando todo vuelva a ser como era y yo recuerde una cara de seis años y no tenga a nadie a quien contárselo.

—Entiendo.

—No me pidas que te perdone yo a ti, y yo no te pediré que me perdones a mí. —Respiró hondo—. ¿Trato?

—Trato.

Se quedaron un momento en silencio. Después Elena se levantó, con la agilidad rápida que le volvía cuando tenía una tarea por delante, y fue hasta su mesa. Abrió un cajón, sacó una tableta y la extendió sobre la superficie de trabajo.

—Ven. Tengo que explicarte lo que vas a hacer. Y tienes que escucharlo con atención, porque solo habrá una oportunidad.

Rob se acercó. En la pantalla apareció un diagrama: una línea de tiempo con dos puntos marcados en rojo, separados por una franja gris. Debajo, un pequeño esquema del anillo, con la cámara en el centro y doce flechas convergentes.

—A las tres y diecisiete de la mañana de hoy enviaremos el pulso de salida. Régimen inverso, potencia máxima, distancia ajustada a sesenta y cuatro años menos seis horas. Llegarás a la noche del dieciséis de octubre de 1962, hacia las nueve y cuarto. —Dibujó con el dedo una flecha—. Tendrás seis horas hasta el segundo punto.

—El de la hondonada.

—Exacto. A las nueve y diecisiete de la mañana de aquí, que será las tres y diecisiete de la madrugada del diecisiete, dispararé el pulso inverso. La copia exacta del original, invertida en fase. Ese pulso abrirá un anillo de luz en el desierto, en el mismo lugar y a la misma hora a la que apareció el ratón. —Elena levantó la vista—. En ese instante, y en ningún otro, el campo se acopla con lo que cruzó.

—El ratón.

—El ratón. Que en la historia que vivimos aparece en el centro del círculo a las tres y diecisiete, y que a partir de ese segundo queda libre, en el desierto, sin ancla. El pulso inverso lo reclamará. Lo traerá de vuelta, siempre que haya algo que lo sostenga. —Hizo una pausa—. Un cuerpo. Una persona en el centro del círculo. Alguien que lo tenga en las manos.

—Yo.

—Tú. Con el ratón en las manos, dentro de una cápsula o fuera de ella, da lo mismo. Pero en contacto. Si no hay contacto, el pulso encuentra un animal libre, fuera de fase, y no puede engancharlo. Se llevará solo lo que tenga a mano.

—A mí.

—A ti. Y la historia seguirá igual que ahora.

Rob miró el esquema. La franja gris entre los dos puntos tenía una etiqueta pequeña, una cifra. Elena la señaló con la punta del dedo.

—Nueve segundos.

—¿De qué?

—Desde que el círculo se forma hasta que el pulso llega. El anillo azul que describió Lorna aparece a las tres y diecisiete en punto. El pulso inverso, por la latencia del sistema, llega a las tres y diecisiete y nueve segundos. —Su dedo golpeó la pantalla—. Esos nueve segundos son tuyos, Rob. Es todo lo que tendrás para llegar al centro del círculo, encontrar el ratón y tenerlo en las manos antes de que la luz te recoja.

—Si es que el ratón está allí.

—Estará. Ha estado siempre. Pero no estará solo.

Rob asintió despacio.

—Lorna dijo que su padre la llevó.

—Y que el ratón subió a la mano de él. Y que él se lo dio a ella. —Elena lo miró a los ojos—. Si llegas antes que ellos, puedes tomarlo tú. Si no, tendrás que quitárselo a una niña de ocho años, delante de su padre, durante nueve segundos que no te van a alcanzar para dar explicaciones.

—Lo sé.

—Entonces ya lo has pensado.

—No he pensado en otra cosa.

Elena lo estudió un momento. Después dio un paso atrás, cruzó los brazos y soltó el aire entre los dientes.

—Una cosa más. Si no tomas el ratón, si por cualquier razón no lo haces, el pulso te traerá igual. Te sacará de allí a las nueve diecisiete. Volverás aquí y todo seguirá como ahora. —Hizo una pausa—. Es tu salida. No quiero que lo olvides. Hasta el último segundo, puedes no hacerlo.

—¿Y tú lo sabrás?

—Lo sabré. Porque el anillo no se apaga si tú no cierras. Seguirá encendido nueve segundos más, y después volverá la oscuridad. Y yo… —Elena hizo un esfuerzo—. Yo tendré el teléfono pegado a la oreja, escuchando respirar a Ada, mientras lo sepa.

—¿Y si lo hago?

—Entonces dejaré de verla. —Elena sonrió, con una ternura helada—. Ya ves. Es un problema bastante simple.

Se hizo un silencio denso. En algún lugar del edificio, un ventilador cambió de régimen y la luz de la lámpara pareció parpadear un instante. Rob se dio cuenta de que le dolía la mandíbula. Llevaba un rato apretando los dientes.

—Elena. Si en el último segundo yo no pudiera…

—No me lo digas ahora —lo interrumpió ella—. No quiero oírlo. Cualquier cosa que digas, la voy a recordar.

—De acuerdo.

—Ve a descansar.

—No voy a poder dormir.

—Entonces ve a ponerte el traje. —Elena recogió la bata, se la puso sobre el suéter, se alisó el pelo con las dos manos—. Tengo que revisar el anillo. Y rezar, si supiera cómo.

Rob se dirigió a la puerta. Cuando ya cruzaba el umbral, ella lo llamó.

—Rob.

Se volvió.

—Si ves una niña con una mochila en forma de oso —dijo—, en cualquier parte, en cualquier tiempo, no le digas nada. Solo… mírala bien.

—Lo haré.

—Gracias.

Salió. En el pasillo, la luz de las lámparas de emergencia teñía de rojo las paredes. Rob caminó despacio, con la cabeza gacha, escuchando sus propias pisadas, y comprendió que de todas las cosas que le habían pedido aquella semana, aquella era la única que no podía cumplir, porque no sabía qué cara tenía Ada, y porque, si todo salía bien, nadie volvería a verla.

CAPÍTULO 27

El traje

El traje era blanco, ligero y absurdamente grande.

Lo habían confeccionado para otro cuerpo. Rob se dio cuenta en cuanto se lo pusieron, entre dos técnicos que lo ajustaban con una eficacia silenciosa, tirando de las costuras, cerrando velcros, comprobando conexiones. Las mangas le colgaban un palmo de las manos. Las perneras se arrugaban sobre las botas. El pecho, reforzado con una placa de material gris, le quedaba tan holgado que podría haber guardado dentro una barra de pan. Smith lo había pedido a su medida; era un hombre más alto y más ancho de espaldas. Pero nadie tuvo tiempo de rehacerlo.

—Le queda ancho —dijo uno de los técnicos, con la voz baja de quien comenta una desgracia.

—Ya lo veo.

—Podemos ajustar los hombros.

—No importa.

Eran las dos y veinte de la madrugada. La sala del anillo estaba iluminada con una luz azulada, uniforme, sin sombras, y en ella se movían una docena de personas con overoles blancos, hablando en susurros, como si temieran despertar algo. Los doce emisores brillaban en círculo, cada uno con un pequeño piloto verde que parpadeaba a su ritmo. En el centro, sobre el soporte de cuarzo, esperaba la cámara de acero, abierta como una boca. Era mucho mayor que la del experimento de Palo Alto: una cápsula de dos metros, ovalada, con una ventanilla de vidrio reforzado a la altura de la cara y un asiento tapizado de gomaespuma. Había sido construida para un hombre, y nadie le había dicho a Rob cuánto costaba.

Elena se acercó con una caja de plástico bajo el brazo. Tenía el pelo recogido, la bata impecable, el rostro calmado. Solo alguien que la conociera muy bien habría notado la rigidez del cuello, el modo en que sostenía el aire en los pulmones.

—Esto es para ti —dijo.

Abrió la caja. Dentro, sobre una almohadilla de espuma negra, había una pequeña cápsula transparente, de unos quince centímetros, con la tapa agujereada y una etiqueta amarillenta pegada al borde.

S-0.

Rob la miró. Nadie dijo nada. La luz azul se reflejaba en el plástico con un brillo húmedo.

—La encontré en la Sala 11, en un estante —explicó Elena—. La guardaron después del primer ensayo. Es la misma. —Se la tendió—. Te servirá para sostenerlo.

Rob la tomó. Pesaba casi nada. Recordó una caja sobre la mesa de la sala de control, una nariz rosada que olfateaba un dedo a través de las paredes, unos ojos rojos que lo miraban de un modo distinto. Había creído que nunca volvería a ver aquel objeto. Había creído, sobre todo, que no podría soportar verlo.

—Gracias.

—No me las des. —Elena se volvió hacia los técnicos—. Hay que sujetar la cápsula a la cintura. Con el mosquetón. Y comprobad que no se abre con el movimiento.

Se la fijaron. Rob sintió el pequeño peso contra la cadera, ridículo y enorme. Metió los dedos en el bolsillo del pecho, bajo la placa, y comprobó que estaban allí los tres objetos que había querido llevar consigo: el cuaderno de tapas negras, la hoja de papel cuadriculado con el croquis de Ray Dunne, el sobre de cartón con la fotografía impresa de una niña de trenzas. Y algo más, que no había previsto: un sándwich envuelto en papel, aplastado, que Claire le había dado una mañana y que había olvidado comerse. Lo sacó. Lo miró un momento. Después, con una sonrisa que no supo explicar, lo volvió a guardar.

—¿Qué es eso? —preguntó Elena.

—Nada.

—Parece un sándwich.

—Lo es.

—No estás obligado a comer allí.

—Lo sé. Es por si acaso.

Ella no preguntó por qué. Pero la comisura de su boca se movió apenas.

. . .

A las dos y treinta y cinco, un ruido en la galería superior los hizo mirar hacia arriba. Un grupo de hombres bajaba la escalera metálica, con paso corto y compacto. Eran los de Smith. Vestían de gris, con las manos libres y el aire de quienes no necesitan armas porque saben que otros las llevan por ellos. Detrás, con las manos en los bolsillos y un abrigo oscuro sobre el traje, iba el propio Smith.

Hale, que supervisaba los sensores del anillo, se puso rígido. Daniel, junto a una consola de instrumentos, con unos anteojos de lectura sobre la nariz y un cuaderno abierto, levantó la vista con la expresión de quien ve llegar el tren que esperaba.

—Buenas noches —dijo Smith, con una amabilidad exquisita, al llegar al pie de la escalera. Recorrió la sala con la mirada. Se detuvo un momento en Daniel, que le devolvió el gesto con una inclinación de cabeza que podía ser cortés o irónica—. Señor Moreau. Veo que le han permitido incorporarse al equipo.

—El comandante lo propuso.

—Y yo lo aprobé. —Smith sonrió—. Siempre es útil un segundo par de ojos.

Siguió caminando hasta quedar frente a Rob. Lo examinó de arriba abajo, con una mirada casi afectuosa. Observó las mangas, las perneras, el pecho flojo.

—Me temo que no le sienta bien.

—No fue pensado para mí.

—No. —Smith pareció complacido—. Fue pensado para mí. Es una lástima que no pueda ir yo, doctor. Habría sido una gran noche.

—Será la próxima.

—Quizá. —Hizo una pausa—. O quizá no. Depende de usted.

Rob no contestó. Smith dio un paso más y bajó la voz, de modo que solo él pudiera oírlo.

—Quiero que sepa una cosa. Cuando lo vi aquella primera tarde, en San Francisco, pensé que era usted un hombre honesto. De esos que dicen lo que piensan y sufren las consecuencias. Es la clase de persona a la que suelo comprar.

—Y no me compró.

—Lo alquilé. —Smith sonrió de nuevo, con una ligereza de afecto—. Pero esta noche creo que he comprendido algo. Usted va a hacer lo que va a hacer, y yo no puedo detenerlo. Ni quiero. Si funciona, tendré mi mundo de vuelta con una máquina mejor. Si no funciona, tendré mi coma.

—Y su niña.

La palabra cayó entre ambos como una piedra. Smith la dejó pasar, sin cambiar de expresión.

—Y mi niña —dijo.

Se quedaron un momento en silencio. Alrededor, las voces de los técnicos se habían vuelto un murmullo lejano.

—Una cosa más —añadió Smith—. Hace unos días me hizo una pregunta que no contesté. Me preguntó por qué, cuando todo se apagó, no me asusté.

—Me contestó que cada segundo importaba.

—Y que tenía que saber cuántos habíamos gastado. Sí. —Smith asintió lentamente—. No era una frase vacía. Pero no se la expliqué.

—No hace falta.

—Quizá quiera saberlo antes de irse. —Lo miró con unos ojos serenos, casi tristes—. Yo ya había visto apagarse esa sala una vez.

Rob se quedó helado.

—¿Qué?

—Una vez antes. En otro tiempo. —Smith bajó aún más la voz—. Hace unas pocas semanas, en mi pasado, o en mi futuro, no sé cómo llamarlo, un hombre me dijo en un despacho cuál era el momento exacto en que todo se apagaría. Y me lo dijo con tanta precisión que cuando la luz se fue, yo ya sabía cuánto duraría.

—¿Quién?

—Eso, doctor, es otra historia.

Y se apartó, con la misma ligereza con que había llegado, y fue a situarse junto a la barandilla, con las manos a la espalda, para contemplar el anillo.

Rob se quedó con la boca seca y un frío tenue en la nuca. Había oído la frase y la había entendido en un sentido, y creía que podía significar otro. Quiso preguntar. Quiso agarrarlo del brazo y exigirle que repitiera. Pero Elena le puso una mano en el codo, un roce, un aviso, y en el mismo momento Hale anunció desde la consola de seguridad:

—Veinte minutos.

El tiempo, que hasta entonces había corrido con parsimonia, se precipitó. Alguien le colocó el casco. Alguien comprobó la presión del traje. Alguien le dijo que respirase hondo. Rob obedeció, y el aire entró en sus pulmones con un siseo seco. Vio a Daniel levantar el pulgar desde su consola. Vio a Hale, junto a la puerta, con el rostro liso y los hombros tensos, pasar discretamente una mano sobre la funda del cinturón. Vio a Elena, de pie junto al panel principal, con las manos sobre el teclado y la mirada fija en los números que subían por la pantalla.

Cruzó el suelo del anillo con las piernas flojas. La cápsula lo esperaba abierta. Se agachó, entró de espaldas, se sentó en el asiento acolchado. Alguien le ajustó las correas. La tapa descendió lentamente, con un zumbido, y cuando se cerró, el ruido de la sala desapareció de golpe.

Hubo un silencio. Un silencio completo, sin eco. Solo su respiración, amplificada por el casco, y el roce de la tela. Por la ventanilla veía la sala del anillo, borrosa, los rostros de los técnicos reducidos a formas pálidas, los doce emisores brillando en círculo. Veía a Smith contra la barandilla. Veía a Elena.

Sintió un leve golpe en el cristal. Giró la cabeza. Daniel se había acercado a la cápsula y le sonreía, con una expresión apacible. Levantó una mano y le mostró, sobre la palma, una pequeña etiqueta de plástico blanco, de esas con las que se rotulan los cables.

D. M.

Rob entendió. Era la misma firma que había visto en la esquina del registrador. La etiqueta se había desprendido y Daniel la había guardado. Con un gesto lento, la pegó contra el cristal de la cápsula, por la parte exterior, a la altura de los ojos de Rob. Después retrocedió, y le hizo con los dedos un saludo breve, militar, ridículo y hermoso.

Rob cerró los ojos un segundo.

Cuando volvió a abrirlos, la voz sintética de la sala anunciaba el comienzo de la secuencia.

—Cinco minutos para el pulso de salida.

CAPÍTULO 28

Las 03:17

◆

—Cuatro minutos.

Rob cerró los ojos y volvió a abrirlos. En la ventanilla de la cápsula, la sala del anillo seguía allí, azul y quieta, con sus figuras blancas inmóviles ante las consolas. Alguien había apagado las luces superiores y solo quedaba la claridad de los emisores, un resplandor tenue y regular, como el de una ciudad vista desde un avión. Respiraba despacio. El aire del casco tenía un sabor metálico y seco.

—Tres minutos.

Pensó en muchas cosas, y todas se le escurrieron. Pensó en su madre en un comedor parroquial, sirviendo sopa un jueves. Pensó en una calle sin pájaros. Pensó en un pergamino en el que una sola letra había encendido doscientos años de odio. Pensó en un hombre con las manos sobre las rodillas que no se había asustado de la oscuridad. Quiso rezar y descubrió que no sabía a quién. Probó con lo único que tenía: el nombre de ella, el de la otra, dicho muy bajo, sin voz, dentro del casco. *Claire.* Y luego, con mucha delicadeza, el de la que lo esperaba en un porche de Reno con una taza de té y una lata llena de galletas. *Claire.*

Eran el mismo nombre. Era lo único que no se había roto.

—Dos minutos.

Entre el vaho de su aliento y el cristal, la etiqueta de Daniel se movía levemente con la vibración de la sala. *D. M.* Dos letras negras sobre un rectángulo blanco. Rob las miró con una gratitud que no habría sabido explicar. Pensó que los objetos que sobreviven son siempre los más pequeños, y que quizá esa era toda la historia de la humanidad: un registrador del tamaño de una cajetilla de cigarrillos, una hoja de papel cuadriculado, una etiqueta pegada con saliva.

—Un minuto.

Elena, junto al panel, había alzado la mirada. Por un instante, a través del cristal grueso y la distancia de los años que ya los separaban, sus ojos se encontraron. No hubo señal ni sonrisa. Solo un reconocimiento breve, mutuo, entre dos personas que habían atravesado juntas lo mismo y que, por eso, no necesitaban hablar. Después ella volvió a los números.

—Cuarenta segundos. Potencia al noventa y ocho por ciento. Alineación confirmada.

Los emisores empezaron a cambiar de color. De un azul pálido pasaron a un azul más profundo, casi violeta, y luego a un blanco que dolía en los ojos. Un zumbido grave nació en el suelo y subió por las paredes. Rob sintió que le vibraba la espalda contra el respaldo.

Pensó, con una calma lúcida y pavorosa, que en algún lugar de aquel edificio una mujer de pelo recogido escuchaba una respiración infantil por el auricular de un teléfono.

—Treinta.

El zumbido se hizo más agudo. Algo dentro de la cápsula, un metal, un cristal, comenzó a cantar con una frecuencia insoportable.

—Veinte.

Alguien, muy lejos, dijo una frase que no entendió. Quizá fue Smith. Quizá fue el viento.

—Diez.

Rob apretó los puños. Vio a Hale en la puerta, con la mano sobre el cinturón. Vio a Daniel, junto a la consola, quitarse los anteojos y mirar sin parpadear. Vio, contra la barandilla, a un hombre de traje oscuro que observaba el anillo con una expresión de ternura absurda, casi paternal, la de quien contempla el nacimiento de algo que ha esperado durante veintinueve años.

—Nueve. Ocho. Siete.

No lo había ensayado, y sin embargo, las palabras le salieron solas, en un susurro dentro del casco:

—No tengas miedo.

No sabía a quién se lo decía. A una niña de trenzas. A un ratón. A sí mismo.

—Tres. Dos. Uno.

—Cero.

La luz no se encendió. Se levantó.

Fue como si el espacio entero se hubiera plegado hacia dentro y hubiera aprendido, de pronto, a contener más de lo que le cabía. Rob vio cómo el cristal de la ventanilla se doblaba y se doblaba, y a través de él los rostros de los técnicos se estiraban en largas formas lechosas. Vio su propia mano levantarse ante los ojos y multiplicarse, una, dos, diez, como en un espejo sin fondo. Oyó un rugido que no era un ruido sino una presión, una fuerza que le empujaba las costillas hacia la espalda. Y entonces, en el centro del estruendo, lo oyó.

Un canto.

Era breve, claro, interrogante. Una nota, dos, tres, una frase de agua. Lo reconoció antes de comprender. Era el gorrión del árbol de Palo Alto, el que había cantado una sola vez en el umbral de una noche de despedida, hacía una vida, hacía dos. Lo oyó tan nítido, tan cerca, que creyó que podría tocarlo, y la emoción le subió a la garganta como una ola.

Estoy volviendo, pensó. *Estoy volviendo a casa.*

Después ya no pensó nada.

. . .

En la sala del anillo, el tiempo se contó con otra moneda.

Elena Ward tenía los dedos aferrados al borde de la consola y los ojos fijos en la pantalla. Vio la señal de campo subir en una curva perfecta, alcanzar el máximo prefijado, sostenerse en él y descender como una ola que se retira. Vio cómo los emisores se apagaban en orden, de uno en uno, con un chasquido seco. Vio cómo la luz, en la cámara central, se contraía hasta convertirse en un punto y desaparecía.

La cápsula estaba vacía.

Durante un largo momento nadie habló. Una técnica, joven, de cabello rubio, se llevó ambas manos a la boca. Un hombre mayor se sentó en el suelo, sin fuerzas. Daniel, junto al panel de instrumentos, se quedó inmóvil con los anteojos colgando de una mano. Hale no se movió de la puerta. Solo los pilotos verdes de los emisores seguían parpadeando, uno por uno, como las luces de una ciudad dormida.

Fue Smith quien rompió el silencio.

Se había apartado de la barandilla y avanzaba hacia el centro de la sala con pasos lentos, sin prisa, las manos todavía a la espalda. Se detuvo junto al soporte de cuarzo y miró la cápsula vacía, y sus labios dibujaron una sonrisa pequeña, casi imperceptible, la de un hombre que acaba de comprobar una cifra exacta.

—¿Cuánto duró? —preguntó.

Elena tardó en contestar. Tenía la garganta seca y la boca llena de un sabor a metal.

—Cuatro segundos.

—Cuatro. —Smith asintió, satisfecho—. Perfecto.

—El campo se mantuvo estable —dijo Daniel, con una voz que le salió pequeña—. Sin saltos. Sin transitorios. El pulso fue limpio.

—Entonces ha llegado.

—Si se puede decir que ha llegado a alguna parte.

Smith volvió la cabeza hacia el reloj de la pared, un modelo digital de números rojos que colgaba sobre las consolas. Marcaba 03:17:04. No lo miró más de un segundo.

—Seis horas —murmuró—. Qué curioso. Una hora más de las que separaron los dos primeros picos, cuando ocurrió todo.

Nadie contestó. Smith dio media vuelta, y por primera vez en toda la noche pareció advertir las miradas fijas sobre él, los rostros tensos, los hombros erguidos de sus propios hombres, de gris, alineados junto a la escalera.

—Pueden descansar —dijo, con una amabilidad suave—. A todos, menos a la doctora Ward y al señor Moreau, les ruego que se retiren a las nueve en punto. Necesitaré la sala despejada para el segundo disparo.

—El segundo disparo es el de regreso —dijo Elena.

—Naturalmente.

Hubo una pausa. Smith se acercó a ella y, con un gesto afable, le puso una mano en el hombro. Era un contacto ligero, casi paternal. A Elena se le erizó la piel.

—Doctora —dijo en voz baja—. Usted y yo tendremos que hablar antes de las nueve. Hay cosas que conviene aclarar entre personas razonables.

Elena no se movió. Tampoco respiró.

Smith retiró la mano, giró sobre sus talones y echó a andar hacia la escalera. Al pasar junto a Hale, el comandante lo siguió con la mirada. Smith no se detuvo. Pero al llegar al pie de la escalera, sin volverse, hizo un gesto casi imperceptible con la mano derecha. Dos de los hombres de gris se separaron del grupo. Uno se situó junto al panel principal. El otro, junto a la puerta, a dos pasos de Hale.

Nadie dijo nada. Nadie, salvo Daniel, que en su consola dejó caer sin ruido el lápiz sobre el cuaderno, observó el movimiento.

En el centro de la sala, sobre el soporte de cuarzo, la cápsula vacía reflejaba la luz mortecina de los pilotos. Alguien, en voz muy baja, empezó a contar los segundos que faltaban para las nueve y diecisiete.

Faltaban seis horas.

PARTE V

El acontecimiento

◆

CAPÍTULO 29

El desierto de 1962

◆

Lo primero que sintió fue el frío.

No el frío de la sala del anillo, ese frío industrial, de aire acondicionado y metal, que se pega a la ropa. Era otra cosa: un frío limpio, cortante, de altura, que le entró por la nariz y le llegó hasta el fondo de los pulmones como un trago de agua helada. Rob abrió los ojos y no vio nada. Después vio estrellas.

Estaba tumbado de espaldas sobre la grava, con el casco torcido y las manos abiertas a los lados, y encima de él se extendía un cielo que no había visto en toda su vida. Era un cielo hondo, espeso, vertiginoso, de un negro casi sólido donde cada estrella parecía tener su propio peso. La Vía Láctea lo cruzaba de lado a lado como una cicatriz de leche. No había luna. No había una sola luz artificial a la altura de los ojos. Rob se quedó mirándolo, inmóvil, con la boca entreabierta, durante lo que le pareció un minuto, y solo cuando le dolió el cuello comprendió que no estaba muerto.

Se incorporó. La cabeza le dio vueltas, un mareo sordo, y vomitó junto a una piedra. Esperó a que pasara. Se quitó el casco con manos torpes y lo dejó a su lado. El aire de la noche le golpeó la cara con un olor que no reconoció enseguida: resina, polvo seco, algo amargo y vegetal, casi medicinal. Después lo supo. Era la gobernadora, la mata de creosota, que en el desierto huele a lluvia aun cuando no ha llovido en meses.

Miró el reloj de su muñeca. Marcaba las 21:17.

—Seis horas —murmuró, y su voz sonó rota, seca, como la de un hombre al que han sacado de un pozo.

Se puso de pie. Las piernas le temblaban. Se palpó el cuerpo con las dos manos, de arriba abajo, comprobando que cada pieza respondía: los brazos, las costillas, la espalda, la cadera. La cápsula de S-0 seguía sujeta al cinturón, vacía. En el bolsillo del pecho latía el cuaderno de tapas negras. Y el sándwich, aplastado dentro de su papel, seguía allí, absurdo, entero.

Estaba en el fondo de una hondonada poco profunda, de unos diez metros de diámetro, con bordes de arena blanda cubiertos de matorral. Se agachó y pasó la mano por el suelo. Estaba frío, ligeramente húmedo. No había marcas. Ni quemaduras ni huellas ni residuos de luz. Un lugar cualquiera del desierto de Nevada, bajo un cielo que se parecía al fin del mundo.

Se dio cuenta de que el traje lo delataba.

Era blanco. En la oscuridad brillaba como una sábana tendida. Rob buscó los broches con los dedos, los soltó, se desprendió de las mangas anchas y de las perneras infladas, y quedó en la ropa que llevaba debajo: un pantalón oscuro, un suéter gris, las botas de trabajo. Se agachó, hizo un hoyo con las manos en la arena blanda del borde de la hondonada, enterró el traje y el casco, y los cubrió de grava. Tardó diez minutos. Cuando terminó tenía las uñas rotas y los dedos entumecidos. Se puso en pie, se limpió las palmas contra los muslos y se quedó escuchando.

Y entonces oyó el desierto.

Fue una oleada. Al principio no entendió qué era, porque durante semanas había vivido en un mundo donde el silencio era una sustancia, una presencia hecha de ausencias, y el oído se le había acostumbrado a no esperar nada. Pero allí, en la oscuridad, bajo el cielo cargado de estrellas, había ruido. Había mucho. Un coro de insectos, ásperos y rítmicos, en las matas. El roce de algo pequeño que corría entre las piedras. Un aleteo lejano de murciélagos. Y, muy a lo lejos, en las montañas, un aullido largo, ondulante, doliente, al que respondió otro más cerca y otro más, hasta formar una frase entera de voces antiguas.

Coyotes.

Rob se llevó la mano a la boca. Se quedó mirando la dirección de donde venía el sonido. Aquel animal que había dejado de aullar la víspera, que se había apagado en las sierras como una vela, cantaba otra vez con una potencia indecente, casi insolente, como si no supiera que alguna vez dejaría de hacerlo.

Y entonces, desde algún lugar entre las matas, a pocos metros de él, un pájaro.

Era un sonido breve, repetido, con un timbre de madera hueca. *Poor-will. Poor-will.* Una nota, una pausa, la misma nota. Tardó unos segundos en reconocerlo. Era un chotacabras, un ave nocturna de las que cazan insectos en el aire y duermen de día, inmóviles, camufladas en el suelo. Rob la había oído de niño en las noches de verano, en las afueras de Portland. La había olvidado por completo.

Se sentó en la grava. No lloró enseguida. Se quedó con las manos entre las rodillas, la cabeza gacha, escuchando la voz del pájaro, y fue después, cuando la voz se detuvo y volvió a empezar, cuando sintió que algo se le aflojaba por dentro como un nudo viejo. Lloró sin ruido, con la frente apoyada en los antebrazos, durante un tiempo que no supo medir. Lloró por los coyotes y por el chotacabras. Por una niña con un abrigo amarillo y por un gato que había dado un paso y no estaba. Por todo lo que iba a perder y por todo lo que iba a recuperar, y por la imposibilidad de que ambas cosas ocurrieran sin que nadie las llorara.

Después se secó la cara con la manga. Y se puso en marcha.

Subió al borde de la hondonada y miró alrededor. La llanura se extendía en todas direcciones, rojiza bajo el resplandor de las estrellas, salpicada de arbustos negros. A lo lejos, al este, se veía una línea baja de luces: el perímetro de una instalación, con sus focos blancos y sus antenas. No había hangares enormes ni bloques de hormigón. Solo cobertizos, un par de edificios bajos, una pista de aterrizaje cuyas balizas parpadeaban rojas. Era el Groom Lake de 1962. Una base que todavía no era nada y que ya lo sabía todo.

Hacia el sur, a unos cuatrocientos metros, había una luz amarilla.

Era pequeña, cálida, doméstica. Rob la contempló largo rato. Una ventana. Una casa de madera, de una planta, con un porche y un tejado a dos aguas. A su lado, recortada contra

las estrellas, la silueta de un camión. Un perro ladró dos veces, sin convicción. Después una puerta se cerró, y la luz amarilla se apagó.

Echó a andar despacio, sin prisa, agachado entre las matas, con la respiración contenida.

Llegó a unos cincuenta metros de la casa y se tendió detrás de un arbusto grande. Desde allí veía la fachada entera: las tablas desiguales, la barandilla del porche, un balancín vacío, un cubo de zinc junto a la puerta. En una de las ventanas del lado derecho, la más pequeña, cubierta por una cortina de cuadros, brillaba aún una luz tenue, de linterna o de vela. Rob contuvo el aliento.

Era la ventana de una niña.

Alguien se movía detrás de la cortina. Se desplazaba despacio, con pasos de pies descalzos, de un lado a otro de la habitación. Rob oyó, muy débil, el crujido de unos muelles. Una voz de mujer, cansada, dijo algo desde el interior que él no entendió, y una voz de niña respondió con tono de fastidio. La luz se apagó.

Se quedó mirando la ventana oscura. En algún lugar del cuerpo sintió una presión extraña, una mezcla de ternura y de pánico, la de quien ha caminado mucho tiempo hacia un lugar y de pronto lo tiene delante y descubre que no sabe qué hacer con las manos.

Del otro lado de la casa, en la oscuridad, surgió un resplandor pequeño y naranja. Alguien encendía un cigarrillo. Rob distinguió la silueta de un hombre alto, con los hombros caídos, apoyado contra la pared del porche. Fumaba despacio, con la mirada puesta en el horizonte, hacia las luces de la base. El humo se elevaba en una línea fina, recta, que el aire frío cortaba en seguida.

Ray Dunne.

Era más joven de lo que había imaginado. Rondaría los cuarenta. Tenía el cabello corto, los brazos largos, una postura que Rob reconoció de golpe y no supo de dónde: la de un hombre que lleva demasiado tiempo callándose cosas. Tosió una vez. Dio una calada larga. En el silencio, desde el interior de la casa, una radio sonaba muy bajo, apenas un murmullo, una voz masculina grave que leía un parte con la solemnidad de lo irreparable.

Rob aguzó el oído. Cogió solo fragmentos. *…movimientos en el Caribe… consultas de emergencia… el presidente…*

Se quedó helado.

Era el dieciséis de octubre de 1962. Aquel mismo día, a media mañana, en una sala de Washington, un grupo de hombres había visto por primera vez las fotografías aéreas de unos misiles soviéticos en Cuba. Lo había leído una vez, de joven, en un libro de historia. Había leído lo que vino después: trece días en que el mundo entero estuvo, sin saberlo, a un gesto de la ceniza. Trece días en que dos hombres con las manos sobre un botón decidieron, cada uno por su lado, no apretarlo.

Rob miró las estrellas. Miró las luces de la base. Miró la casa de madera, la ventana oscura, el hombre que fumaba.

Pensó que sesenta y cuatro años de mundo habían dependido de un instante de duda. Que cada árbol y cada niño y cada gorrión que había cantado desde entonces era hijo de un botón no pulsado. Y que él, que había venido a pulsar uno, tenía a su favor la única cosa que nadie tuvo nunca en una sala de Washington: la certeza de saber lo que costaba.

Ray tiró el cigarrillo, lo aplastó con la bota y se quedó un instante inmóvil, mirando hacia la oscuridad, justo hacia el arbusto donde estaba tendido Rob. Rob dejó de respirar. El hombre pareció escuchar algo. Ladeó la cabeza como quien oye, a lo lejos, una música que no se atreve a reconocer.

Luego entró. La puerta se cerró.

Rob esperó diez minutos. Después se arrastró hacia atrás, muy despacio, hasta ponerse a cubierto. Dio la vuelta, volvió a la hondonada, se sentó con la espalda contra una piedra y apoyó la cabeza en la roca fría.

Miró el reloj. Las 22:02.

Faltaban cinco horas y quince minutos.

CAPÍTULO 30

Lo que Smith ofrecía

◆

Elena Ward no durmió.

Durante las cuatro horas siguientes a la desaparición de Rob hizo lo único que sabía hacer en las situaciones imposibles: trabajar. Revisó el estado del anillo, comprobó la temperatura de los condensadores, recalibró los doce emisores uno por uno y contrastó, con una meticulosidad casi punitiva, la firma invertida que había guardado en tres archivos con nombres de calibraciones antiguas. Daniel, a su lado, la observó sin decir nada. Hale rondaba la puerta como un perro guardián, y los dos hombres de gris de Smith permanecían de pie junto al panel principal, inmóviles, con las manos cruzadas delante del cuerpo, sin mirar a nadie.

A las siete y veinte, un asistente le entregó una nota doblada. Era de Smith. Decía, con una caligrafía elegante: *Le ruego que me acompañe a la antigua sala de control. Sola.*

Elena la leyó dos veces. Después se la mostró a Daniel, que había levantado la cabeza al notar su gesto.

—No vayas —dijo él.

—Tengo que ir.

—Puede ser una trampa.

—Es una trampa. —Dobló el papel—. Pero si no voy, me lo seguirá pidiendo hasta las nueve, y prefiero oírlo ahora, con tiempo para pensar.

Hale se acercó, con una mano sobre el cinturón.

—Si en veinte minutos no ha vuelto, voy por usted.

—Si en veinte minutos no he vuelto, vaya por Ada.

El comandante no contestó. Pero apretó la mandíbula con tanta fuerza que se le marcó un músculo bajo la oreja.

. . .

Elena recorrió el pasillo a paso lento. Las luces de emergencia teñían las paredes de un rojo apagado, el mismo de la noche en que había oído a Rob contarle un mundo. Delante de la puerta de la antigua sala de control se detuvo, respiró hondo, y entró.

Smith la esperaba sentado en uno de los taburetes de las consolas, bajo el reloj parado. Había dos tazas sobre una mesa pequeña, con un hilo de vapor que se elevaba hacia las 3:17 inmóviles. No llevaba abrigo ni chaqueta. En mangas de camisa, con los puños

doblados hasta el codo, parecía más viejo y a la vez más humano, un hombre que ha dejado en la puerta la armadura y se sienta a negociar con lo que queda.

—Café —dijo—. Sin azúcar. Es como lo toma usted.

—No tengo sed.

—Siéntese de todos modos.

Elena se sentó en el borde de una silla, rígida, con las manos sobre las rodillas. Smith le empujó una taza. Ella no la tocó.

—Voy a ser breve —dijo él—. Quiero que me escuche hasta el final, y después puede hacer lo que le dicte la conciencia. Le prometo que no habrá amenazas. Las amenazas funcionan peor que las explicaciones. Es una de las cosas que aprendí en la vida y que me costó más cara.

—Le escucho.

—En primer lugar, quiero contarle algo que no le he contado a nadie. —Smith entrelazó las manos sobre el tablero—. Hace cinco semanas, antes de que el doctor Sayer firmara el contrato, un hombre vino a verme a mi despacho de Nueva York.

Elena no se movió.

—No tenía cita. No dijo su nombre. Pasó delante de mi secretaria como si ella no existiera y se sentó frente a mí, sin pedir permiso. Era alto, de unos sesenta años, con el pelo muy corto y un traje oscuro, sin corbata. —Hizo una pausa—. Me dijo, con mucha calma, que dentro de un mes y dos días, a las tres y diecisiete de la madrugada, en una sala de control de Groom Lake, se iba a producir un apagón. Que duraría cuatro segundos. Que a la vuelta de la corriente los láseres se dispararían solos. Que un ratón blanco desaparecería. Y que lo único que yo tenía que hacer, para que ocurriera todo como debía, era no intervenir.

—No intervenir en qué.

—En nada. En el circuito de emergencia. En la nota que el doctor Sayer me enviaría. En el fallo que él mismo detectaría y yo debería ignorar. —Smith sonrió con cierta amargura—. Me dijo que si lo ignoraba, tendría la oportunidad que llevaba veintinueve años esperando. Y se levantó. Y se fue.

—¿Quién era?

—No lo sé.

—No lo cree usted.

—No. —Smith bajó los ojos—. Cuando se marchó, tuve la sensación de que conocía su forma de andar. De haberla visto antes. Mucho antes, y muchas veces. En un espejo, quizá. No podría decirle más. Era una impresión. Pero esa impresión no me ha abandonado desde entonces.

El silencio se extendió sobre la mesa, espeso, como el vapor de las tazas.

—Hice lo que me pidió —continuó Smith—. No intervine. Y ocurrió exactamente como él había dicho. Apagón de cuatro segundos, a las tres y diecisiete. Un ratón blanco que desaparece. Esa noche, cuando la luz se fue, yo ya sabía cuánto iba a durar. Por eso pregunté después cuánto había durado: para comprobar que el hombre no se había equivocado en un solo segundo.

—Y no se equivocó.

—Ni uno.

Elena sintió un frío leve en la nuca. Había algo en aquel relato, una simetría, una música subterránea, que le recordaba los modelos que llevaba toda la vida estudiando: los sistemas que se alimentan a sí mismos, las curvas que vuelven al punto de partida.

—¿Por qué me lo cuenta?

—Porque necesito que comprenda algo. —Smith se inclinó—. Todo esto no es una casualidad. Alguien lo sabía. Alguien lo quiso. Y yo he llegado hasta aquí sin saber para qué. Esta noche, cuando he visto desaparecer al doctor Sayer en esa cápsula, he comprendido algo que quizá usted no ha considerado.

—Dígalo.

—El anillo solo admite un disparo más.

Elena mantuvo el rostro inmóvil, pero algo dentro de ella cayó con un chasquido.

—Lo sabe.

—Lo sé desde hace tres días. Los condensadores del lado norte llevan meses al límite, y los picos que usted calculó, esos que se acortan cada vez más, están deformando la señal de referencia. Hay una descarga acumulada que el sistema no puede disipar. Un disparo más y el anillo se funde. —Smith extendió las manos—. Un solo disparo, doctora. Dentro de una hora y diez minutos. No admite dos.

—Es el de regreso.

—Es el de regreso. Pero podría ser otro.

La palabra quedó suspendida entre ambos como un hilo tendido sobre un abismo.

—Podría ser el mío —dijo Smith, con suavidad—. Veintinueve años. Un hospital de San Francisco. Una coma. Tengo la firma, tengo el cálculo, tengo la distancia. Solo me falta la mano que dispare.

—Usted dijo que si el doctor Sayer regresaba…

—Dije muchas cosas. —Smith la miró con una franqueza desarmante—. Le mentí a Sayer. Eso quiero que lo sepa. No pensaba permitirle volver. Pensaba dejar que cruzara, que llegara a su noche del diecisiete, que intentara lo que fuera, y después usar el único disparo disponible para lo que de verdad me importa. Que él se quedase en 1962 hasta que se murieran los dos, él y el siglo. No es una conducta de la que me enorgullezca. Pero es la que corresponde a un hombre que ha esperado tanto.

Elena sintió que la sangre se le retiraba de las mejillas. Quiso levantarse. Una cosa muy antigua, un reflejo de especie, le gritaba que saliera de allí. Pero sus piernas no la obedecieron.

—Y ahora me lo cuenta —dijo.

—Ahora se lo cuento. Porque he cambiado de opinión sobre cómo conseguirlo. —Smith abrió las manos sobre la mesa—. Podría hacerlo por la fuerza. Tengo dos hombres junto a su consola y otros cuatro en las escaleras. Podría pedirles que la aparten del panel y disparar yo mismo. Pero hace veintinueve años que aprendí que las cosas que se obtienen a la fuerza se pierden de la misma manera. Prefiero ofrecerle un trato.

—¿Qué clase de trato?

—Uno en el que todos ganamos algo, y nadie pierde lo que ya tiene.

Se levantó. Fue hasta la pared, junto al reloj de las 3:17, y se quedó mirando las agujas inmóviles con la misma atención con que había mirado la cámara vacía.

—Su hija existe —dijo, sin volverse—. Se llama Ada. Tiene seis años y una cicatriz en la barbilla. Le tiene miedo a la oscuridad y duerme con un peluche de oso. Todas las noches le cuenta usted un cuento sobre un pájaro que vive en el cielo. —Hizo una pausa —. Si dispara el pulso de regreso, la niña dejará de existir. Usted lo sabe. Rob lo sabe. Yo lo sé.

Elena no respondió.

—Si dispara el mío, en cambio, el mundo sigue como está. Ada crece. Sus cuentos de pájaros continúan. Usted tiene un lugar en la Instalación 9, con la niña, durante cinco años, hasta que pase lo que tenga que pasar el día cero. Y Julia vive. No en este mundo. En el pasado. Yo vuelvo a 1997, muevo una coma, y una niña de siete años llega a ser veterinaria. —Se volvió—. Nadie más muere. Ni siquiera el doctor Sayer. Se queda sesenta y cuatro años antes, en un mundo sin misiles todavía, con tiempo para enamorarse de una mujer que quizá se parezca a la suya. No me parece un destino cruel.

—Y el mundo que se queda.

—¿Cuál?

—El de las ratas. El de los gatos. El del día cero.

Smith dejó caer los hombros.

—No sé qué ocurrirá el día cero —dijo—. Usted tampoco. Sus cálculos terminan en una frontera donde la matemática ya no responde. Puede que el mundo se estabilice. Puede que se vacíe. Pero hay cuatrocientas personas con aire, agua y alimentos para cinco años. Es más que lo que tuvo nadie en ninguna otra época.

—Cuatrocientas personas.

—Las mejores.

—Las que usted eligió.

—Las que pude. —Smith la miró fijamente—. Doctora Ward, le pido que haga una cuenta muy simple. Con el disparo de regreso, desaparecen Ada, Claire Brandt, miles de niños que han nacido en este mundo y que no habrían nacido en el otro, y todos los que amaron algo que solo existe aquí. Con el mío, desaparece una sola cosa: la posibilidad de que usted tenga razón.

—Y la de él.

—Y la de él.

Elena se quedó mirando sus propias manos. Las tenía apretadas contra los muslos, con los nudillos blancos. Llevaba un rato conteniendo el aliento sin darse cuenta. Pensó en una voz soñolienta, en una respiración rítmica en un auricular de teléfono, en un cuento inventado a las once de la noche para que una niña no echara de menos lo que nunca había tenido. Pensó que nunca nadie le había hecho una propuesta tan limpia, tan racional, tan perfectamente construida. Y que justamente por eso era la más peligrosa que había recibido en toda su vida.

—Una cosa me inquieta —dijo en voz baja.

—Pregunte.

—Si todo lo que dice es verdad, ¿por qué no ha hecho disparar ya su pulso? ¿Por qué no me ha apartado de la consola? ¿Por qué me pide permiso?

Smith guardó silencio. Cuando habló, lo hizo con una voz distinta, más baja y más ronca, la de un hombre que no ha dicho aquello nunca en voz alta.

—Porque el hombre que vino a verme a Nueva York me dijo una última cosa. Me dijo: «Cuando llegue el momento, no podrás obligarla. Tendrá que ser ella quien elija». Y yo, doctora, llevo cinco semanas preguntándome quién es ella.

Elena lo miró. Un escalofrío le recorrió la espalda entera.

—Y ahora lo sabe.

—Ahora lo sé.

—Entonces ¿qué espera de mí?

—Que decida. —Smith se acercó a la mesa, recogió su taza y, con un gesto cansado, se la llevó a los labios—. Tiene hasta las nueve y diecisiete. Y le ruego, por lo que usted más quiere, que lo haga sabiendo lo que hace.

Salió de la sala sin una palabra más. Elena se quedó sola, bajo la luz roja, con las tazas frías sobre la mesa y la certeza de haber escuchado la oferta más tentadora y más monstruosa de toda su vida.

Levantó los ojos hacia el reloj. Las agujas seguían clavadas en la misma hora. Y por primera vez desde que había empezado a mirarlo, le pareció que no marcaba el momento en que el tiempo se había roto, sino el instante, mucho más pequeño y mucho más terrible, en que alguien, algún día, tendría que decidir cómo se arregla.

CAPÍTULO 31

El sándwich

A medianoche, Rob se comió el sándwich.

No tenía hambre. Llevaba veinte horas sin probar bocado y el estómago se le había cerrado como un puño, pero en algún momento entre las once y las doce, mientras miraba el cielo con la espalda contra la piedra, recordó el pequeño bulto que le oprimía el pecho y pensó que, si no lo hacía ahora, nunca más tendría ocasión. Sacó el paquete del bolsillo. El papel estaba arrugado, tibio por el contacto con su cuerpo, y al desenvolverlo notó algo escrito por el lado interior, con bolígrafo azul, en una letra apretada y redonda.

Come algo. —C.

Se quedó mirando las dos palabras. Se rio, un resoplido seco, involuntario, y le temblaron los labios. Era una frase de nada. Una de esas indicaciones que se dan a un niño o a un marido distraído, sin ceremonia, con la autoridad doméstica de quien sabe lo que conviene. La otra, la que había perdido, le había dicho exactamente lo mismo, con los mismos acentos, mil veces, antes de mil madrugadas. Y esta, que no lo conocía, que había cerrado una puerta en su cara y había llorado en su cocina, había sabido escribirlo sin que nadie se lo pidiera.

Se lo comió despacio. Era pan blando, de molde, con jamón cocido y una loncha de queso suave, apenas untado de mostaza. No era un gran sándwich. Era el mejor que había probado. Masticó cada bocado con una atención casi religiosa, sentado en el fondo de una hondonada del desierto, bajo un cielo hecho de estrellas, mientras a lo lejos aullaban los coyotes. Cuando terminó, dobló el papel con cuidado, lo alisó contra la rodilla y se lo guardó en el bolsillo, junto al cuaderno.

El tiempo fue pasando de a poco. Hacia la una menos veinte oyó un motor.

Rob se pegó al suelo. Un resplandor amarillo barrió el borde de la hondonada, subió por la ladera opuesta, se deslizó sobre las matas y se detuvo. Un jeep avanzaba por el camino de grava a treinta metros, con los faros apagados y un foco móvil sobre la capota que recorría el terreno a derecha e izquierda con la lentitud de una mirada cansada. Dos hombres. Uno al volante, otro de pie junto al foco, con una gorra de visera y una chaqueta de cuero.

Rob contuvo la respiración. El haz de luz pasó a un palmo de su cabeza, tiñó de blanco las piedras y se alejó. El motor se detuvo. Se oyeron voces, bajas, desganadas, entre una nube de humo de cigarrillo.

—…que si esa gente de Washington no se aclara, mañana no nos quedará ni un cuartel.

—No digas tonterías, Jim.

—Digo lo que oí. En la sala de operaciones no hablan de otra cosa. Los rusos tienen los cohetes puestos y el presidente no sabe qué hacer.

—Pues que decida. Para eso le pagan.

—Pues a mí no me gustaría estar en su pellejo.

Una risa breve, seca, sin alegría. Se encendió otro cigarrillo. Rob oyó el crujido de una bota sobre la grava, el roce de un cierre, el murmullo de la radio del jeep que escupía estática y un pedazo de frase sobre alertas y despliegues. Pasaron, tal vez, cinco minutos. Después el motor volvió a arrancar, el foco giró hacia el norte y el jeep se alejó por el camino levantando una nube de polvo que brilló, un instante, a la luz de las estrellas.

Rob se quedó inmóvil mucho rato. Le sudaban las manos pese al frío. Pensó en los dos hombres de la patrulla, en el miedo que cargaban sin saber de dónde venía. Tenían veintitantos años. Dentro de unas horas, o unos días, o una semana, podrían estar a un gesto de morir sin enterarse. Y ninguno tenía la menor idea de que, a cuatrocientos metros, un desconocido aguardaba un acontecimiento minúsculo que, dentro de sesenta y cuatro años, decidiría el destino de los pájaros.

Se acordó de las palabras de Smith: *Una coma, doctor.* Una coma mal puesta. Un ratón. Un botón.

La historia, pensó, no se mueve con grandes cosas. Se mueve con una coma, con un ratón, con una letra de más, con la duda de un hombre ante una tecla. Y ese era el secreto que nadie quería confesar: que la humanidad vivía suspendida de hilos tan finos que cualquier mirada demasiado larga los habría roto.

A las dos, el frío se volvió insoportable. Rob se levantó y caminó en círculos dentro de la hondonada, frotándose los brazos, con las mandíbulas apretadas para que no le castañearan los dientes. Revisó el cuaderno. Releyó, a la luz de las estrellas, que apenas alcanzaba para distinguir las letras, la última línea que había escrito: *Si llegas esa noche, dile a la niña que no tenga miedo. Con las manos abiertas. Despacio. Sin darle la espalda.* La repitió en voz baja varias veces, como se repasa una lección.

A las dos y cuarenta, el aire cambió.

No fue algo que pudiera señalarse. No hubo un ruido ni un destello. Fue un cambio de textura, una sensación en la piel, en el vello de los brazos, que se erizó sin motivo. El olor a creosota se volvió más agrio. Algo metálico, parecido al aire después de una tormenta, se coló en el fondo de la garganta. Rob se detuvo. Miró a su alrededor. Todo seguía igual: las matas, la grava, el cielo. Pero los insectos habían dejado de cantar.

Se hizo un silencio perfecto. Un silencio que se podía tocar.

Rob subió al borde de la hondonada, se arrodilló y miró hacia el centro. Al principio no vio nada. Después, muy tenue, una vibración en el suelo, una mancha de luz azul pálido, apenas más oscura que la noche, que parecía latir bajo la arena. Se extinguía y volvía. Se extinguía y volvía. Respiraba.

Dio un paso hacia ella. Y chocó contra algo.

No era una pared. Era una presión sorda, elástica, como un muelle de aire que lo empujaba con suavidad hacia atrás. Rob extendió la mano. Sintió la resistencia en la palma, un temblor frío, una especie de espuma invisible. Dio otro paso, con todo el peso del cuerpo, y la fuerza lo devolvió sin esfuerzo al punto de partida.

El campo lo rechazaba. Elena se lo había dicho: *Hasta que el círculo se forme, no podrás acercarte.* Se retiró hasta el borde, a unos quince metros del centro, y se escondió detrás de un arbusto espeso, tendido boca abajo, con el corazón desbocado y los ojos fijos en la luz.

Eran las tres y cuatro.

Pasaron los minutos con una lentitud insoportable. La luz azul crecía despacio, en oleadas, y cada vez que subía iluminaba un círculo mayor de arena y dejaba al descubierto detalles que antes no se veían: las ramas retorcidas de una mata, una lagartija inmóvil sobre una piedra, la silueta del hombre tendido. Rob se pegó al suelo. Sintió en los dientes el zumbido sordo del campo.

A las tres y once, lejos, detrás de él, se abrió una puerta.

Rob volvió la cabeza con un movimiento mínimo. A lo lejos, en la fachada de la casa, un rectángulo de luz amarilla se había abierto y de él salió, recortada contra la claridad, una figura alta, con un abrigo largo y una linterna en la mano. Se detuvo en el porche. Miró hacia el desierto, hacia el resplandor azul que emergía de la hondonada, y se quedó muy quieto.

—Papá —dijo una vocecita aguda, de niña, desde el interior—. ¿Qué es eso?

—Vuelve a la cama, Lori.

—¡Yo quiero ver!

—He dicho que vuelvas.

—¡Voy a gritar!

Hubo un silencio largo. Después, la voz de Ray Dunne, grave, cansada, vencida:

—Ponte las botas.

Rob cerró los ojos. Sintió que las lágrimas le quemaban otra vez.

Los vio acercarse por el sendero de grava. Venían despacio, el hombre delante, la linterna apagada, el brazo extendido hacia atrás para sujetar la mano de la niña. Ella caminaba pegada a su costado, envuelta en un abrigo de lana oscuro que le llegaba a las rodillas, con las trenzas deshechas sobre los hombros y un par de botas de goma demasiado grandes. Era muy pequeña. Era delgada como una caña. Cuando la luz azul le dio en la cara, Rob vio que tenía los ojos muy abiertos, fijos en el resplandor, con una expresión de asombro tan completa que le dolió mirarla.

Se detuvieron en el borde opuesto de la hondonada. Ray miró su reloj de pulsera, un reloj grande, de esfera blanca, que brilló con un verde pálido en la oscuridad.

—Las tres y dieciséis —murmuró.

Rob apretó los puños contra el suelo. Sintió cómo la presión del campo se tensaba, cómo el zumbido subía una octava, cómo el aire se espesaba como un líquido. La luz azul dejó de latir. Se quedó fija un instante, vibrante, a punto de romper.

—Papá, ¿qué…?

—Calla, Lori.

Ray rodeó con un brazo los hombros de su hija. Su mano libre, la de la linterna, colgaba junto al muslo, temblando apenas.

El reloj de Rob, en su muñeca, marcó las tres y diecisiete.

El círculo se encendió.

CAPÍTULO 32

Las nueve

A las nueve en punto, Smith pidió que despejaran la sala.

Lo hizo con la misma voz amable con que había dado, tres noches antes, la orden de empezar el experimento. Se había apostado junto a la barandilla de la galería, con las manos a la espalda, y desde allí repitió su petición en un tono que no admitía discusión: todos los técnicos, todos los ingenieros, todo el personal de apoyo debía abandonar el recinto del anillo y esperar en el corredor. Solo permanecerían la doctora Ward y el señor Moreau.

Los técnicos obedecieron en silencio, como obedecen los que llevan meses sabiendo que algo se rompe y prefieren no ver cómo. Uno a uno fueron saliendo por la puerta norte, con la cabeza baja, sin una palabra. La joven rubia que había llorado a las tres de la madrugada se detuvo un instante junto a Elena, la miró y le apretó el brazo con una mano húmeda. Después salió también.

Hale no se movió.

—Comandante —dijo Smith.

—Mi puesto es aquí, señor.

—Su puesto es donde yo le diga.

—Mi puesto es la seguridad del anillo. —Hale tenía los pies firmemente plantados en el suelo, las manos a los costados—. Y mientras haya una cápsula con un hombre en 1962 y un pulso por disparar, me quedo.

Smith lo observó durante unos segundos. En su rostro no había enfado, sino una ternura resignada, la de un padre que contempla a un hijo cometer un error que ya vio cometer.

—Como quiera —dijo al fin.

Elena ocupó su lugar ante el panel principal. Se sentó con la espalda recta, las manos sobre las rodillas, la mirada fija en la pantalla donde la firma invertida aguardaba, cargada y silenciosa. A su derecha, a menos de un metro, uno de los hombres de gris permanecía de pie con los brazos cruzados. A su izquierda, otro. Delante de la consola, en el centro de la sala, la cápsula vacía reflejaba los pilotos de los emisores como una pequeña constelación quieta.

Daniel estaba a su espalda, junto al panel de instrumentos, con un cuaderno abierto y un lápiz en la mano. No la miraba. Observaba, con una atención que le dolía a ella en la nuca, a los dos hombres de Smith.

A las nueve y cinco, Elena sacó el teléfono del bolsillo de la bata.

—Voy a hacer una llamada —dijo, sin volverse.

—Naturalmente —respondió Smith.

Marcó. Sonó una vez, dos. Al tercer tono respondió su hermana.

—¿Elena? ¿Estás bien? Me dijiste que no te llamara hasta mediodía.

—Quiero hablar con Ada.

—Está en la cocina, desayunando. Tiene un poco de mocos y no he querido llevarla al colegio. —Un ruido de platos—. Te la paso.

Hubo un forcejeo, un taconeo de pies pequeños sobre baldosas, una respiración cerca del micrófono. Y después una voz clara, muy aguda, con una pizca de congestión:

—¿Mamá?

Elena cerró los ojos. Algo se le contrajo por dentro, un puño blando e implacable. Respiró hondo, despacio, hasta que la voz le salió tranquila.

—Hola, mi vida.

—¿Estás en el trabajo?

—Sí.

—¿Vas a volver hoy?

—Hoy, sí. Pronto. Mamá siempre vuelve.

—¿Y me cuentas el cuento del pájaro?

—Hoy te lo cuento dos veces.

—¡Bien! —Una pausa. Un chasquido de cuchara contra un plato—. Mamá. Hoy vino a mi ventana.

—¿Quién?

—El pájaro. El azul. El del cuento. Estaba en el alféizar. Muy grande. Con las alas abiertas.

Elena se llevó la mano a la boca. A su derecha, el hombre de gris giró levemente la cabeza. Daniel había dejado de escribir.

—¿Y cómo era? —logró decir.

—Muy bonito. Brillaba. Me miró un ratito y después se fue. —La voz de Ada se hizo grave, confidencial—. Pero no le digas a la tía Marta, porque no me cree. Ella dice que no hay pájaros.

—Yo sí te creo.

—Lo sé. Por eso te lo cuento a ti.

Elena apretó el teléfono contra la oreja. Quiso decir algo. Quiso decirle que la quería, que la había querido desde antes de saberlo, que había sido la única cosa verdadera de una vida que había construido, entera, sobre el error de otro. Pero cualquier palabra, en ese momento, habría sido una despedida, y a una niña de seis años no se le dice adiós por teléfono mientras desayuna.

—Termina tus cereales —dijo.

—Bueno.

—Y dile a la tía que te ponga el abrigo amarillo si sales.

—Hace sol.

—Aun así.

—Bueno. Te quiero, mamá.

—Y yo a ti. Más que a todos los pájaros del cielo.

Colgó. No: no colgó. Dejó el teléfono sobre la consola, con la pantalla hacia arriba y la línea abierta, y se quedó mirando cómo el pequeño contador seguía corriendo. Su hermana, al otro lado, había quedado sosteniendo el aparato sin decir nada. Se oían, muy bajito, los ruidos de una cocina: una cuchara, una silla, el borboteo de un hervidor.

A las nueve y doce, Smith bajó la escalera.

Caminó sin prisa hasta situarse frente a Elena, al otro lado de la consola, con las manos a la espalda. La luz de los pilotos le teñía la cara de un verde enfermizo. Miró el teléfono sobre la mesa. Miró a Elena. En sus ojos no había reproche, solo una atención profunda, casi tierna.

—¿Ha tomado una decisión? —preguntó.

—Sí.

—¿Puedo saberla?

—Voy a disparar el pulso de regreso.

El silencio duró tanto que se oyó el zumbido de los ventiladores. Los hombres de gris no se movieron, pero Elena sintió la tensión que se les subía por los hombros como un calambre.

—Lo lamento —dijo Smith, con suavidad.

—Dijo que no habría amenazas.

—Y no las habrá. Solo una petición. —Dio un paso hacia ella—. Doctora Ward, se lo ruego por última vez. No lo haga. No por mí. Por su hija. Por esa niña que acaba de decirle que ha visto un pájaro.

—Por eso lo hago.

—No lo entiende.

—Lo entiendo perfectamente. —Elena se puso de pie, despacio, con las manos a la vista—. La mitad de lo que dijo anoche era cierto. La otra mitad era la parte que no me contó. Que si usted dispara, el mundo sigue vaciándose. Que cuando lleguen los intervalos a cero, Ada no vivirá en ninguna parte, ni en la Instalación 9 ni en ningún otro sitio. Que usted no sabe qué ocurre el día cero, y yo sí lo sospecho. —Hizo una pausa—. Prefiero que Ada no exista a que exista para ver eso.

—Eso es una locura.

—Es una decisión.

Smith dejó caer los hombros.

—Entonces —dijo— no me deja alternativa.

Hizo un gesto casi imperceptible con la mano. Los dos hombres de gris se movieron a la vez. El de la derecha agarró a Elena por el brazo, con una fuerza controlada pero ineludible, y tiró de ella hacia atrás, apartándola de la consola. El de la izquierda se inclinó sobre el teclado con una mano extendida, buscando la tecla de anulación.

—¡No! —gritó Daniel.

Pero antes de que nadie pudiera reaccionar, el sonido de un percutor arrancó un eco seco en la sala.

Hale había desenfundado.

Estaba de pie junto a la puerta, con la pistola levantada en las dos manos y el cañón apuntado al centro del pecho del hombre que sujetaba a Elena. No temblaba. Tenía el rostro liso, sin una sola arruga, como si lo hubieran tallado en piedra.

—Suéltela —dijo.

—Comandante —dijo Smith, sin elevar la voz—. Baje eso.

—Suéltela, he dicho.

El hombre de gris dudó. Miró a Smith. Smith, con una calma gélida, negó una vez con la cabeza. El hombre aflojó la mano. Elena retrocedió tambaleándose y chocó con una silla.

—Esto es un motín —dijo Smith.

—Es una orden —respondió Hale—. La más justa que he dado en veintidós años.

—No va a disparar.

—Pruebe.

Durante unos instantes eternos nadie se movió. Los dos hombres de gris, con las manos a la altura de las caderas, parecían sopesar la distancia que los separaba de sus armas. Hale no bajó la pistola. Daniel, junto al panel de instrumentos, seguía inmóvil, con los dedos apoyados en el teclado de su consola y los ojos fijos en la pantalla, donde un contador descendía.

00:04:12. 00:04:11. 00:04:10.

Elena miró a Smith. Él la miró a ella. En sus ojos se veía algo que ninguno de los dos habría sabido nombrar: no era odio, tampoco rabia. Era el reconocimiento de dos personas que han perdido una hija y que han elegido, cada una a su manera, qué hacer con el hueco.

—Doctora —dijo Smith, en voz muy baja—. Una última vez.

—No.

Smith bajó la mirada. Cuando volvió a levantarla, había en su rostro una serenidad extraña, casi dulce.

—Comprendo.

00:03:00.

Elena se acercó a la consola. Nadie la detuvo. Los hombres de gris, ahora quietos, miraban a Hale y a Smith alternativamente. Puso las manos sobre el teclado y comprobó que la firma estaba cargada, la alineación correcta, el contador en marcha. Después se volvió hacia Daniel.

—Está armado —dijo—. Falta la orden de fuego.

—Lo sé.

—Tiene que ser a las nueve y diecisiete exactas.

—Lo sé.

—Cualquiera de los dos puede hacerlo. Pero yo… —Se le quebró la voz—. Yo no voy a poder.

Daniel la miró durante un largo momento. Luego, con una gentileza inmensa, se ajustó los anteojos sobre la nariz.

—Entonces lo haré yo.

—Daniel…

—Está bien. —Hizo un gesto breve, casi infantil—. Si hay que apretar un botón para arreglar el mundo, que lo apriete el hombre que nunca tuvo que elegir.

Elena asintió. Se le habían llenado los ojos de lágrimas y no hizo nada por contenerlas. Se inclinó sobre el teléfono, que seguía abierto sobre la mesa, y escuchó. Al otro lado de la

línea, muy lejos, había una cuchara que golpeaba un plato, una niña que cantaba por lo bajo una melodía sin letra, una voz de mujer que decía: «Termina, cariño, que se enfría».

—Gracias —susurró Elena, sin saber a quién se lo decía.

00:00:30.

Hale mantenía la pistola en alto. Los hombres de gris no se movían. Smith, de pie en medio de la sala, con las manos juntas, miraba el contador con una expresión que Elena no pudo descifrar. No tenía miedo. Tenía algo parecido a la curiosidad.

00:00:10.

Daniel puso el dedo sobre la tecla.

00:00:05.

—Cuatro —dijo, en voz baja—. Tres.

Elena apretó el teléfono contra el pecho.

—Dos.

—Uno.

El dedo de Daniel bajó con un clic suave, casi imperceptible, como el de una puerta que se cierra en otra habitación.

En el reloj digital de la pared, los números rojos marcaron las 09:17:00.

CAPÍTULO 33

El porche de Reno

◆

Era una mañana hermosa, y eso fue lo más difícil.

Claire lo pensó desde que se levantó, mucho antes de que amaneciera, cuando salió descalza al porche con una manta sobre los hombros y se sentó en la mecedora de su madre a ver cómo el cielo pasaba del negro al azul. Había esperado una mañana fea, de esas con nubes bajas y viento y un aire de catástrofe inminente, como en las películas. Pero Reno amaneció limpia, tibia, dorada, con una luz de otoño que se derramaba sobre los techos bajos y los jardines de grava como miel sobre un pan. No había una nube. No se movía una hoja. Era la clase de día que cualquiera habría elegido para ser feliz.

A las nueve ya estaban las dos en el porche.

Lorna había sacado la mesita de mimbre y la había cubierto con un mantel blanco, tejido a crochet, que Claire no le había visto desde niña. Había puesto la tetera, dos tazas de loza con flores azules y la lata de galletas, abierta, rebosante, con un olor a mantequilla y canela que se mezclaba con el del té. Se había peinado con cuidado y se había puesto su cárdigan azul y un broche de plata en la solapa, un pequeño broche en forma de hoja que Claire también recordaba de otras épocas. No hablaban demasiado. Bebían el té a sorbos, miraban el jardín, de vez en cuando una decía algo pequeño.

—Están buenas —dijo Claire, probando una galleta.

—Son las de siempre.

—Lo sé. Por eso.

—Tienen demasiada canela.

—Tienen la canela justa.

Lorna sonrió, con los ojos fijos en el cielo.

—Qué día más bonito.

—Sí.

—Es una pena desperdiciarlo.

—No lo estamos desperdiciando, mamá.

—No. —Lorna le dio unas palmaditas en la mano—. No lo estamos desperdiciando.

A las nueve y diez Claire miró por primera vez el reloj. Era uno de pulsera, pequeño, de esfera redonda, que había sido de su padre. Lo miró dos veces más en los cinco minutos siguientes. Lorna se dio cuenta y no dijo nada. Se limitó a girar la taza entre las manos, despacio, como si leyera algo en el fondo del té.

A las nueve y catorce, Lorna ladeó la cabeza.

—Qué raro —murmuró.

—¿Qué?

—Nada. Una tontería. —Frunció el ceño—. Me ha venido una idea a la cabeza. Algo que pasó, o que no pasó. No sé. Es como acordarse de un sueño.

Claire sintió que se le erizaba la piel.

—¿Qué es?

—Un hombre. —Lorna cerró los ojos—. En la oscuridad. En el desierto. Con una cosa blanca en la mano, o en la cintura, no sé. Era alto. Se arrodilló delante de mí.

—Mamá.

—Se arrodilló y abrió las manos. Así. —Lorna extendió las palmas hacia arriba, con los dedos relajados, sobre el mantel tejido—. Y me dijo algo. Me lo dijo muy despacio. Como se habla a alguien que se quiere de verdad.

Claire contuvo el aliento. Miró el reloj. Las nueve y dieciséis.

—¿Qué te dijo?

—Me dijo que no tuviera miedo.

La voz se le quebró. Claire se inclinó hacia ella, le tomó las manos, las dos, las apretó entre las suyas. Estaban frías y ligeras, de una piel fina, arrugada, que se le deshacía bajo los dedos como la de una hoja seca.

—No pasó —susurró Lorna—. Yo sé que no pasó. Nunca vi a ese hombre. Nunca. Pero lo estoy viendo ahora, Claire. Lo veo con una nitidez… —Abrió los ojos. Tenía las pupilas dilatadas, brillantes, como si la luz le llegara desde muy lejos—. Y yo tenía el ratón en las manos. Y se lo di.

—Mamá…

—Se lo di yo. Nadie me lo quitó. —Una lágrima le resbaló por la mejilla y se detuvo en el hoyuelo de la barbilla—. Se lo di con las manos abiertas. Porque él me lo pidió así. Y yo supe que era lo que había que hacer.

Claire sintió que el mundo se estrechaba hasta caber en un solo punto. No era miedo. Era otra cosa, más grande y más quieta, parecida al instante en que el avión deja de subir y todavía no ha empezado a descender. Miró el reloj. Las nueve y diecisiete.

El aire cambió.

No fue un ruido ni una luz. Fue una presión muy suave en los oídos, un leve tirón detrás de los ojos. Las hojas del seto, que hasta entonces estaban inmóviles, se estremecieron todas a la vez. La taza de Lorna vibró contra el platillo con un tintineo mínimo. Un velo de brillo, casi invisible, pasó sobre el jardín y volvió a pasar, como el reflejo del sol sobre el agua.

—Claire —dijo Lorna.

—Estoy aquí.

—Dime que no ha sido en vano.

—No ha sido en vano.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo.

Lorna sonrió. Tenía el rostro mojado de lágrimas y una paz tan completa en la mirada que Claire no pudo sostenerla. Apretó sus manos con más fuerza, hasta sentir los huesos. Quiso decirle que la quería. Quiso decirle que había sido la mejor madre que se podía

tener, que le había dado un nombre, una risa, una vocación que no pudo realizar y que había encontrado de otra forma, entre papeles viejos, en un sótano. Pero no encontró las palabras. Solo supo repetir, con una voz casi inaudible:

—Mamá.

Fue entonces cuando lo oyó.

Una nota. Una sola, clara, aguda, interrogante. Después otra, más alta, con un temblor de agua. Y otra más. Venían de arriba, de la rama del seto, de algún lugar cercano. Claire levantó la cabeza.

Había un pájaro en la barandilla del porche.

Era pequeño, gris, regordete, de plumaje suave y una mancha oscura en el pecho. Se balanceaba sobre sus patas finas como quien prueba el equilibrio de un trapecio. Ladeó la cabeza. La miró con un ojo negro, redondo y brillante, enteramente vivo. Abrió el pico y cantó una frase entera, breve y perfecta, de una alegría tan simple que le dolió el pecho.

Claire lo miró sin respirar. No sabía qué era. Solo lo había visto en libros, en fotografías, en los dibujos de los niños. Lo reconoció igual que se reconoce una voz oída mil veces en sueños.

Se le escapó una risa.

Corta. Descarada. Subió al final como una pregunta.

—Mamá, mira —dijo—. Mira, hay un…

CAPÍTULO 34

Nueve segundos

◆

Cero.

En el fondo de la hondonada, un círculo azul se encendió con un estampido sordo, un golpe de aire que levantó la arena en una corona de polvo y se extinguió en un silbido. Durante un instante todo fue claridad. La grava, las matas retorcidas, los rostros de dos figuras inmóviles en el borde opuesto, todo quedó bañado en una luz sin sombras, tan densa que parecía sólida. Después la luz se contrajo hacia dentro, se afinó, adquirió un contorno nítido, y quedó sosteniéndose sobre el suelo como el aro de una rueda invisible.

En el centro había un ratón.

Estaba de pie sobre las patas traseras, blanco como la sal, con las delanteras recogidas contra el pecho y la nariz levantada hacia la oscuridad. Los bigotes le temblaban. Los ojos, enormes y rojos, reflejaban el azul con un brillo líquido. No parecía asustado. Parecía alguien que acaba de llegar a una casa y espera que le abran.

La presión que había retenido a Rob cedió de golpe, como una mano que se retira. Se incorporó de un salto.

Uno.

—Madre de Dios —susurró Ray Dunne.

Rob corría ya, con el cuaderno golpeándole el pecho y las botas hundiéndose en la arena blanda. Eran quince metros. Los había medido con los ojos durante tres horas. Eran quince metros y ahora le parecían un continente. A su derecha, al otro lado del círculo, el hombre alto del abrigo largo había dado un paso al frente. Levantó la linterna sin encenderla. Y entonces el ratón volvió la cabeza y lo miró.

En un lugar remoto, a sesenta y cuatro años de distancia, un dedo de ingeniero había pulsado una tecla, y una mujer de pelo recogido tenía el teléfono apretado contra el pecho y la mirada clavada en el vacío. *Uno*, pensó Elena. *Ya está.* De la línea abierta llegaba el rumor lejano de una cocina.

Dos.

Ray cruzó el borde del círculo. No lo dudó. Entró en la luz como se entra en un río, con el cuerpo inclinado y la mano extendida, y el ratón, sin vacilar, dio un paso hacia él. Subió a su palma con una confianza absurda, casi humana. Ray lo contempló un momento, boquiabierto, como un hombre al que le han dado un cuento a leer. Después, con una ternura que Rob no habría imaginado, se agachó y se lo ofreció a la niña.

—Tómalo —dijo.

Lorna lo tomó. Lo recibió en el hueco de las dos manos, juntas, con el cuidado con que se recibe un pichón caído del nido. El animal se acomodó contra sus dedos. Alzó la cabeza y la miró. Y en la cara de la niña, que había estado abierta de asombro, apareció algo que Rob no había visto nunca en un rostro humano y que reconoció al instante: la expresión de alguien a quien acaban de decirle, sin palabras, que ya no está solo.

Tres.

Rob llegó al borde del círculo y se detuvo. No había aire en sus pulmones. Sentía el campo contra el pecho, vibrante, caliente. Entró.

La luz lo envolvió. Oyó su propia respiración, el crujido de la arena bajo las botas. Vio cómo el hombre alto levantaba la cabeza, cómo la linterna se encendía de golpe y le cegaba los ojos con un cono blanco.

—¡Alto ahí! —gritó Ray—. ¿Quién es usted? ¿Qué hace aquí?

—Por favor —dijo Rob.

No supo qué más. Se arrodilló. Lo hizo despacio, con las dos rodillas sobre la arena, sin apartar la vista de la niña, hasta que sus ojos quedaron a la altura de los de ella. Después, muy lentamente, abrió las manos. Las puso entre los dos, con las palmas hacia arriba y los dedos relajados, vacías.

Cuatro.

Daniel contempló el contador. Los números descendían con la implacable puntualidad de lo que ya no puede detenerse. Hale había bajado el arma. Smith, en el centro de la sala, estaba quieto, con la mirada fija en la cápsula vacía, y su rostro tenía una expresión de recogimiento extraño, casi devota. Detrás de él, uno de los hombres de gris murmuró algo. Nadie lo oyó.

En Reno, sobre una barandilla de madera, un pájaro cantaba una frase.

—No tengas miedo —dijo Rob.

Lo dijo despacio, en voz baja, sin dramatismo, como se le habla a alguien a quien se quiere de verdad. La niña no se movió. Tenía las trenzas pegadas a las mejillas, los ojos muy abiertos, las manos juntas sobre el pecho. El ratón, entre sus dedos, había levantado la nariz hacia el hombre arrodillado.

Cinco.

Ray avanzó un paso. Le puso una mano en el hombro, no violenta pero firme, de las que sujetan a un hombre sin llegar a derribarlo.

—Lori, atrás.

—Papá…

—Atrás. Este hombre…

—Una señora me pidió que te lo dijera —dijo Rob. Miraba solo a la niña. Le salía la voz en jirones, rota, sin aire—. Una señora que se llama Lorna. Me pidió que te dijera que no tuvieras miedo. Y que te lo pidiera con las manos abiertas.

La niña frunció el ceño.

—¿Quién es esa señora?

—Eres tú —dijo Rob—. Cuando seas muy mayor.

Hubo un silencio. Dentro del círculo azul, el tiempo se estiró como una goma. Rob vio que la niña lo miraba con una gravedad desmesurada, con la atención de quien ha oído por

primera vez una verdad que no esperaba y la está pesando, y la está encontrando justa. Vio que sus labios temblaban. Vio que no lloraba.

Seis.

—Hace mucho tiempo que espero a alguien —dijo la niña.

Lo dijo en voz tan baja que casi no se oyó.

—Lo sé.

—Mi papá dice que viene gente. Que no hay que hablar con ellos.

—Tu papá tiene razón.

—Pero tú no eres de ellos.

—No —dijo Rob—. No soy de ellos.

En la sala de control, Elena Ward cerró los ojos. De la línea abierta, muy tenue, se elevaba una voz infantil, aguda, que decía algo sobre un pájaro, una ventana, un abrigo amarillo.

Siete.

—¿Me lo dejas un momento? —preguntó Rob.

No dijo *me lo llevo*. No dijo *tengo que*. No dijo nada de lo que había ensayado a lo largo de dos semanas en un cuarto sin ventanas. Se oyó pronunciar una pregunta simple, la que se le hace a un niño cuando se le quiere pedir un juguete, y descubrió que era la única que importaba.

La niña bajó la vista. Miró al ratón. El ratón la miró a ella. Durante una fracción de segundo que a Rob le pareció infinita, algo pasó entre los dos, algo que no tenía nombre ni sustancia, una conversación mantenida sin palabras entre una persona que había esperado toda la vida a un amigo y un animal que había cruzado seis décadas para ser su amigo. Rob supo, con una certeza dolorosa, que estaba presenciando el comienzo de una historia que no le pertenecía y que acababa de pedir que se la entregaran.

—¿Lo vas a cuidar? —preguntó la niña.

—Sí.

—¿De verdad?

—De verdad.

—¿Vas a ser amable con él?

—Todo lo que pueda.

La niña respiró hondo. Era una respiración honda, solemne, de adulto. Alargó las manos, despacio, hasta quedar a un palmo de las suyas. No lo hizo con prisa. No lo hizo con miedo. Lo hizo con la dignidad de quien ha tomado una decisión que le cuesta y la cumple.

Ocho.

El ratón dio un paso.

Cruzó el hueco entre las dos palmas con la ligereza de una hoja. Sus patas diminutas rozaron la piel de Rob, tibia, áspera. Se acomodó en el centro de su mano, se sentó, se enroscó la cola alrededor del cuerpo, y alzó la cabeza para mirarlo con unos ojos rojos, enormes, plenamente conscientes.

Rob lo reconoció. Lo había reconocido siempre. Era el mismo que había olfateado la yema de su dedo a través de un plástico transparente, la noche en que se negó a ponerle nombre.

—Se llama Nube —dijo la niña.

—Es un buen nombre —dijo Rob. Y le temblaba tanto la voz que apenas logró pronunciarlo.

Cerró los dedos con infinito cuidado. No apretó. Formó con la mano una cuna pequeña y tibia, y sintió el latido minúsculo, vertiginoso, de un corazón que latía contra su palma.

Nueve.

La luz subió.

Fue una ola vertical, silenciosa, que brotó de la arena y trepó por el aire en un cilindro de claridad. Rob sintió cómo el suelo se desvanecía bajo sus rodillas. Vio a Ray Dunne retroceder con el brazo extendido sobre su hija, el rostro blanco, los labios entreabiertos en una oración que no llegaba a formarse. Vio a la niña, de pie, con las manos todavía abiertas y vacías, mirando cómo se llevaban lo que más quería. No gritó. No lloró. Lo miró a él. Y en el último instante, cuando la luz le quemaba ya los ojos y el mundo entero se disolvía en un resplandor tan blanco que parecía no tener fin, Rob vio que la niña asentía con la cabeza, una sola vez, con una gravedad de adulta, como quien dice: *Está bien. Entiendo.*

En la sala de control, el reloj marcó las 09:17:09.

En el porche de una casa de Reno, un pájaro dejó de cantar.

Y en el desierto de Nevada, en la madrugada del diecisiete de octubre de 1962, una niña de ocho años se quedó mirando sus manos vacías, a la luz de un resplandor que se apagaba, sin saber todavía por qué se sentía, de pronto, tan completamente acompañada.

CAPÍTULO 35

Gaviotas

◆

Despertó con la frente contra un cristal.

Fue una sensación tan simple, tan cotidiana, que tardó en reconocer que era un milagro. Un cristal frío. Un zumbido de motores, parejo, monótono, que le vibraba en la mandíbula. El olor a plástico y a café recalentado de un avión comercial. Rob tenía los ojos cerrados y no quiso abrirlos. Prefirió quedarse así un instante, respirando, sintiendo cómo el cuerpo, que había sido un haz de nervios durante dos semanas, volvía a ocupar su sitio asiento por asiento, pierna por pierna, mano por mano.

Tenía las manos cerradas sobre el regazo. Las abrió despacio.

Estaban vacías.

Pero la palma izquierda todavía recordaba un calor, un latido minúsculo, un peso que no pesaba. Rob se quedó mirándola como se mira una carta de la que ya no queda remitente. Después cerró los dedos con suavidad, cuidando de no aplastar nada, y los mantuvo así, sobre el pecho, hasta que la sensación se fue retirando como una marea.

Abrió los ojos.

El desierto se extendía bajo las alas, inmenso y callado, de un ocre limpio bajo la luz de la mañana. Una carretera lo cruzaba en línea recta, hacia la nada. Un hilo de arroyo seco serpenteaba entre dos mesetas. Rob lo contempló sin parpadear. Y entonces la vio, la segunda línea de horizonte, tal como la había visto aquella vez, una sombra trazada a lápiz sobre el filo azul del mundo, torcida, superpuesta, avanzando en dirección contraria al sol.

Esta vez no se deshizo.

Esta vez se acercó. Lentamente, sin ruido, con una mansedumbre casi tierna, la línea fantasma fue deslizándose hacia la otra, encajando en ella con una exactitud de relojería, borde con borde, pliegue con pliegue, como los dos bordes de un cierre que alguien corre con cuidado. Rob vio cómo las dos se tocaban. Vio cómo se fundían. Y vio, por fin, cómo quedaba una sola, nítida, recta, azul, sosteniendo el cielo sin ninguna sombra.

Exhaló el aire que no sabía que contenía.

—Rob.

La voz venía de su izquierda. Se volvió.

Elena Ward estaba sentada en el asiento del pasillo, con las manos aferradas a los reposabrazos y la mirada clavada en el respaldo de enfrente. Llevaba el pelo mal recogido y el rostro de quien ha corrido durante horas sin cambiar de sitio. Tenía los ojos secos, enormes, de una quietud que daba miedo.

—Lo recuerdas —dijo ella. No era una pregunta.

—Sí.

—Yo también.

Se miraron. En el espacio estrecho de dos butacas contiguas, entre el zumbido de los motores y los ronquidos de los pasajeros, hubo un silencio tan lleno que Rob no se atrevió a romperlo. Sabía lo que seguía. Lo había sabido desde que cerró los dedos sobre el calor de un ratón. Pero no le había dado nombre.

—Tenía una cicatriz en la barbilla —dijo Elena, con una voz minúscula—. De una caída en un parque. Un columpio. Lloró tanto que no quiso volver.

—Lo sé.

—No lo sabes. No la viste nunca.

—No. —Rob bajó los ojos—. Vi su dibujo. Un pájaro azul, con las alas muy grandes. Y las letras de palo. *Para mamá.*

—Dime que fue real.

—Fue real.

—Dímelo otra vez.

—Fue real, Elena. Existió. Tuvo seis años y un oso de peluche y le tenía miedo a la oscuridad. Te llamaba mamá.

Ella cerró los ojos. No hizo ningún ruido. Solo un temblor pequeño, rítmico, le subió desde los hombros hasta la nuca, y Rob comprendió que lloraba por dentro, sin lágrimas, con ese llanto interminable de quien ha perdido algo que nadie más sabe que existió. Quiso tomarle la mano. Ella la apartó, con suavidad.

—No —dijo—. Todavía no. Si me tocas, me deshago, y tengo que llegar a casa.

—Entiendo.

—No digas «entiendo». Nadie entiende.

Rob guardó silencio. A su alrededor, el avión seguía su rumbo. Un bebé lloraba en alguna fila. Una azafata pasaba con un carrito de bebidas, afable, indiferente, y nadie en toda la cabina se volvió a mirar a los dos pasajeros inmóviles junto a la ventanilla que acababan de volver de otro tiempo.

Del bolsillo interior de la chaqueta, junto al pecho, sacó un cuaderno de tapas negras. Lo abrió. Las páginas estaban allí, todas, con su letra regular y apretada: los nombres, las direcciones, la lista de lo que había querido conservar. Pasó los dedos sobre la última línea. *Si llegas esa noche, dile a la niña que no tenga miedo. Con las manos abiertas. Despacio. Sin darle la espalda.* La leyó una vez. Después, con un bolígrafo que le prestó una pasajera, añadió debajo, con la misma letra:

Se lo dije.

Cerró el cuaderno.

Pensó en lo que había devuelto y en lo que había perdido, y comprobó que la cuenta no cuadraba y que nadie la haría nunca por él. Su madre, que en otro mundo servía sopa los jueves en un comedor de Eugene, había vuelto a morir ocho años atrás, sin que nadie más lo supiera. Daniel, que había elegido ayudarlo a cambio de un padre sano, tendría de nuevo a ese padre en un hospital de Sacramento, y lo ignoraría todo. A Hale le había devuelto una esposa y un perro, y tampoco podría decírselo. Y en algún lugar de Nevada, un

hombre de traje oscuro estaría mirando una cápsula con un ratón blanco que no se había ido a ninguna parte, y haciendo cuentas.

. . .

El avión empezó a descender sobre la bahía a las nueve y cuarenta. Abajo, el agua se extendía bajo una luz limpia de media mañana, color pizarra, con los puentes tendidos entre las colinas. El aparato viró, tocó pista con un golpe seco y rodó largamente hacia la terminal.

Rob miró por la ventanilla.

Una gaviota estaba posada en la línea blanca de la pista. Otra, un poco más allá, avanzaba a saltitos sobre el asfalto con el aire insolente de quien es dueño del aeropuerto. Una tercera planeaba muy alto, sobre las torres de control, inmóvil sobre una corriente de aire, una cruz gris contra el cielo. Y más lejos, junto a un carro de equipaje, un grupo de seis o siete peleaban a gritos por un envoltorio de papas fritas.

Rob apoyó la frente en el cristal. Cerró los ojos. Cuando los abrió, las gaviotas seguían allí.

—Hay gaviotas —dijo.

Elena no miró.

—Siempre hay gaviotas —murmuró.

. . .

En la sala de equipajes se despidieron sin ceremonia. Wen y Tomás, ajenos a todo, bromeaban sobre el fin de semana; el primero prometió llamar a su madre, el segundo reservar una mesa en un restaurante de pescado. Rob los miró con una ternura que no pudo explicar. Elena arrastró su maleta hasta la puerta, y antes de salir, se detuvo y se volvió.

No era la misma mujer que había huido, hacía doce días, con la cabeza gacha. Tenía los hombros erguidos y la cara húmeda, y hablaba con una serenidad terrible, la de quien ha aprendido a sostener un peso sin dejarlo en el suelo.

—Te llamo el lunes —dijo.

—Elena.

—No me preguntes cómo estoy.

—No iba a hacerlo.

—Gracias. —Una pausa breve—. Y Rob. Si alguna vez quieres contarme algo de ella… de lo que sientas que puedes… Yo lo escucharé.

—Te lo contaré todo.

Elena asintió. Dio media vuelta y salió, sola, hacia el estacionamiento de taxis, con un paso lento, firme, que no huía de nada.

. . .

Rob entró en la sala de llegadas. Estaba llena de gente. Familias, chóferes con carteles, parejas que se fundían en abrazos, un niño con un globo plateado que se le escapaba del puño. Rob recorrió con la vista la baranda, las columnas, los bancos. Se detuvo.

Allí estaba.

Junto a la baranda, con una chaqueta azul, el pelo revuelto y un trozo de cartón entre las manos. Sostenía el cartel a la altura del pecho, con una caligrafía deliberadamente infantil, de rotulador negro, que subía y bajaba entre las líneas.

DOCTOR SAYER. RESCATE DE CIENTÍFICOS SECUESTRADOS.

Rob se quedó parado en mitad del vestíbulo. Los viajeros se abrían a su alrededor como el agua alrededor de una roca. Claire lo había visto. Se le iluminó la cara. Levantó el cartel con las dos manos, lo agitó sobre la cabeza, y soltó una risa corta, descarada, que subía al final como una pregunta.

Él echó a correr.

No supo cómo cruzó los veinte metros. Solo supo que la alcanzó, que le echó los brazos alrededor del cuerpo, que ella lo apretó con una fuerza inesperada y que el cartel cayó al suelo entre los dos. Olía a lavanda. Olía a hogar. Era la misma cabeza contra su hombro, la misma estatura exacta, la misma manera de encajar un cuerpo en otro. Hundió la cara en su pelo y lloró, sin pudor, con sacudidas profundas, delante de todo el aeropuerto.

—Eh —dijo Claire, con la voz amortiguada—. Eh, tranquilo. Que solo han sido tres semanas.

—Lo sé.

—Pareces un náufrago.

—Lo sé.

—¿Qué te han hecho? —Se apartó un poco para mirarlo. Tenía los ojos preocupados, brillantes—. ¿Estás bien?

—Ahora sí.

—Rob.

—Ahora sí. —Se secó la cara con la manga—. Tengo que decirte una cosa.

—Dime.

Rob la miró. Era Claire. Era la de siempre, la de los pergaminos y la lupa, la del jardín con gorriones, la que le había prometido esperarlo en un aeropuerto con un cartel. Pero detrás de ese rostro, como una imagen transparente superpuesta, había otro, más ancho, más cansado, con una cicatriz blanca en la base del pulgar. Los dos eran verdaderos. Los dos eran suyos. Y solo uno tendría memoria de lo que había ocurrido.

—Hay una persona —dijo despacio— que me pidió que te diera un mensaje.

—¿Una persona?

—Una amiga.

—¿Qué amiga?

—Una que no conoces. —Respiró hondo—. Me pidió que te dijera que te rías más.

Claire lo miró con la cabeza ladeada.

—¿Que me ría más?

—Que no esperes a que alguien esté mal para reírte.

—Qué cosa más rara. —Pero había empezado a sonreír, con una sonrisa insegura, como quien oye una verdad dicha por otra voz—. ¿Y quién es esa amiga?

—Eres tú. En otro sitio.

—No entiendo nada.

—Lo sé. —Rob le tomó la cara entre las manos—. Y también me pidió que te dijera otra cosa. Que su gata se llamaba Tinta.

—Yo no tengo gata.

—Lo sé.

—¿Entonces?

—Por si acaso —dijo Rob.

Claire lo miró en silencio. Algo se movió en su rostro, una sombra, un parpadeo, un reconocimiento sin objeto, como cuando uno oye una canción que no ha escuchado nunca y que, sin embargo, se sabe entera. Se pasó la lengua por los labios.

—Tinta —repitió—. Qué nombre más bonito para una gata.

Se inclinó, recogió el cartel del suelo, lo dobló en cuatro y se lo guardó en el bolsillo de la chaqueta. Después rebuscó en el otro bolsillo y sacó un pequeño paquete envuelto en papel, aplastado, tibio.

—Toma. Te traje esto. Sé que odias lo que dan en los aviones. —Le puso el paquete en las manos—. Es un sándwich.

Rob lo miró.

Era el mismo paquete. El mismo pliegue, la misma esquina doblada hacia dentro, la misma manera de envolver con dos vueltas y un lazo de cinta. Giró el papel con dedos temblorosos. En la cara interior, con bolígrafo azul, en una letra apretada y redonda, había dos palabras.

Come algo. —C.

Se quedó inmóvil. Claire lo miraba con la cabeza ladeada.

—¿Qué pasa?

—Nada.

—Te has puesto pálido.

—Nada. —Se llevó el papel al pecho y lo estrechó contra el cuerpo con las dos manos —. Es que me hace mucha ilusión.

Salieron juntos de la terminal. En la acera, bajo un sol limpio, una gaviota se posó sobre un poste de luz y los miró pasar con el ojo redondo e interrogante de los animales que no saben que alguna vez pudieron no existir.

Rob levantó la cabeza.

El cielo estaba lleno.

EPÍLOGO

El primer pájaro

El primer pájaro desapareció a las 08:17 de una mañana de octubre.

Casi nadie lo advirtió. En aquel instante millones de personas cruzaban calles y estaciones, los mercados abrían sus operaciones y una flota de aviones comerciales atravesaba el Atlántico bajo un cielo sin nubes. En una pequeña ciudad de Nevada, un anciano subía las persianas de su dormitorio; en California, una mujer le hablaba a una gata negra que se había instalado hacía un año en el alféizar de su cocina y que, desde entonces, se negaba a dormir en otro sitio. Nada, en ninguna parte, parecía extraordinario.

El pájaro era un gorrión. Había salido del alero de una casa de madera clara y volaba hacia un árbol del otro lado del jardín, con ese vuelo ondulante y apresurado de su especie, como si cada trayecto fuera una urgencia. A mitad de camino, sin ruido ni destello, dejó de existir. No cayó. No torció el rumbo. No quedaron plumas suspendidas en el aire ni un cuerpo diminuto sobre la hierba. Estaba, y un instante después el aire que había ocupado era solo aire, y el árbol seguía esperando a alguien que no iba a llegar.

En la cocina, un hombre que desayunaba junto a la ventana dejó la taza sobre la mesa.

No hizo ruido. No se levantó. Se quedó muy quieto, con las manos abiertas sobre el mantel, mirando la rama vacía con la atención de quien ha oído, por fin, la nota que llevaba un año esperando sin querer esperarla. Detrás de él, Claire se reía de algo que había hecho la gata, esa risa corta y descarada que subía al final, y en el árbol, a pocos metros, los demás gorriones seguían discutiendo por el último sitio al sol.

Rob miró su reloj. Eran las 08:17. Los segundos corrían, indiferentes.

Pensó en un hombre de traje oscuro que no se había asustado en la oscuridad. En un desconocido que se había sentado sin cita frente a un escritorio de Nueva York, cinco semanas antes de que ocurriera todo. En una mujer sin hija que lo había llamado una vez, un lunes, sin pedirle nada. En una hoja de papel cuadriculado y una frase de tinta distinta: *Alguien vendrá a buscarlo.* No sabía quién. No sabía cuándo. No sabía, sobre todo, qué cosa pequeña, qué coma, qué letra de más estaba cambiando en ese instante, en qué siglo, en qué mano. Sabía solamente que esta vez nadie le había dejado un día entero.

—¿Qué miras? —preguntó Claire.

—Nada.

—Tienes la cara de cuando decides algo y todavía no me lo has contado.

Rob sonrió. Fue una sonrisa cansada, mansa, la de quien ha aprendido a no apartar la vista.

—Ven —dijo—. Siéntate un momento conmigo.

Ella dejó a la gata, se secó las manos en el delantal y se sentó a su lado. Rob le tomó la mano. Era cálida y estaba manchada de pigmento. En la ventana, el árbol se mecía con la brisa de la mañana, y en su rama más alta, entre las hojas, los gorriones seguían cantando.

Todavía.

FIN

EL EFECTO CERO

DONDE LOS PÁJAROS NO VUELAN

El físico Robert Sayer participa en un experimento que desafía los límites de la realidad. Durante la primera activación, un objeto desaparece de una cámara sellada y reaparece minutos después. Lo que debería ser un avance científico se convierte en el inicio de una investigación que cuestiona la identidad, la memoria y el propio concepto de tiempo.

Años más tarde, Rob descubre indicios de que no fue el único en esa sala. Alguien con su mismo rostro, su voz y sus recuerdos también formó parte del experimento. ¿Se trata de un doble, de un eco del pasado o de una consecuencia de un fenómeno que aún no comprendemos?

Junto a Claire, la mujer que ama, deberá enfrentarse a una verdad incómoda: lo que se puede demostrar no siempre coincide con lo que recordamos, y la identidad puede ser una construcción más frágil de lo que imaginamos.

El efecto cero es una novela de ciencia ficción, suspense y drama humano que explora los límites entre la ciencia y la existencia, entre la realidad y la percepción, y entre lo que somos y lo que el sistema decide que debemos ser.

ONIRIX
EDITORIAL

ISBN 978-631-01-9358-8